SAGRADA BIBLIA

Jueces

Libro completo

«El Señor es contigo»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 5

Antes de empezar 7

Veinticinco palabras hebreas 14

El libro de los Jueces en la liturgia 16

1 Una conquista que no terminó 18

2 El ángel de Boquim y el ciclo de los jueces 28

3 Otoniel, Aod y Samgar 37

4 Débora, Barac y Jahel 43

5 El cántico de Débora 49

6 Gedeón, llamado por Dios 59

7 Trescientos hombres contra Madián 71

8 La corona rechazada y el efod 81

9 Abimelec, rey de Siquem 89

10 Tola, Jair y el clamor de Israel 102

11 Jefté y su voto 106

12 Los vados del Jordán 118

13 El anuncio del nacimiento de Sansón 122

14 La boda de Sansón y el enigma 131

15 Las zorras y la quijada 137
16 Sansón y Dalila 142
17 El ídolo de Micás 153
18 La emigración de Dan 157
19 El crimen de Gabaa 167
20 La guerra contra Benjamín 178
21 Mujeres para Benjamín 188

PARA PROFUNDIZAR

1 «Muerto Josué»: una conquista que no terminó 24
2 El ciclo de los jueces 33
5 El cántico de Débora 54
6 «El Señor es contigo»: la vocación de Gedeón 67
7 Trescientos hombres: Dios salva con pocos 77
9 ¿Un rey para Israel? Gedeón, Abimelec y la fábula de Joatam 98
11 El voto de Jefté 114
13 «Concebirás y darás a luz un hijo»: el anuncio a la madre de Sansón 127
16 Sansón: héroe, pecador y figura 149
18 «Cada cual hacía lo que le parecía»: el santuario de Micás y de Dan 163

19 «No se ha visto cosa semejante»: el crimen de Gabaa 174

21 La guerra contra Benjamín y el final del libro 192

CUADROS

1 Lo que no se conquistó 23

2 Los jueces de Israel 32

5 Dos relatos de una victoria 54

6 Llamados por Dios 66

7 La campaña contra Madián 76

8 Las dos caras de Gedeón 87

9 La fábula de Joatam 97

11 El alegato de Jefté y la historia del desierto 112

11 Votos en la Biblia 113

13 Anuncios de un nacimiento 126

14 Sansón y la ley del nazareo 135

16 Sansón, figura de Cristo según los Padres 148

18 La emigración de Dan 162

19 Gabaa y Sodoma 173

20 La guerra contra Benjamín 186

Repaso 196

Notas personales 202

Sobre esta edición 203

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Jue 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como los jueces de Israel, los dos relatos de la victoria de Débora, la fábula de Joatam, los anuncios de un nacimiento o Gabaa y Sodoma. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

Cuando no había rey en Israel

El libro de los Jueces se titula en hebreo *Shofetim*, «Jueces», nombre que conservaron la traducción griega y la Vulgata. Pero sus protagonistas no son magistrados que dictan sentencias: el verbo *shafat* significa juzgar y también gobernar, hacer justicia a un pueblo oprimido librándolo de sus enemigos; por eso el libro los llama también «salvadores» (3,9.15). Siglos después, los magistrados supremos de Cartago aún se llamaban sufetes. Torres Amat, en su advertencia al libro, compara a los jueces con los dictadores de la antigua Roma, «con la diferencia de que aquellos eran perpetuos».

En la Biblia judía, Jueces es el segundo de los «Profetas anteriores», entre Josué y Samuel; en la cristiana, uno de los libros históricos, seguido por Rut, cuya historia sucede «en el tiempo de los jueces» (Rt 1,1). Continúa el libro de Josué: empieza «muerto Josué» y repite la noticia de su muerte (2,6-9; Jos 24,28-31). Cuenta un tiempo de tribus dispersas, rodeadas de pueblos más fuertes y tentadas por sus dioses, y termina con una frase que abre la puerta a los libros de Samuel: «En aquellos días no había rey o magistrado supremo en Israel: sino que cada cual hacía lo que le parecía mejor» (21,25).

LAS INTRODUCCIONES Y LOS PRIMEROS JUECES	
1,1 – 2,5	Una conquista que no terminó; el ángel en el lugar de los Lloradores
2,6 – 3,6	El ciclo de los jueces: pecado, opresión, clamor y salvación
3,7-31	Otoniel; Aod y Eglón, rey de Moab; Samgar
4 – 5	Débora, Barac y Jahel; el cántico de Débora
6 – 8	Gedeón contra Madián
9	Abimelec, rey de Siquem; la fábula de Joatam

DE JEFTÉ AL FINAL DEL LIBRO	
10,1-5	Tola y Jair
10,6 – 12,7	Jefté y su voto
12,8-15	Abesán, Ahialón y Abdón
13 – 16	Sansón
17 – 18	El ídolo de Micás y la emigración de Dan
19 – 21	El crimen de Gabaa y la guerra contra Benjamín

El libro tiene tres partes. Dos introducciones (1,1 – 3,6): la primera cuenta, tribu por tribu, una conquista que quedó a medias; la segunda explica la historia que sigue con un esquema que se repite: Israel abandona al Señor, cae en manos de un opresor, clama, y el Señor le suscita un juez

que lo libra; muerto el juez, vuelve a pecar (2,11-19). El cuerpo del libro (3,7 – 16,31) narra la historia de doce jueces: de seis, llamados «mayores», cuenta hazañas; de los otros seis, «menores», apenas da unos datos. Un epílogo (17 – 21) cuenta dos historias sin juez alguno, enmarcadas por el estribillo «no había rey en Israel» (17,6; 18,1; 19,1; 21,25).

Quién lo escribió y qué historia cuenta

El Talmud atribuye el libro a Samuel (Baba Batra 14b), y Torres Amat recoge esa opinión como la más común. Pero el texto habla de un sacerdocio que se mantuvo en Dan «hasta el día de su cautiverio» (18,30), es decir, hasta las deportaciones asirias del siglo VIII a. C., y mira el pasado desde un tiempo que ya conoce reyes. Muchos estudiosos piensan que reúne relatos antiguos de héroes de cada tribu y poemas muy arcaicos, como el cántico de Débora, que una redacción posterior ordenó y enmarcó con la teología del Deuteronomio entre los siglos VII y VI a. C. (ver el ensayo de Dt 31); los detalles se discuten. La Iglesia acoge estos estudios y confiesa que Dios es el autor de la Escritura y se valió de autores humanos verdaderos (*Dei Verbum*, n. 11).

Los hechos corresponden a lo que los arqueólogos llaman la primera Edad del Hierro, entre el 1200 y el 1000 a. C.,

cuando en las montañas de Canaán surgieron cientos de aldeas pequeñas y los filisteos, llegados del Egeo entre los llamados «pueblos del mar», se asentaron en la costa. Si se suman los años de opresión, de paz y de gobierno que da el libro, salen 410, demasiados para ese período, y abundan las cifras redondas: veinte, cuarenta, ochenta. Probablemente varios jueces fueron caudillos locales, y algunos, contemporáneos: el libro no es una crónica completa, sino una selección de historias que muestran cómo actúa Dios con su pueblo.

Cómo leerlo

Son relatos de héroes contados con viveza, ironía y a veces humor: el zurdo Aod que burla al obeso rey de Moab, Sansón que propone adivinanzas en su boda. Pero el narrador dibuja una pendiente. Otoniel, el primero, es un juez sin tacha; Gedeón empieza con fe y acaba fabricando un efod que extravía a Israel; Jefté cumple un voto temerario a costa de su hija; Sansón, consagrado a Dios desde el seno materno, vive para sus pasiones y sus venganzas. Al final, sin juez y sin rey, Israel se parece a los pueblos que debía desplazar: en Gabaa se repite la noche de Sodoma, y la guerra entre hermanos casi borra una tribu.

La teología del libro es sencilla y honda. Israel no pierde su tierra por falta de fuerza, sino por infidelidad, y no la

recobra por sus méritos, sino porque el Señor «se apiadaba» y oía «los gemidos de los atribulados» (2,18). El espíritu del Señor viene sobre hombres frágiles y los convierte en libertadores (3,10; 6,34; 11,29; 14,6), y Dios salva con pocos, para que Israel no diga: «Mi valor me ha libertado» (7,2). La carta a los Hebreos cuenta a Gedeón, Barac, Sansón y Jefté entre los que por la fe conquistaron reinos y sacaron fuerza de su debilidad (Heb 11,32-34). Torres Amat lo resume así: «En muchos de los hechos de los Jueces se ve figurado el Hijo de Dios, que había de venir a libertar al género humano de otros enemigos infinitamente peores». Los Padres vieron en el vellón de Gedeón una figura de la Virgen María, y el anuncio del nacimiento de Sansón prepara los de Juan el Bautista y de Jesús (Lc 1). El Catecismo nombra a Débora entre las mujeres que prepararon la misión de María (n. 489).

Hay también páginas muy duras: el clavo de Jahel, la hija de Jefté, la mujer del levita ultrajada hasta la muerte, la guerra que casi extermina a Benjamín, el rapto de las muchachas de Silo. El narrador rara vez comenta, pero no aprueba: los encuadra en el estribillo de un pueblo sin rey y hace sentir el horror: «No se ha visto cosa semejante en Israel» (19,30). Las notas y los ensayos las leen con honradez, a la luz de toda la Escritura y de lo que la Iglesia enseña sobre las páginas oscuras de la Biblia (Benedicto XVI,

Verbum Domini, n. 42; Catecismo, n. 122). El propio Torres Amat, en sus notas de 1824, llama al voto de Jefté «muy temerario e injusto» y juzga «más reprensible aún» la conducta del levita.

Sobre esta traducción

Torres Amat sigue la Vulgata y en este libro no escribe nada en mayúsculas. Explica con glosas unidas por «o» las palabras difíciles: «sátrapas o príncipes de los filisteos» (3,3), «nazareo o consagrado a Dios» (13,5), «admirable o misterioso» (13,18), «rey o magistrado supremo» (17,6). Conserva lecturas propias de la Vulgata: los «carros falcados» de los cananeos (1,19; 4,3), que en hebreo son carros «de hierro»; Aod «ambidextro» (3,15), donde el hebreo dice que era zurdo; la fuente que brota de «una muela de la quijada» (15,19), donde el hebreo habla de una hondonada de Lequí. Otras veces interpreta: el Señor vence a los enemigos «por medio de una mujer» (5,8); la hija de Jefté «era y se quedó virgen» (11,39); el levita abre la puerta «con ánimo de buscar a su mujer» (19,27). Las notas lo señalan.

La transcripción digital había perdido el versículo 1,5 y desplazaba la numeración de los capítulos 1 a 5. Se ha recuperado el versículo de la edición de 1824 y cada versículo ha vuelto a su número, que es el de las Biblias modernas y,

salvo en el último versículo del capítulo 5, el de la Vulgata; el colofón lo explica.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: la conquista que no terminó, el ciclo de los jueces, el cántico de Débora, la vocación de Gedeón, el Dios que salva con pocos, la fábula de Joatam y la tentación del poder, el voto de Jefté, el anuncio del nacimiento de Sansón, Sansón como figura de Cristo, el santuario de Dan, el crimen de Gabaa o la guerra contra Benjamín. Todos aparecen en el índice.

Veinticinco palabras hebreas

Las palabras clave del libro de los Jueces en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

שֹׁפְטִים	**Shofetim** · «Jueces»; título hebreo del libro 2,16
שָׁפַט	**shafat** · juzgar, gobernar, hacer justicia al oprimido 3,10; 4,4
מוֹשִׁיעַ	**moshía** · salvador, libertador 3,9.15
זָעַק	**zaaq** · clamar, gritar pidiendo auxilio 3,9; 6,6-7; 10,10
הָרַע בְּעֵינֵי יְהוָה	**ha-ra be-ené YHWH** · «lo malo a los ojos del Señor»; abre cada ciclo 2,11; 3,7
הַיָּשָׁר בְּעֵינָיו	**ha-yashar be-enav** · «lo recto a sus ojos»; el estribillo final 17,6; 21,25
רוּחַ יְהוָה	**ruaj YHWH** · el espíritu del Señor 3,10; 6,34; 14,6
מַלְאַךְ יְהוָה	**malaj YHWH** · el ángel o mensajero del Señor 2,1; 6,11; 13,3
הַבְּעָלִים	**ha-bealim** · los baales; Torres Amat dice «ídolos» 2,11; 10,10
עַשְׁתָּרוֹת	**ashtarot** · Astarot, la diosa Astarté 2,13; 10,6
אֲשֵׁרָה	**asherá** · poste sagrado de la diosa Aserá; el «bosquete» 6,25
סַרְנֵי פְּלִשְׁתִּים	**sarné Pelishtim** · los príncipes o «sátrapas» de los filisteos 3,3; 16,5
נְבִיאָה	**nebiá** · profetisa 4,4
אֵם בְּיִשְׂרָאֵל	**em be-Yisrael** · «madre en Israel», título de Débora 5,7

גִּבּוֹר חָיִל	**gibbor he-jáyil** · valiente guerrero 6,12; 11,1
יְהוָה שָׁלוֹם	**YHWH shalom** · «el Señor es paz»; el altar de Gedeón 6,24
יְרֻבַּעַל	**Yerubbáal** · Jerobaal, «que Baal pleitee»; nombre de Gedeón 6,32
אֵפוֹד	**efod** · prenda sagrada; aquí, objeto de culto 8,27; 17,5
נֶדֶר	**néder** · voto, promesa hecha a Dios 11,30
עוֹלָה	**olá** · holocausto, la ofrenda que «sube» entera 11,31; 13,16
שִׁבֹּלֶת	**shibbólet** · espiga; la contraseña de los vados 12,6
נָזִיר	**nazir** · nazareo, consagrado a Dios 13,5; 16,17
פֶּלְאִי	**pelí** · admirable, misterioso 13,18
חִידָה	**jidá** · enigma, adivinanza 14,12
פִּילֶגֶשׁ	**piléguesh** · esposa secundaria, concubina 8,31; 19,1

El libro de los Jueces en la liturgia

La Iglesia no lee este libro en ningún domingo ni solemnidad. Lo escucha en unas pocas ferias y en la Liturgia de las Horas, y lo recuerda en el Nuevo Testamento y en algunos textos litúrgicos.

En la misa

Celebración	Lectura
19 de diciembre, feria de Adviento	Jue 13,2-7.24-25a (el anuncio del nacimiento de Sansón), con Lc 1,5-25 (el de Juan el Bautista)
Lunes de la 20.ª semana del tiempo ordinario, año impar	Jue 2,11-19 (el ciclo de los jueces)
Martes de la 20.ª semana, año impar	Jue 6,11-24a (la vocación de Gedeón)
Miércoles de la 20.ª semana, año impar	Jue 9,6-15 (la fábula de Joatam)
Jueves de la 20.ª semana, año impar	Jue 11,29-39a (el voto de Jefté)
Lunes de la 4.ª semana, año impar	Heb 11,32-40: «Gedeón, Barac, Sansón, Jefté…»
Natividad del Señor, misa de la noche	Is 9,1-6: Dios rompe el yugo del opresor «como en el día de Madián» (Jue 7)

En la Liturgia de las Horas

Celebración	Lectura
Oficio de lectura, domingo de la 11.ª semana del tiempo ordinario	Jue 2,6 – 3,4 (Israel en tiempo de los jueces)
Lunes a sábado de la 11.ª semana	Débora y Barac (4); la vocación de Gedeón (6); su victoria con trescientos hombres (6 – 7); el primer intento de tener rey (8 – 9); el anuncio del nacimiento de Sansón (13); Dalila y la muerte de Sansón (16)
Vísperas de Santa María, Madre de Dios (1 de enero), antífona 2	«Sicut pluvia in vellus descendisti»: como lluvia sobre el vellón descendiste para salvar al género humano (Jue 6,36-40; Sal 72,6)

El Leccionario y la Liturgia de las Horas usan la numeración moderna, que en este libro coincide con la de esta edición.

1

Una conquista que no terminó

Muerto Josué, no hay sucesor: cada tribu tendrá que conquistar su parte. El capítulo repasa lo que se ganó y lo que no. Tiene tres partes: Judá y Simeón en el sur, con Bezec, Jerusalén, Hebrón y Dabir (vv. 1-15); los cineos, Horma y las ciudades del llano (vv. 16-21), y la casa de José y las tribus del norte (vv. 22-36). La lista empieza con victorias y termina con fracasos: al final no son los cananeos los que viven en medio de Israel, sino Israel en medio de los cananeos, y Dan ni siquiera conserva su lote.

Judá sube primero

1 Muerto Josué [1], los hijos de Israel consultaron al
Señor [2], diciendo: ¿Quién marchará delante de nosotros
contra el cananeo, y será nuestro caudillo para continuar
la guerra? 2 Y respondió el Señor: La tribu de Judá mar-
chará delante de vosotros [3]: Yo le he entregado en sus ma-
nos aquel país. 3 Dijo entonces Judá a la tribu de Simeón su
hermano: Ven conmigo a la tierra que me ha cabido en
suerte, y pelea contra el cananeo, que yo iré también des-
pués contigo a la conquista de la tuya: y Simeón le acom-
pañó.

4 Se puso, pues, Judá en marcha; y el Señor entregó en sus
manos al cananeo y al ferezeo, y mataron de ellos en Bezec
diez mil hombres. 5 Encontraron en Bezec a Adonibezec [4],
y pelearon contra él, y derrotaron al cananeo y al ferezeo.
6 Entretanto huyó Adonibezec; mas yéndole al alcance le
prendieron, y le cortaron las extremidades de las manos y
de los pies [5]. 7 Entonces dijo Adonibezec: Setenta reyes [6],
a quienes fueron cortadas las extremidades de las manos y
de los pies recogían debajo de mi mesa las sobras de la co-
mida: como yo hice, así me ha pagado Dios [7]. Y le llevaron
a Jerusalén, donde murió.

8 Pues los hijos de Judá habiendo atacado a Jerusalén, la
tomaron, e hicieron en ella gran mortandad; y entregaron
toda la ciudad a las llamas. 9 Saliendo de aquí fueron a pe-
lear contra el cananeo, que habitaba en las montañas, ha-
cia el mediodía, y en los llanos. 10 Prosiguiendo Judá la
marcha contra el cananeo que moraba en Hebrón, llama-
da antiguamente Cariat-Arbe, derrotó a Sesai, y Ahimán,
y Tolmai.

11 Habiendo asimismo partido de allí, se encaminó contra
los habitantes de Dabir, cuyo nombre antiguo era Cariat-
Sefer, esto es, ciudad de las Letras [8]. 12 Aquí dijo Caleb: Al
que asaltare a Cariat-Sefer, y la destruyere, le daré por mu-
jer a mi hija Axa. 13 Y habiéndola conquistado Otoniel, hijo
de Cenez, hermano menor de Caleb [9], le dio a su hija Axa

por mujer: [14] a la cual, estando de camino, sugirió su esposo que pidiese a su padre una heredad [10]. Y como ella, yendo sentada sobre un asno, comenzase a suspirar, le dijo Caleb: ¿Qué tienes? [15] A lo que respondió ella: Dame tu bendición [11], concediéndome una gracia: Ya que me has dado terreno árido, dámele también de regadío. Con eso Caleb le dio una heredad de tierra de regadío alta y baja.

Los cineos, Horma y el llano

[16] Los hijos de Jetro, Cineo, deudo o suegro de Moisés [12], transmigraron de la ciudad de las Palmas con los hijos de Judá, al desierto de la pertenencia a esta tribu, hacia el mediodía de la ciudad de Arad, y habitaron en su compañía. [17] Prosiguió adelante Judá con su hermano Simeón, y juntas las dos tribus derrotaron al cananeo, que habitaba en Sefaat, y lo pasaron a cuchillo. Y se puso por nombre a esta ciudad Horma, que quiere decir Anatema [13]. [18] Además Judá se apoderó de Gaza [14] con todos sus términos, y de Ascalón y Accarón con los suyos.

[19] Y el Señor estuvo a favor de Judá, quien se hizo dueño de las montañas; pero no pudo exterminar a los moradores del valle, porque tenían muchos carros falcados [15]. [20] Y dieron, como lo había dispuesto Moisés, la ciudad de Hebrón a Caleb, el cual extirpó de ella a los tres hijos de Enac. [21] Mas los hijos de Benjamín no destruyeron a los jebuseos [16] que moraban en Jerusalén; y así quedaron ha-

bitando en dicha ciudad con los hijos de Benjamín hasta el día de hoy.

La casa de José y las tribus del norte

22 La casa de José marchó también contra Betel, y estuvo el Señor con ellos. 23 Pues cuando estaban sitiando esta ciudad, que antes se llamaba Luza, 24 vieron salir de ella un hombre, y le dijeron: Muéstranos por dónde se podrá entrar en la ciudad, y usaremos contigo de misericordia [17].
25 Él se la mostró, y pasaron la ciudad a cuchillo: pero libraron a aquel hombre y a toda su familia; 26 el cual, puesto en libertad, se retiró a la tierra de Hettin, donde fundó una ciudad y la llamó Luza, nombre que hasta ahora conserva.

27 Asimismo Manasés no destruyó a Betsán [18] ni a Tanac con sus aldeas, ni a los moradores de Dor, y Jeblaam, y Mageddo con sus aldeas: por lo cual los cananeos comenzaron a vivir junto con ellos. 28 Pero después que Israel cobró fuerzas, los hizo tributarios, si bien no quiso exterminarlos [19]. 29 Tampoco Efraín exterminó al cananeo que ocupaba Gazer, sino que habitó con él.

30 Zabulón no destruyó a los habitantes de Cetrón y Naalol, sino que permaneció el cananeo en medio de su país, pagándole tributo. 31 Ni tampoco Aser extirpó a los moradores de Accó y de Sidón, y de Ahalab, y de Acazib, y de Hel-

ba, y de Afec, y de Rohob; 32 antes bien moró en medio de
los cananeos [20] que habitaban aquella tierra, y no los ex-
terminó. 33 Del mismo modo Neftalí no quiso acabar con
los habitantes de Betsamés y Betanat, sino que vivió entre
los cananeos naturales de la tierra, haciendo tributarios a
los betsamitas y betanitas.

34 Mas el amorreo estrechó en la montaña a los hijos de
Dan [21], y no les permitió extenderse bajando a los llanos;
35 antes bien habitó en el monte Hares, que quiere decir
monte de Tiestos [22], y en Ayalón y en Salebim. Pero la casa
de José prevaleció contra él, y le hizo su tributario. 36 Y los
lindes del amorreo fueron la subida del Escorpión,
Petra [23] y los lugares más altos.

¿Sabías que?

Cariat-Sefer, «la ciudad del libro» (v. 11), recuerda que la época de los jueces fue también la de la difusión del alfabeto. En 1976 apareció en Izbet Sartah, una pequeña aldea de esa época junto a Afec, un trozo de cerámica con varias líneas de letras; la última reproduce el alfabeto, escrito quizá por un aprendiz. Suele fecharse hacia el siglo XII o XI a. C., y es uno de los abecedarios más antiguos de la región. Con un sistema de poco más de veinte signos, escribir dejaba de ser un oficio reservado a unos pocos.

Lo que no se conquistó

Tribu	Lo que quedó en manos cananeas	Cita y después
Judá	Los moradores del valle, con sus carros «falcados», de hierro en hebreo	1,19 · los filisteos dominarán el llano (3,3; caps. 13–16)
Benjamín	Los jebuseos de Jerusalén	1,21; Jos 15,63 · David toma la fortaleza de Sion (2 Sam 5,6-9)
Casa de José	Betel cae gracias a un delator, que funda otra Luza en tierra de los heteos	1,22-26
Manasés	Betsán, Tanac, Dor, Jeblaam y Mageddo, con sus aldeas	1,27-28; Jos 17,11-13 · tributarios
Efraín	Gazer	1,29; Jos 16,10 · el faraón la conquista y la da en dote a Salomón (1 Re 9,16)
Zabulón	Cetrón y Naalol	1,30 · tributarios
Aser	Accó, Sidón, Ahalab, Acazib, Helba, Afec y Rohob	1,31-32 · Aser vive «en medio de los cananeos»
Neftalí	Betsamés y Betanat	1,33 · tributarios
Dan	Todo el llano: el amorreo lo arrincona en la montaña y se queda en Hares, Ayalón y Salebim	1,34-35 · Dan emigra al norte (cap. 18; Jos 19,47)

La lista avanza de sur a norte y de mal en peor: primero el cananeo vive en medio de Israel; al final, Israel vive en medio del cananeo, y Dan pierde su lote. Compara Jos 15,63; 16,10; 17,11-13. El trabajo forzado de los vencidos (1,28-35) anuncia el que impondrá Salomón (1 Re 9,20-21).

PARA PROFUNDIZAR

«Muerto Josué»: una conquista que no terminó

Al pasar de Josué a los Jueces parece que se cambia de país. Josué terminaba con la tierra repartida y en paz: «Conquistó, pues, Josué toda la tierra» (Jos 11,23); «ni una sola palabra de todo lo que prometió darles quedó sin efecto» (Jos 21,43-45). Jueces 1 cuenta, tribu por tribu, una conquista a medias. La contradicción es menor de lo que parece: el propio libro de Josué admite que a Josué anciano le queda «una tierra dilatadísima» por conquistar (Jos 13,1-6), y los jebuseos siguen en Jerusalén, y los cananeos en Gazer y en las ciudades de Manasés (Jos 15,63; 16,10; 17,12-13). Los resúmenes de Josué hablan de lo que Dios dio; Jueces 1, de lo que Israel tomó.

El capítulo no es un mapa neutral, sino una acusación ordenada. Empieza por el sur, con los éxitos de Judá: Bezec, Jerusalén, Hebrón, Dabir, Horma (1,1-20). Hacia el norte cambia el tono. Benjamín no expulsa a los jebuseos (1,21); la casa de José toma Betel, pero gracias a un delator que funda otra Luza (1,22-26); Manasés, Efraín y Zabulón dejan a los cananeos vivir entre ellos (1,27-30); Aser y Neftalí terminan viviendo entre los cananeos (1,31-33), y Dan, arrinconado por los amorreos, ni siquiera ocupa su lote (1,34; ver el cap. 18). También cambian los verbos: el «no pudo» de Judá ante los carros (1,19) se convierte en «no quiso» (1,28.33), y en lugar del anatema aparece el tributo, más rentable. El ángel de Boquim pronuncia el veredicto: «no habéis querido escuchar mi voz» (2,2).

¿Por qué quedaron esos pueblos? El libro da varias respuestas, que no se excluyen. Es un castigo por la infidelidad de Israel (2,3.20-21); es una prueba, para ver si Israel sigue el camino del Señor (2,22; 3,4), y es una escuela, para que las nuevas generaciones aprendan a pelear (3,1-2). El Pentateuco añadía otra razón: Dios los iría quitando «poco a poco», para que la tierra no quedara desierta y no se multiplicaran las fieras (Éx 23,29-30; Dt 7,22). Es la misma realidad vista desde la culpa del hombre y desde la pedagogía de Dios.

¿Y la historia? Los arqueólogos llaman a este período la primera Edad del Hierro (hacia 1200-1000 a. C.). Las prospecciones de Israel Finkelstein y otros han contado en la montaña central unas doscientas cincuenta aldeas nuevas de los siglos XII y XI a. C.: pequeñas, sin murallas ni templos, con casas de pilares, cisternas y terrazas de cultivo; las cifras varían según los autores. Para explicar su origen se han propuesto una conquista militar rápida; la infiltración pacífica de grupos de pastores; una revuelta de campesinos contra las ciudades cananeas, o, como piensan hoy muchos, una aparición gradual a partir de la propia población de Canaán, a la que se unieron grupos venidos de fuera con la memoria del éxodo. El cuadro de Jueces 1, con un asentamiento lento y parcial y ciudades cananeas que resisten en los llanos, se parece más a lo que sugiere la arqueología que los resúmenes de Josué. Sobre Jericó, Hai y Asor, ver Jos 6–8 y 11.

Los Padres leyeron estas guerras como una imagen del combate espiritual. Orígenes insiste en que estas cosas se escribieron por nosotros (1 Cor 10,11) y pide a cada creyente que mate en su propia alma al Sísara de los vicios (*Homilías sobre los Jueces* II,3; V,6).

San Pablo había dado la clave: nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra el mal (Ef 6,10-17). El Catecismo lo resume: «No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual» (n. 2015). Leído así, el capítulo 1 retrata muchas vidas cristianas: victorias al principio y, después, pactos tranquilos con lo que habría que arrancar, porque convivir con ello resulta cómodo, o incluso rentable, como el tributo de los cananeos.

Esta lectura no convierte el exterminio en un modelo. La Iglesia enseña que el Antiguo Testamento contiene «elementos imperfectos y pasajeros» dentro de la pedagogía de Dios (Catecismo, n. 122), y a esa luz se lee el anatema (ver Dt 7 y «Antes de empezar» en Josué). Lo que queda es la enseñanza central: la tierra es un don, pero hay que recibirlo con fidelidad; quien deja de escuchar la voz de Dios no pierde de golpe lo que recibió, pero empieza a vivir «en medio» de lo que debía vencer. Y la promesa no fracasa: lo que Josué no terminó lo cumple otro Jesús, que da a los suyos un descanso que ninguna conquista podía dar (Heb 4,8-10).

PAUSA

1. Las tribus prefirieron el tributo de los cananeos a la obediencia. ¿Con qué «cananeos» de tu vida has hecho un pacto porque te resultaba cómodo?
2. Axa pidió a su padre lo que necesitaba, con libertad y confianza. ¿Qué «manantiales» necesitas pedir hoy a Dios?
3. El capítulo pasa de las victorias a los fracasos. ¿En qué terreno de tu vida empezaste con entusiasmo y te has ido conformando?

Para orar. *Señor, que me diste la tierra como un don, no me dejes vivir en paz con lo que me aparta de ti.*

2

El ángel de Boquim y el ciclo de los jueces

El capítulo tiene dos partes que funcionan como dos portadas del libro. Primero, el ángel del Señor sube de Gálgala, acusa a Israel de haber pactado con los cananeos y le anuncia que esos pueblos serán su ruina; el pueblo llora, y el lugar se llama «de los Lloradores» (vv. 1-5). Después, el narrador vuelve atrás, a la muerte de Josué, y presenta el esquema que se repetirá en toda la historia: una generación que no conoce al Señor, la idolatría, la ira de Dios, la opresión, los gemidos, el juez que salva y la recaída (vv. 6-19). Las naciones que quedan servirán para probar a Israel (vv. 20-23).

El ángel en el lugar de los Lloradores

1 Después de esto subió el ángel del Señor [1] desde Gálgala
al lugar que se llamó de los Lloradores [2], y en nombre de
Dios, dijo: Yo soy el que os saqué de Egipto y os he introducido en la tierra que prometí con juramento a vuestros padres: y os aseguré que nunca jamás invalidaría mi pacto
con vosotros; 2 con sola la condición de que no hicierais
alianza con los naturales de esta tierra [3], sino que derribarais sus altares. Mas vosotros no habéis querido escuchar
mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? 3 Por lo mismo, yo
tampoco he querido exterminarlos de vuestra presencia, a

fin de que tengáis enemigos [4], y sus dioses sean para vuestra ruina. [4]Al decir el ángel del Señor estas palabras a todos los hijos de Israel, alzaron éstos el grito, y se pusieron a llorar [5]; [5]de donde aquel lugar se llamó lugar de los Lloradores, o de las lágrimas; y ofrecieron allí sacrificios al Señor [6].

La generación que no conoció al Señor

[6]Despedido que fue el pueblo o ejército por Josué [7], y vueltos los hijos de Israel a disfrutar cada cual la posesión que le había tocado en suerte, [7]sirvieron al Señor todos los días de la vida de Josué [8] y de los ancianos que vivieron después de él por largo tiempo, y habían visto todas las obras maravillosas que había hecho el Señor por Israel. [8]Pero muerto Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, de ciento diez años, [9]y sepultado en el término de su posesión en Tamnatsare [9] en la montaña de Efraín, al norte del monte Gaas, [10]y toda la dicha generación pasando de este mundo a unirse con sus padres, sucedieron otros que no conocían al Señor [10], ni habían visto los prodigios que había hecho a favor de Israel.

El ciclo de los jueces

[11]Entonces los hijos de Israel pecaron a vista del Señor, y sirvieron a los ídolos [11]; [12]y apostataron del Señor Dios de sus padres que los había sacado de la tierra de Egipto, y se

fueron tras los dioses ajenos, dioses de los pueblos circunvecinos, y los adoraron; y provocaron el enojo del Señor [12], [13] abandonándole a él por servir a Baal y a Astarot [13]. [14] De lo cual irritado el Señor contra los israelitas, los entregó en manos de los saqueadores, que los cautivaron y vendieron [14] a los enemigos cercanos; ni pudieron ya contrarrestar a sus adversarios; [15] antes bien doquiera que quisiesen volverse, la mano del Señor descargaba sobre ellos, como se lo tenía dicho y jurado [15]: con lo que se vieron en extremo afligidos.

[16] Suscitó el Señor jueces [16] que los librasen de las manos de sus opresores; pero ni aun a los jueces quisieron escuchar, [17] prostituyéndose de nuevo a dioses ajenos [17], y adorándolos. Dejaron presto el camino por donde anduvieron sus padres, y por más que oyeron de su boca los mandamientos del Señor, hicieron todo lo contrario. [18] Cuando el Señor les suscitaba jueces, mientras éstos vivían se apiadaba de ellos, y oía los gemidos de los atribulados [18], y los libraba de la crueldad de sus verdugos; [19] mas luego que moría el juez, reincidían, y hacían cosas mucho peores que las que habían hecho sus padres [19], siguiendo a los dioses ajenos, sirviéndolos y adorándolos. No dejaron sus devaneos, ni el obstinado tenor de vida a que se habían acostumbrado.

[20] Así el furor del Señor se inflamó contra Israel, y dijo:
Por cuanto esta gente ha invalidado el pacto que yo había
hecho con sus padres, y se ha desdeñado de escuchar mi
voz, [21] yo no exterminaré las naciones que dejó Josué
cuando murió; [22] porque quiero experimentar [20] si vivien-
do los hijos de Israel entre ellas, siguen o no el camino del
Señor, y andan por él, así como le siguieron y anduvieron
por él sus padres. [23] Por esto dejó el Señor todas estas na-
ciones, y no quiso acabarlas luego, ni las entregó en manos
de Josué.

¿Sabías que?

En 1928, un campesino que araba cerca de la costa de Siria, en Minet el-Beida, tropezó con una losa: era la entrada de una tumba antigua. Las excavaciones, dirigidas desde 1929 por el francés Claude Schaeffer, sacaron a la luz Ugarit, una ciudad destruida hacia el 1180 a. C., con archivos de tablillas en una escritura cuneiforme alfabética hasta entonces desconocida. Entre ellas estaban los poemas de Baal, de su hermana Anat y del dios El. Gracias a ellos entendemos mejor a los dioses que tentaban a Israel en el libro de los Jueces, y muchas imágenes de los salmos.

Los jueces de Israel

Juez	Tribu	Opresor	Opresión	Paz	Cita
Otoniel	Judá	Cusán Rasataim	8	40	3,7-11
Aod	Benjamín	Eglón de Moab	18	80	3,12-30
Samgar	—	filisteos	—	—	3,31
Débora y Barac	Efraín; Neftalí	Jabín y Sísara	20	40	4–5
Gedeón	Manasés	Madián	7	40	6–8
Abimelec	Manasés	—	—	3	9
Tola	Isacar	—	—	23	10,1-2
Jair	Galaad	—	—	22	10,3-5
Jefté	Galaad	Amón	18	6	10,6–12,7
Abesán	Betlehem	—	—	7	12,8-10
Ahialón	Zabulón	—	—	10	12,11-12
Abdón	Efraín	—	—	8	12,13-15
Sansón	Dan	filisteos	40	20	13–16
Total			111	299	

Paz: años de paz o de gobierno del juez. Abimelec fue rey en Siquem, no juez. La suma da 410 años, pero los veinte de Sansón caen dentro de los cuarenta del dominio filisteo (13,1; 15,20). 1 Re 6,1 pone 480 años entre la salida de Egipto y el templo, Jefté habla de trescientos años de Israel en Transjordania (11,26), y san Pablo de unos cuatrocientos cincuenta (Hch 13,20). Las cifras son redondas, y varios jueces fueron probablemente caudillos locales y contemporáneos (ver el ensayo de este capítulo).

PARA PROFUNDIZAR

El ciclo de los jueces

Los vv. 2,6–3,6 son la llave del libro. Antes de contar ninguna historia, el narrador dice cómo leerlas: muere Josué con su generación, y surge otra «que no conocía al Señor» (2,10); Israel hace lo malo a los ojos del Señor y sirve a los baales (2,11-13); el Señor se irrita y lo entrega a sus enemigos (2,14-15); el pueblo gime, y el Señor, compadecido, suscita un juez que lo salva (2,16-18); muerto el juez, Israel vuelve a caer, y peor (2,19). Los relatos añaden el clamor (en hebreo zaaq; 3,9.15; 4,3; 6,6-7; 10,10) y la paz final, «quedó en paz el país» (3,11.30; 5,31; 8,28). La historia de Otoniel (3,7-11) es el esqueleto desnudo de este ciclo; las demás son el mismo esqueleto con carne.

¿Qué era un juez? En los archivos de Mari, junto al Éufrates (siglo XVIII a. C.), los shapitum eran funcionarios que gobernaban en nombre del rey; en los poemas de Ugarit, el dios del mar recibe el título de «juez Río», y los magistrados supremos de Cartago se llamaban sufetes; Torres Amat los comparaba con los dictadores de Roma. Pero en este libro la palabra tiene un sentido propio: el juez no hereda el cargo ni lo elige el pueblo; Dios lo «suscita» en una crisis, el espíritu del Señor viene sobre él, y su tarea es «salvar» (3,9.15).

El ciclo no se repite igual: se va deshilachando. Otoniel es intachable; Aod libra a Israel con astucia y le da ochenta años de paz. Gedeón empieza con fe y termina con un efod que extravía a todo Israel (8,27). Cuando el pueblo clama en tiempo de Jefté, Dios responde primero con un reproche, «Id, y clamad a los dioses

que os habéis escogido» (10,14), y solo después «se compadeció de sus miserias» (10,16). En la historia de Sansón ya nadie clama (13,1), los de Judá entregan a su libertador a los filisteos (15,11-13), y tras su muerte no hay paz ninguna. El epílogo (caps. 17–21) no tiene juez. San Agustín resumió este tiempo diciendo que en él se alternaron la prosperidad y la adversidad, según se mostraban los pecados del pueblo y la misericordia de Dios (*La ciudad de Dios* XVI,43). El verdadero protagonista no es el juez, sino la compasión de Dios, que se adelanta a la conversión de Israel (2,18).

Las cifras tampoco cuadran. Los años de opresión (111) y los de paz o gobierno (299) suman 410 (ver el cuadro de este capítulo), aunque los veinte de Sansón caen dentro de los cuarenta del dominio filisteo (13,1; 15,20); pero 1 Re 6,1 pone solo 480 años entre la salida de Egipto y el templo, y en ellos deben caber también el desierto, Josué, Elí, Samuel, Saúl y David. Jefté habla de «trescientos años» de Israel en Transjordania (11,26). San Pablo menciona «unos cuatrocientos cincuenta años» (Hch 13,20): la Vulgata, como los manuscritos griegos más antiguos, los pone antes de los jueces, desde la estancia en Egipto hasta el reparto de la tierra, mientras que el texto griego más tardío, que siguen algunas traducciones, los aplica al tiempo de los jueces. Las cifras redondas y la probabilidad de que varios jueces fueran caudillos locales y contemporáneos lo explican: el libro no es una cronología, sino una selección de historias. Muchos estudiosos atribuyen este marco a la llamada historia deuteronomista (ver el ensayo de Dt 31).

La Carta a los Hebreos cuenta a Gedeón, Barac, Sansón y Jefté entre los que por la fe conquistaron reinos y de débiles se hicieron fuertes (Heb 11,32-34), y el Eclesiástico pide que los huesos de los jueces reflorezcan en su tumba (Eclo 46,11-12). Torres Amat veía en ellos una figura del Hijo de Dios; pero la figura señala también una diferencia. Cada juez salva por un tiempo y muere, y con su muerte vuelve la caída (2,19). Cristo, en cambio, vive siempre para interceder por los que se acercan a Dios por medio de él (Heb 7,25). El espíritu, que venía sobre los jueces por un momento, se posó sobre Jesús y permaneció en él (Jn 1,32-33), y él lo derrama sobre su Iglesia (Hch 2,33).

El Salmo 107 hace de este ciclo un estribillo: en su angustia clamaron al Señor, y él los libró de sus aflicciones (Sal 107,6.13.19.28). Es la historia de Israel y la de cada creyente. Lo que el Evangelio añade no es que dejemos de caer, sino que el Salvador ya no muere, y su misericordia no se agota.

PAUSA

1. La generación que vino después de Josué no conocía al Señor. ¿Qué haces para que tus hijos, o los más jóvenes que te rodean, conozcan las obras de Dios?
2. El pueblo lloró en Boquim, pero no cambió. ¿Hay lágrimas en tu vida que no han llegado a convertirse en un cambio?
3. Dios se apiadaba de Israel antes de que se convirtiera. ¿Cuándo has experimentado una misericordia que no merecías?

Para orar. *Señor, que oíste los gemidos de tu pueblo, no permitas que olvide tus obras ni que vuelva a los caminos de los que me sacaste.*

3

Otoniel, Aod y Samgar

El capítulo termina la segunda introducción y empieza la historia de los jueces. Primero, la lista de los pueblos que quedaron para probar y adiestrar a Israel, y el pecado que siguió: matrimonios con ellos e idolatría (vv. 1-6). Después vienen tres jueces de extensión muy distinta: Otoniel, el juez modelo, en un relato que es casi el esqueleto del ciclo (vv. 7-11); Aod, el zurdo de Benjamín que mata a Eglón, rey de Moab, en el relato más vivo e irónico del libro (vv. 12-30), y Samgar, en un solo versículo (v. 31). Dios salva con lo que tiene a mano: una daga escondida o una herramienta de labranza.

Las naciones que quedaron

1 Estas son las naciones que dejó subsistir el Señor [1], con el
fin de instruir por medio de ellas a Israel, y a todos los que
no tenían experiencia de las guerras de los cananeos;
2 para que andando el tiempo aprendieran sus hijos a pe-
lear contra sus enemigos, y se acostumbrasen a semejan-
tes combates. 3 Cinco sátrapas o príncipes de los
filisteos [2], y todos los cananeos, y sidonios, y heveos habi-
tantes del monte Líbano desde la cordillera de Baal-Her-
món hasta la entrada de Emat [3]. 4 Y los dejó para probar
también con ellos a Israel si obedecería o no los manda-

mientos del Señor que había comunicado a sus padres por medio de Moisés. 5 Así pues, los hijos de Israel habitaron en medio del cananeo, y del heteo, y del amorreo, y del ferezeo, y del heveo, y del jebuseo: 6 y se casaron con sus hijas [4] y dieron las suyas a los hijos de ellos, y sirvieron a sus dioses.

Otoniel

7 Con lo que pecaron los hijos de Israel en la presencia del Señor, y se olvidaron de su Dios [5], por servir a Baal y a Astarot. 8 Y airado el Señor contra los hijos de Israel, los entregó en manos de Cusán Rasataim, rey de Mesopotamia [6]; y le estuvieron sujetos ocho años. 9 Y después clamaron los israelitas al Señor, el cual les suscitó un salvador que los libertó [7], a saber, Otoniel, hijo de Cenez, hermano menor de Caleb. 10 El espíritu del Señor estuvo en él [8], y juzgó o gobernó a Israel: y saliendo a campaña, puso el Señor en sus manos a Cusán Rasataim, rey de Siria, o Mesopotamia, y lo sojuzgó. 11 De resultas quedó en paz el país por cuarenta años [9], y murió Otoniel, hijo de Cenez.

Aod y Eglón

12 Pero los hijos de Israel volvieron de nuevo a pecar a vista del Señor; el cual fortaleció contra ellos a Eglón, rey de Moab [10]; por haber Israel pecado en la presencia del Se-

ñor. [13] Y unió los hijos de Amón y de Amalec a Eglón, quien se puso en marcha con ellos, y derrotó a Israel y se apoderó de la ciudad de las Palmas. [14] Y los hijos de Israel estuvieron sujetos a Eglón, rey de Moab, diez y ocho años.

[15] Clamaron después al Señor quien les suscitó un salvador llamado Aod, hijo de Gera, hijo de la tribu de Benjamín; el cual era ambidextro [11]. Sucedió que enviaron los hijos de Israel los presentes o tributos a Eglón, rey de Moab, por mano de Aod. [16] Aod se proveyó de una daga de dos cortes, con su guarnición, larga como la palma de la mano [12], y se la ciñó debajo del sayo en el muslo derecho. [17] Presentó, pues, regalos a Eglón, rey de Moab, el cual era en extremo grueso [13]. [18] Luego que le hubo presentado los regalos, se marchó Aod con los compañeros con quienes había venido.

[19] Pero volviéndose desde Gálgala, donde estaban los ídolos [14], dijo al rey: Tengo que decirte, oh rey, en secreto una palabra. Mandó el rey que no prosiguiese y habiendo salido todos los que estaban con él, [20] se acercó Aod al rey, que estaba solo, sentado en su habitación de verano [15], y le dijo: Tengo que decirte una palabra de parte de Dios [16]. Al punto se levantó el rey de su silla, [21] y Aod tirando con su mano izquierda de la daga [17] que llevaba al lado derecho se la envasó en el vientre, [22] con tanta fuerza que la guarnición o empuñadura entró tras la hoja en la herida, y se

quedó cubierta y encajada en la mucha grosura: ni sacó del vientre la daga sino que como se la metió, así la dejó en él; y al instante los excrementos salieron por sus conductos naturales [18].

[23] Después de lo cual Aod, habiendo cerrado muy bien las puertas del cuarto, y asegurándolas con llave, [24] se salió por una puerta excusada. Y entrando los criados del rey, y viendo cerradas las puertas del aposento, dijeron: Tal vez está satisfaciendo alguna necesidad corporal [19] en la habitación de verano. [25] Y después de haber aguardado mucho tiempo, hasta que preocupados de tanto esperar, y viendo que ninguno les abría, echaron mano de la llave, abrieron el cuarto y hallaron el cadáver de su señor tendido en el suelo.

[26] Pero mientras ellos andaban alborotados, Aod se escapó, y pasando por el lugar de los ídolos, desde donde había vuelto atrás, llegó a Seirat. [27] Tocó luego la trompeta o alarma [20], en el monte de Efraín; y los hijos de Israel descendieron con él, llevándole a su frente. [28] Aod les dijo: Seguidme: porque el Señor ha entregado en nuestras manos a los moabitas nuestros enemigos. Le siguieron, pues, y se apoderaron de los vados del Jordán, que son paso para Moab: y no dejaron pasar a ningún moabita, [29] sino que mataron en aquella sazón cerca de diez mil de ellos, todos hombres robustos y esforzados, de suerte que ninguno de

ellos pudo escapar. [30]Quedó, pues, Moab humillado en aquel día, bajo la mano de Israel, y el país estuvo en paz ochenta años.

Samgar

[31]Después de Aod floreció Samgar, hijo de Anat [21], que mató a seiscientos filisteos con una reja de arado [22]; y éste fue también defensor y libertador de Israel.

> **¿Sabías que?**
>
> En la Edad Media se leyó a Aod como una figura de Cristo. El *Espejo de la salvación humana* (Speculum humanae salvationis), un libro ilustrado de comienzos del siglo XIV que empareja cada escena de la vida de Cristo con figuras del Antiguo Testamento, pone a Aod junto a Cristo que vence al demonio con su pasión: el vientre enorme de Eglón, dice, significa al diablo, que se había tragado a todo el género humano, y la espada de Aod es la pasión con que Cristo atravesó las puertas del infierno. En el capítulo siguiente del mismo libro, Jahel es figura de María.

PAUSA

1. Dios dejó enemigos a Israel para que aprendiera a luchar. ¿Qué combate de tu vida te está haciendo crecer?
2. Israel se olvidó de su Dios en medio de los pueblos vecinos. ¿Qué te ayuda a no olvidar a Dios en tu ambiente de cada día?
3. Samgar venció con una herramienta de labranza. ¿Qué «herramientas» pequeñas de tu vida podría usar Dios para hacer el bien?

Para orar. *Señor, que suscitaste salvadores para tu pueblo, dame fuerza en el combate y memoria de tus beneficios.*

4

Débora, Barac y Jahel

Muerto Aod, Israel cae en manos de Jabín, rey cananeo de Asor, y de su general Sísara, con sus novecientos carros. El capítulo tiene tres partes: Débora, profetisa y juez, llama a Barac y le promete la victoria, pero le anuncia que la gloria será de una mujer (vv. 1-10); la batalla junto al torrente Cisón, donde el Señor desbarata los carros (vv. 11-16), y la muerte de Sísara a manos de Jahel, en su tienda (vv. 17-24). Dos mujeres conducen la historia: una con la palabra de Dios, otra con una estaca. El capítulo siguiente cantará la misma victoria.

Débora llama a Barac

1 Pero los hijos de Israel volvieron a pecar delante del Señor, después de la muerte de Aod [1]; 2 y los entregó el Señor en manos de Jabín, rey de Canaán, que reinó en Asor [2], y tuvo por general de su ejército a un llamado Sísara, el cual habitaba en Haroset de las Naciones. 3 Clamaron, pues, los hijos de Israel al Señor; porque teniendo Jabín novecientos carros falcados [3], los había oprimido en extremo por espacio de veinte años.

4 Vivía en aquel tiempo Débora, profetisa, mujer de Lapidot [5], la cual regía al pueblo [4]; 5 y tenía su asiento de-

bajo de una palma [6], que se llamó por eso de su mismo nombre, entre Rama y Betel, en el monte de Efraín: y los hijos de Israel acudían a Débora en todos sus litigios.

[6] Ella, pues, envió a llamar a Barac, hijo de Abinoem, natural de Cedes de Neftalí [7], y le dijo: El Señor Dios de Israel te da esta orden: Anda y conduce el ejército al monte Tabor, llevando contigo diez mil combatientes de la tribu de Neftalí y de la de Zabulón: [7] que yo llevaré a un sitio del torrente Cisón a Sísara [8], general del ejército de Jabín, con todos sus carros y su gente, y los entregaré en tus manos. [8] Y le dijo Barac: Si vienes conmigo, iré [9]; mas si no quieres venir conmigo, tampoco iré yo. [9] A lo que respondió Débora: Bien está, iré contigo; mas por esta vez no se atribuirá a ti la victoria: pues Sísara será entregado por medio de una mujer [10]. Partió, pues, luego Débora, y se fue a Cedes con Barac. [10] El cual, convocados los de Zabulón y Neftalí, marchó con diez mil combatientes, teniendo a Débora en su compañía.

La batalla del Cisón

[11] Es de advertir que Haber, cineo, se había separado [11] mucho tiempo antes de los otros cineos sus hermanos, hijos de Hobab, pariente de Moisés, y había establecido su morada extendiéndose hasta el valle llamado Sennim, no lejos de Cedes. [12] En esto tuvo Sísara aviso de que Barac, hijo de Abinoem, había subido al monte Tabor; [13] por lo que

juntó los novecientos carros falcados, e hizo mover todo
su ejército desde Haroset de las Naciones hasta el torrente
Cisón.

14 Entonces dijo Débora a Barac: ¡Ea, vamos! [12] porque este
es el día en que el Señor ha puesto en tus manos a Sísara:
mira que el mismo Señor es tu caudillo. Bajó al punto Ba-
rac del monte Tabor y con él los diez mil soldados. 15 Y el
Señor aterró a Sísara [13], y a todos sus carros de guerra, y
su gente, la cual fue pasada a cuchillo al presentarse Ba-
rac: en tanto grado, que Sísara, saltando de su carro, echó
a huir a pie. 16 Y Barac fue persiguiendo a los carros fugiti-
vos, y al ejército hasta la ciudad de Haroset de las Nacio-
nes; y toda la muchedumbre de los enemigos pereció, sin
quedar ni uno.

Jahel y Sísara

17 Entretanto Sísara, huyendo, vino a parar en la tienda de
Jahel, mujer de Haber, cineo: por cuanto había paz entre
Jabín, rey de Asor y la casa de Haber [14], cineo. 18 Y habien-
do salido Jahel a recibir a Sísara, le dijo: Entrad, señor
mío, entrad en mi casa y no temáis [15]. Entró, pues, en la
tienda, y después que ella lo cubrió con un manto, 19 le dijo
Sísara: Dame por tu vida un poco de agua, que me muero
de sed. Abrió ella un odre de leche [16], y le dio de beber, y
volvió a cubrirlo con la ropa. 20 Y le dijo Sísara: Ponte a la

puerta del pabellón, y si viene alguno preguntándote, y diciendo: ¿Hay aquí alguno?, responde que no hay nadie [17].

[21] Jahel, pues, mujer de Haber, tomó un clavo o estaca de la tienda [18], y asimismo un martillo; y entrando sin ser vista ni sentida, aplicó el clavo sobre una de las sienes de Sísara [19], y dando un golpe con el martillo le traspasó el cerebro hasta la tierra: y Sísara desfalleció y murió, juntando el sueño con la muerte. [22] Cuando he aquí que Barac venía en seguimiento de Sísara, y Jahel, saliéndole al encuentro le dijo: Ven, y te mostraré al hombre que buscas [20]. Entrado que hubo en su estancia, vio a Sísara que yacía muerto, y el clavo atravesado por sus sienes.

[23] Así humilló Dios en aquel día a Jabín [21], rey de Canaán, ante los hijos de Israel. [24] Los cuales cobraron cada día más bríos contra Jabín, rey de Canaán, a quien oprimieron con mano poderosa, hasta que le destruyeron enteramente.

¿Sabías que?

La pintora barroca Artemisia Gentileschi pintó en 1620 a Jahel arrodillada junto a Sísara dormido, con el martillo en alto y la estaca ya apoyada en su sien. El cuadro, que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Budapest, lleva su firma tallada en una columna, «Artemitia Lomi», con el apellido original de la familia de su padre, que usaba también su tío, el pintor Aurelio Lomi, y la fecha MDCXX. Artemisia pintó también varias veces a Judit con la cabeza de Holofernes: las dos heroínas que la tradición bíblica unió con las palabras «bendita entre las mujeres» (5,24; Jdt 13,18).

PAUSA

1. Barac no quiso ir a la batalla sin Débora. ¿Qué voz de Dios necesitas tener cerca para atreverte a lo que te pide?
2. «¿No sale el Señor delante de ti?». ¿Qué paso estás retrasando por miedo a los «carros» que tienes enfrente?
3. Débora juzgaba y animaba a su pueblo. ¿Qué mujeres han sido para ti, en la fe, «madres en Israel»?

Para orar. *Señor, que vas delante de tu pueblo, dame la fe de Débora para escuchar tu palabra y el valor de Barac para bajar al llano.*

5

El cántico de Débora

La victoria del capítulo 4 se canta ahora en un poema, uno de los más antiguos y difíciles de la Biblia. Tiene varias estrofas: la invitación a bendecir al Señor y su marcha desde Seir (vv. 1-5); la angustia de Israel hasta que se levantó Débora (vv. 6-11); el despertar y la lista de las tribus, alabadas o reprochadas (vv. 12-18); la batalla, en la que pelean las estrellas y el torrente (vv. 19-23); Jahel (vv. 24-27), y la madre de Sísara esperando en la ventana (vv. 28-30). Termina con un deseo y con cuarenta años de paz (v. 31).

Bendecid al Señor

1 En aquel día Débora y Barac, hijo de Abinoem, cantaron
este himno diciendo [1]: 2 ¡Oh varones de Israel!, vosotros
que voluntariamente habéis expuesto vuestras vidas [2],
bendecid al Señor. 3 ¡Escuchad, reyes!, ¡estadme atentos,
oh príncipes! Yo soy, yo soy la que celebraré al Señor [3], y
entonaré himnos al Señor Dios de Israel.

4 ¡Oh Señor!, cuando saliste de Seir [4], y pasaste por las re-
giones de Edom, se estremeció la tierra, y los cielos y las
nubes se disolvieron en aguas. 5 Los montes se liquidaron

a la vista del Señor, como el monte Sinaí, delante del Señor Dios de Israel.

6 En los días de Samgar, hijo de Anat, en los días de Jahel
estaban desiertos los caminos [5]; y los que tenían que viajar, andaban por veredas tortuosas o extraviadas. 7 Se habían acabado en Israel los valientes, habían desaparecido,
hasta que Débora levantó la cabeza y se dejó ver como una madre para Israel [6]. 8 Nuevo y maravilloso modo de guerrear escogió el Señor [7], y él mismo, por medio de una
mujer, destruyó las fuerzas de los enemigos: no se veía lanza ni escudo entre cuarenta mil soldados de Israel.

9 Mi corazón os ama, ¡oh príncipes de Israel!; vosotros que
con buena voluntad os expusisteis al peligro, bendecid al Señor. 10 Los que cabalgáis en lucidas caballerías [8], los que
estáis sentados en los tribunales, los que andáis ya libremente por los caminos públicos, hablad vosotros, y bendecid al Señor. 11 Donde se estrellaron los carros de guerra,
donde las huestes enemigas se anegaron, allí sean publicadas las venganzas del Señor [9], y su clemencia para con los
valientes de Israel. El pueblo se congregó entonces libremente en las puertas de las ciudades, y recobró su superioridad.

Las tribus y la batalla

12 ¡Ea, vamos, Débora! [10], ¡vamos, ea, prepárate para entonar un cántico al Señor! ¡Ánimo, oh Barac!, ¡vamos, toma, hijo de Abinoem, los prisioneros que has hecho! 13 Se han salvado las reliquias del pueblo de Dios; el Señor ha combatido al frente de los valientes.

14 Se sirvió de uno de la tribu de Efraín [11] para derrotar a los cananeos en la persona de los amalecitas: después se sirvió de uno de la tribu de Benjamín contra tus pueblos, ¡oh Amalec! De Maquir, primogénito de Manasés, descendieron los príncipes, y de Zabulón los que han capitaneado hoy el ejército para combatir. 15 También los caudillos de Isacar han ido con Débora y seguido las pisadas de Barac; el cual se ha arrojado a los peligros, dejándose caer sobre el enemigo como quien se despeña a una sima. Mas dividido entonces Rubén en partidos contra sí mismos [12], se suscitaron discordias entre sus valientes. 16 ¿Por qué te estás ahí quieto, ¡oh Rubén!, entre los dos términos de Israel y de sus enemigos oyendo los balidos de tus rebaños? Pero dividido Rubén en partidos contra sí mismos, sus valientes sólo se ocuparon en disputar entre sí. 17 Los de Galaad estaban en reposo a la otra parte del Jordán; y Dan atendía a sus navíos y comercio [13]: lo mismo que Aser que habitaba en la costa del mar, y se mantenía en sus puertos.

18 Empero Zabulón y Neftalí fueron a exponer sus vidas [14]
en el país de Merome.

19 Vinieron los reyes enemigos y pelearon contra ellos: los
reyes de Canaán pelearon contra Israel en Tanac, junto a
las aguas del Mageddo [15]; mas no pudieron llevar presa
ninguna. 20 Desde el cielo se hizo guerra contra ellos: las
estrellas permaneciendo en su orden y curso, pelearon
contra Sísara [16]. 21 El torrente de Cisón arrastró sus cadá-
veres, el torrente de Cadumín [17], el torrente de Cisón.
¡Huella, oh alma mía, a los orgullosos campeones! 22 Se les
saltaron a sus caballos las uñas de los pies con la impetuo-
sidad de la huida, cayendo por los precipicios los más va-
lientes de los enemigos. 23 Maldecid a la tierra de Meroz,
dijo el ángel del Señor [18]: maldecid a sus habitantes, pues
no quisieron venir al socorro del pueblo del Señor, a ayu-
dar a sus más esforzados guerreros.

Jahel y la madre de Sísara

24 ¡Bendita entre todas las mujeres Jahel [19], esposa de Ha-
ber, cineo, bendita sea en su pabellón! 25 Le pidió Sísara
agua, y le dio leche, y en taza de príncipes le ofreció la
nata [20]. 26 Con la izquierda cogió un clavo, y con la diestra
un martillo de obreros, y mirando donde heriría a Sísara
en la cabeza, le dio el golpe y le taladró con gran fuerza las
sienes. 27 Cayó Sísara entre los pies de Jahel [21], perdió las
fuerzas, y expiró después de haberse revolcado por el sue-

lo delante de Jahel, quedando tendido en tierra, exánime y miserable.

28 Mientras esto pasaba estaba mirando la madre de Sísara
desde la ventana [22] y daba voces, diciendo desde su cuarto: ¿Cómo tarda tanto en volver su carro? ¿Cómo son tan
pesados los pies de sus cuatro caballos? 29 La más discreta
entre las mujeres de Sísara, respondió así a la suegra:
30 Quizá está ahora repartiendo los despojos, y se está escogiendo para él la más hermosa de las cautivas [23]; se separan de entre todo el botín ropas de diversos colores para
Sísara, y variedad de joyas para adorno de los cuellos.

31 Perezcan, Señor, como Sísara todos tus enemigos: y brillen como el sol en su oriente los que te aman [24]. Estuvo
después todo el país en paz cuarenta años [25].

¿Sabías que?

El 17 de marzo de 1733, Georg Friedrich Händel estrenó en el King's Theatre de Londres el oratorio *Deborah*, con libreto de Samuel Humphreys. Era uno de sus primeros oratorios en inglés, un año después de *Esther*, y en él Débora, Barac y Jahel tienen sus propias arias, mientras los coros cantan la victoria de Israel. Händel volvería al libro de los Jueces con *Samson* (1743) y *Jephtha* (1752), su último oratorio.

Dos relatos de una victoria

Jueces 4: el relato	Jueces 5: el cántico
Jabín, rey de Canaán en Asor, y su general Sísara (4,2)	Jabín no aparece: pelean «los reyes de Canaán» (5,19)
Solo Neftalí y Zabulón, con diez mil hombres (4,6.10)	Seis tribus alabadas y cuatro reprochadas por quedarse en casa (5,14-18)
Barac duda: «Si vienes conmigo, iré»; Sísara será entregado «por medio de una mujer» (4,8-9)	La llamada: «¡Ea, vamos, Débora!… ¡Ánimo, oh Barac!» (5,12)
«El Señor aterró a Sísara» y a sus carros (4,15)	Pelean las estrellas desde el cielo, y el torrente Cisón arrastra los cadáveres (5,20-21)
Sísara pide agua, recibe leche; Jahel lo cubre y él se duerme (4,18-21)	«En taza de príncipes le ofreció la nata» (5,25)
Una estaca en la sien, mientras duerme (4,21)	Cae «entre los pies de Jahel» (5,26-27)
El final: Jabín, destruido poco a poco (4,23-24)	El final: la madre de Sísara espera en la ventana (5,28-30)

La prosa y la poesía cuentan la misma victoria con memorias distintas, y muchos piensan que el poema es más antiguo. No son contradicciones que haya que resolver, sino dos maneras de recordar: la crónica que explica y el canto que celebra.

PARA PROFUNDIZAR

El cántico de Débora

El capítulo 5 canta la victoria que el 4 contó en prosa. Es uno de los poemas más antiguos de la Biblia, y de los más difíciles: su hebreo es arcaico y está lleno de palabras raras. Muchos estudiosos lo fechan en los siglos XII u XI a. C., cerca de los hechos que can-

ta; otros lo creen algo posterior. Un detalle habla a favor de su antigüedad: convoca a unas tribus sin rey ni capital, y Judá ni siquiera aparece. Las dos versiones de la victoria no coinciden en todo (ver el cuadro de este capítulo), y muchos piensan que la poética es la más antigua.

Tras el título (v. 1) vienen la invitación a bendecir al Señor (vv. 2-3) y su marcha desde Seir, entre terremotos y lluvias (vv. 4-5; Dt 33,2; Sal 68,8-9; Hab 3,3). Luego, la angustia de los caminos desiertos (vv. 6-8) y la alabanza de los que respondieron (vv. 9-11). El «¡despierta!» abre la segunda mitad (vv. 12-13), con la lista de las tribus: seis alabadas por acudir y cuatro reprochadas por quedarse en casa, mientras Judá y Simeón no se nombran (vv. 14-18; compara Gn 49 y Dt 33). Siguen la batalla, en la que pelean las estrellas y el torrente (vv. 19-22), la maldición de Meroz (v. 23), Jahel (vv. 24-27), la madre de Sísara en la ventana (vv. 28-30) y el deseo final (v. 31). El centro del poema es claro: el Señor combate, Israel se ofrece voluntariamente (vv. 2.9), y quien se queda al margen es culpable.

El cántico está lleno de mujeres. Débora se levanta como «madre para Israel» (v. 7). Jahel es «bendita entre todas las mujeres» (v. 24). Y al final, la madre de Sísara y sus damas esperan en vano, soñando con el botín (v. 30). El poema termina con una madre extranjera que todavía no sabe que ha perdido a su hijo; hay ironía, pero también una piedad que obliga a mirar la guerra desde el lado de las mujeres, que la sufren en los dos bandos. Frente a la madre que espera mujeres como botín se alza la madre que defiende a su pueblo.

«Bendita entre todas las mujeres» (5,24): la Vulgata dice inter mulieres, y el «todas» es de Torres Amat. La bendición vuelve con Judit, después de cortar la cabeza de Holofernes (Jdt 13,18), y en el saludo de Isabel a María (Lc 1,42); por eso la tradición cristiana vio en Jahel y en Judit figuras de María. El *Espejo de la salvación humana*, de comienzos del siglo XIV, en el capítulo dedicado a la victoria de María sobre el demonio, dice que Jahel, que atravesó con un clavo las sienes de Sísara, prefiguró a María, que con los clavos de la cruz traspasó a nuestro enemigo, y lo une a la promesa del Génesis: «ella quebrantará tu cabeza» (Gn 3,15). Antes, Orígenes había visto en Jahel una figura de la Iglesia de los gentiles (ver nota a 4,22). La figura está en la victoria sobre el mal, no en el modo de vencer.

Hay que leer con honradez la violencia de Jahel. Rompe un pacto de paz (4,17) y las leyes de la hospitalidad, y mata a un hombre dormido que se había fiado de ella. El narrador no lo oculta; el poema la celebra como la mano de Dios contra un opresor que había aplastado a Israel durante veinte años, y cuya madre esperaba muchachas israelitas como botín. Torres Amat la disculpa atribuyendo su acción a un impulso extraordinario del espíritu del Señor (ver nota a 4,21). La Iglesia da otra clave: los libros del Antiguo Testamento contienen «elementos imperfectos y pasajeros», pero dan testimonio de la pedagogía del amor de Dios (Catecismo, n. 122; *Dei Verbum*, n. 15), y Benedicto XVI pide leer las páginas oscuras a la luz de Cristo (*Verbum Domini*, n. 42; ver Gn 34). El cántico no es un manual de moral, sino la voz de un pueblo oprimido que celebra su liberación con las palabras de su tiem-

po. En Cristo, la victoria cambia de signo: no traspasa al enemigo, sino que se deja traspasar (Jn 19,34-37).

Por eso el deseo final se reza de otra manera: el cristiano pide que perezcan los enemigos de Dios pensando en el mal, no en las personas (Ef 6,12), y espera brillar con los que aman a Dios «como el sol en su oriente» (5,31; Mt 13,43).

PAUSA

1. El cántico reprocha a las tribus que se quedaron en casa. ¿Ante qué necesidad de tu comunidad te estás quedando «entre los apriscos»?
2. Débora se levantó como madre para Israel. ¿A quién podrías cuidar y animar hoy como una madre o un padre en la fe?
3. La madre de Sísara esperaba el botín de una guerra. ¿Qué te enseña mirar el sufrimiento también desde el lado del otro?

Para orar. *Señor, que combates por tu pueblo, haz que los que te amamos brillemos como el sol en su oriente.*

6

Gedeón, llamado por Dios

Empieza el ciclo más largo del libro: cien versículos, más que el de Sansón. Este capítulo tiene cuatro partes: la opresión de Madián y la palabra de un profeta (vv. 1-10), la vocación de Gedeón junto a la encina de Efra (vv. 11-24), la destrucción del altar de Baal, que le da el nombre de Jerobaal (vv. 25-32), y la convocatoria de las tribus con la señal del vellocino (vv. 33-40). Gedeón no es un héroe nato: trilla escondido, discute, pone condiciones, obra de noche. Dios lo llama tal como es, le promete su compañía y lo reviste con su espíritu. Es la historia de una fe que crece despacio.

Siete años bajo Madián

1 Pero, muerto Barac [1], pecaron nuevamente los hijos de
Israel en la presencia del Señor, el cual los entregó en manos de los madianitas por siete años: 2 quienes los oprimieron en tanto grado, que se vieron obligados a abrir grutas y cuevas en los montes para guarecerse, y a fabricar lugares muy fuertes para defenderse. 3 Pues cuando los israelitas habían hecho la sementera se presentaban los madianitas, los amalecitas y los otros pueblos orientales, 4 y plantando en medio de ellos sus tiendas, o cabañas, estando aún en hierba los sembrados, lo talaban todo desde el

Jordán hasta las puertas de Gaza: y no dejaban a los israelitas nada de lo que es necesario para la vida; ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. 5 Porque venían ellos con todos sus ganados y tiendas, y a manera de langostas [2] cubría todos los campos una multitud innumerable de hombres y de camellos, desollándolo todo por donde pasaban. 6 Con lo que los israelitas fueron en extremo humillados bajo la dominación de los madianitas.

7 Al fin clamaron al Señor pidiendo auxilio contra ellos. 8 Y el Señor les envió un profeta [3], el cual les habló de esta manera: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo soy el que os hice salir de Egipto, y os saqué de la casa de la esclavitud, 9 y os libré de las manos de los egipcios, y de todos los enemigos que os maltrataban, y a vuestra entrada los eché de su tierra, y os la entregué a vosotros. 10 Y dije: Yo soy el Señor Dios vuestro; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis; pero vosotros no habéis querido escuchar mi voz.

El ángel junto a la encina

11 Después de estas reconvenciones vino el ángel del Señor, y se sentó debajo de una encina que había en Efra [4], y era pertenencia de Joás, cabeza de la familia de Ezri. Y como Gedeón, su hijo, estuviese sacudiendo y limpiando el grano en un lagar [5] para esconderlo de los madianitas, 12 se le apareció el ángel del Señor, y le dijo: El Señor es

contigo [6], oh tú el más valeroso de los hombres. [13] A lo que
respondió Gedeón: Te suplico, Señor mío, me digas: Si el
Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos han sobreveni-
do todos estos males? ¿Dónde están aquellas maravillas
suyas [7] que nos han contado nuestros padres, refiriéndo-
nos cómo el Señor los sacó de Egipto? Lo cierto es que aho-
ra el Señor nos ha desamparado y entregado en manos de
Madián. [14] Entonces el ángel que representaba al Señor [8]
echó una mirada sobre él, y le dijo: Anda, ve con ese tu va-
lor y libertarás a Israel del poder de Madián: sábete que
soy yo el que te envío. [15] Respondió Gedeón y dijo: ¡Ah, Se-
ñor mío!, te ruego que me digas ¿cómo he de poder yo li-
bertar a Israel? Tú ves que mi familia es la ínfima en la tri-
bu de Manasés [9], y yo el menor en la casa de mi padre.
[16] Le dijo el ángel del Señor: Yo seré contigo [10], y derrota-
rás a Madián, como si fuera un solo hombre.

[17] Replicó él: Si es que yo he hallado gracia delante de ti,
dame una señal de que eres tú quien me hablas, [18] ni te re-
tires de este sitio, hasta que yo vuelva a ti y te traiga un
presente como para un sacrificio, y te lo ofrezca. Respon-
dió el ángel: Aguardaré hasta que vuelvas. [19] Con esto Ge-
deón fue a su casa, y coció un cabrito, y panes ázimos, que
hizo de una medida de harina [11]; y poniendo la carne en
un canasto, y echando en una olla el caldo de la carne, lo
llevó todo debajo de la encina, y se lo presentó. [20] Le dijo el

ángel del Señor: Toma la carne y los panes ázimos, y ponlo sobre aquella peña, y derrama encima el caldo. Y habiéndolo hecho así, 21 extendió el ángel del Señor la punta del báculo que tenía en la mano, y tocó la carne y los panes ázimos; y salió fuego de la piedra [12], y consumió la carne y los panes ázimos, y el ángel del Señor desapareció de sus ojos.

22 Viendo Gedeón que era un ángel del Señor, dijo: ¡Ay de mí, Señor Dios mío, que he visto al ángel del Señor cara a cara [13]! 23 Le respondió el Señor: La paz sea contigo: no temas, que no morirás. 24 Edificó, pues, allí Gedeón un altar al Señor, y le llamó Paz del Señor [14]: nombre que dura hasta hoy día. Y estando él todavía en Efra, que pertenece a la familia de Ezri,

El altar de Baal

25 le dijo el Señor aquella noche: Toma un toro de tu padre y otro de siete años [15]; y destruye el altar de Baal, que es de tu padre: y corta el bosquete [16] que está junto al altar: 26 y erigirás un altar al Señor Dios tuyo encima de esa peña sobre que pusiste antes el sacrificio; y tomando el segundo toro le ofrecerás en holocausto sobre el montón de leña [17] que habrás cortado en el bosquete. 27 Gedeón, pues, habiendo tomado consigo diez de sus criados, hizo lo que el Señor le había mandado: si bien temiendo a la familia de

su padre y a los vecinos de aquella ciudad, no lo quiso hacer de día, sino que todo lo ejecutó de noche [18].

[28] A la mañana, levantándose los vecinos del pueblo, vieron destruido el altar de Baal, y cortado el bosquete, y colocado el segundo toro sobre un altar recientemente erigido. [29] Y se dijeron unos a otros: ¿Quién ha hecho esto? Y haciendo pesquisa del autor de ello, se les dijo: Gedeón, hijo de Joás, ha hecho todas estas cosas. [30] Por lo que dijeron a Joás: Sácanos aquí tu hijo para que muera, pues ha destruido el altar de Baal, y cortado el bosquete. [31] Les respondió Joás: ¿Pues qué, sois vosotros los vengadores de Baal para combatir por él? Haga Baal que quien es su adversario, muera antes que amanezca el día de mañana: si Baal es Dios, vénguese él mismo [19] del que ha derribado su altar. [32] Desde aquel día Gedeón fue llamado Jerobaal [20], por haber dicho Joás: Vénguese Baal del que le derribó su altar.

El vellocino

[33] Entretanto todos los de Madián y de Amalec, y los pueblos orientales se juntaron a una, y pasando el Jordán, acamparon en el valle de Jezrael para robar y talar. [34] Mas el espíritu del Señor se apoderó de Gedeón [21], el cual tocando la trompeta convocó a la familia de Abiezer para que le siguiese. [35] Envió asimismo mensajeros a toda la tribu de Manasés, que también le siguió; e igualmente a las

otras de Aser, y de Zabulón, y de Neftalí, que asimismo salieron a juntarse con él.

36 Gedeón dijo entonces al Señor: Si has de salvar a Israel
por mi mano, como lo has dicho, 37 he aquí que yo extenderé este vellocino de lana en la era [22]: si el rocío solamente cayere en el vellocino, quedando todo el terreno enjuto, reconoceré en esto que por mi mano has de libertar a Israel, según tiene dicho. 38 Se hizo así, y levantándose antes del amanecer, exprimió el vellocino, y llenó una taza de rocío [23] que salió de él. 39 Dijo de nuevo a Dios: No se irrite contra mí tu furor [24], si aún hago una prueba más buscando otra señal por medio del vellocino. Suplícote ahora lo contrario, que sólo el vellocino esté seco, y se vea mojada del rocío toda la tierra; 40 y Dios lo hizo aquella noche como se lo había pedido; y sólo el vellocino quedó enjuto, y todo el terreno se halló cubierto de rocío.

¿Sabías que?

En 1430, el duque Felipe el Bueno de Borgoña fundó en Brujas la Orden del Toisón de Oro, cuyos caballeros llevan colgado del collar un vellón de oro. El símbolo evocaba el vellocino de Jasón, el héroe griego, pero Jasón no era un modelo intachable (se le reprochaba haber jurado en falso), y el obispo de Chalon, canciller de la orden, propuso otro patrono: el vellón de Gedeón, que recibió el rocío del cielo (6,37). La orden existe todavía en dos ramas, una austriaca y otra española, cuyo gran maestre es el rey de España.

Llamados por Dios

Paso	Gedeón	Otros llamados
Encuentro	El ángel lo encuentra trabajando, escondido en un lagar (6,11)	Moisés pastorea (Éx 3,1-2); Saúl busca unas asnas (1 Sam 9,3); Eliseo ara (1 Re 19,19)
Saludo	«El Señor es contigo, oh tú el más valeroso de los hombres» (6,12)	«Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo» (Lc 1,28)
Envío	«Anda… y libertarás a Israel: sábete que soy yo el que te envío» (6,14)	Éx 3,10; Is 6,8; Jer 1,7
Objeción	«Mi familia es la ínfima… y yo el menor en la casa de mi padre» (6,15)	Éx 3,11; 4,10; 1 Sam 9,21; Jer 1,6; Lc 1,34
Promesa	«Yo seré contigo» (6,16)	Éx 3,12; Jer 1,8; Lc 1,35
Señal	El fuego sale de la peña (6,17-21); después, el vellocino (6,36-40)	Éx 4,1-9; 1 Sam 10,1-9; Lc 1,36
Temor y paz	«¡Ay de mí…!» «La paz sea contigo: no temas» (6,22-23)	Is 6,5-7; Lc 1,29-30
Respuesta	Un altar: «Paz del Señor» (6,24)	«Heme aquí, envíame» (Is 6,8); «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38)

Muchas vocaciones de la Biblia siguen este esquema, con variantes: la iniciativa es de Dios, el llamado no se siente capaz, y la única garantía es «yo estaré contigo». La diferencia está en la respuesta: Gedeón pide señales una y otra vez; María pregunta cómo sucederá y se entrega sin condiciones.

PARA PROFUNDIZAR

«El Señor es contigo»: la vocación de Gedeón

Muchas vocaciones de la Biblia siguen un mismo esquema, y la de Gedeón es uno de sus ejemplos más completos. Dios, o su mensajero, sale al encuentro de alguien en medio de su trabajo; lo saluda y le confía una misión; el llamado objeta que no es capaz; Dios responde con una promesa, «yo estaré contigo», y le da una señal. Así son llamados Moisés en la zarza (Éx 3–4), Saúl (1 Sam 9–10), Jeremías (Jer 1,4-10) y, sobre todo, María en Nazaret (Lc 1,26-38), saludada con las mismas palabras: «el Señor es contigo» (ver el cuadro al final del capítulo). El esquema no es un molde vacío: dice que la iniciativa es de Dios, que nadie se siente a la altura y que la única garantía es la presencia de quien llama.

El ángel encuentra a Gedeón escondido en un lagar y lo llama «el más valeroso de los hombres»: Dios ve en él lo que todavía no es. Gedeón no se deja halagar y responde con la pregunta de los salmos de lamentación: si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos pasa esto?, ¿dónde están sus maravillas? (6,13). La Biblia no censura estas preguntas: las conserva como oración. El Catecismo distingue la duda voluntaria, que rechaza lo revelado, de la involuntaria, «la vacilación en creer», que puede nacer de la oscuridad de la fe (n. 2088); la de Gedeón es la queja de quien todavía espera. Dios no le explica el porqué del sufrimiento: lo envía. «Anda, ve con ese tu valor… soy yo el que te envío» (6,14).

Gedeón objeta su pequeñez: su clan es el más pobre de Manasés, y él, el menor de su casa (6,15). Es precisamente el perfil de los elegidos, porque Dios, dice el Catecismo, «escoge lo que era teni-

do por impotente y débil» (n. 489; 1 Cor 1,27). Y la respuesta no es «sí puedes», sino «Yo seré contigo» (6,16), la promesa hecha a Moisés (Éx 3,12). El fuego que brota de la peña confirma la visita; Gedeón teme morir y recibe la paz, y su altar se llama «el Señor es paz» (6,24).

La primera misión es en casa. Antes de enfrentarse a Madián, Gedeón tiene que derribar el altar de Baal que pertenece a su padre (6,25-32). Lo hace de noche y con miedo, pero lo hace. La opresión de fuera era consecuencia de una infidelidad de dentro: Israel no podía ser libre mientras sirviera a otros dioses. La idolatría, recuerda el Catecismo, no es solo cosa del paganismo antiguo, sino «una tentación constante de la fe», que diviniza el poder, el placer o el dinero (n. 2113).

Revestido ya del espíritu, Gedeón pide todavía dos señales con el vellocino (6,36-40). Usa el verbo de la ley que prohíbe tentar a Dios (Dt 6,16; Catecismo, n. 2119) y él mismo teme la ira divina (6,39). San Agustín se inclinaba a pensar que Gedeón pecó al pedirlas, pero admiraba que Dios usara aun su ánimo vacilante para anunciar lo que quería (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VII, 49). Dios condesciende con el débil sin aprobar la debilidad. En el Evangelio, Zacarías exige una prueba y queda mudo (Lc 1,18-20); María pregunta cómo sucederá, sin pedir señales, y dice «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,34.38).

Los Padres leyeron la doble señal como una profecía. San Ambrosio (*Sobre el Espíritu Santo* I, prólogo) y san Agustín (*Comentarios a los salmos* 71,9) vieron en el vellón mojado sobre la era seca la gracia dada primero a Israel, y en la era mojada con el vellón

seco, la fe extendida a todas las naciones; los dos citan el Salmo 72,6: «descenderá como la lluvia sobre el vellón». San Agustín añade que fue en Israel donde Cristo «escogió una Madre». En esa línea se sitúa la lectura mariana que recoge Torres Amat: el rocío que baja en silencio sobre el vellón es el Verbo que se encarna en el seno de la Virgen. La liturgia la canta en las Vísperas del 1 de enero, «Cuando naciste inefablemente de la Virgen se cumplieron las Escrituras: descendiste como el rocío sobre el vellón, para salvar a los hombres», y la *Biblia pauperum* de la Baja Edad Media pintaba el vellocino de Gedeón junto a la Anunciación.

La vocación de Gedeón enseña que Dios no espera a encontrar un héroe: lo hace. «El Señor es contigo» no es un cumplido, sino una promesa que se va cumpliendo por el camino, con las dudas incluidas.

PAUSA

1. Gedeón se quejó a Dios con franqueza: «¿Dónde están aquellas maravillas suyas?». ¿Te atreves a decirle a Dios lo que de verdad sientes?
2. Dios empezó por el altar de Baal de la casa de su padre. ¿Qué ídolo tendrías que derribar primero en tu propia casa?
3. Gedeón pidió señales una y otra vez. ¿Cuándo le pides pruebas a Dios en lugar de fiarte de su palabra?

Para orar. *Señor, tú que me dices «yo seré contigo», reviste mi debilidad con tu espíritu y dame tu paz.*

7

Trescientos hombres contra Madián

Dios reduce el ejército de Gedeón de treinta y dos mil hombres a trescientos, para que nadie pueda decir que la victoria fue suya. El capítulo avanza en cuatro movimientos: la criba de los medrosos y la prueba del agua (vv. 1-8), la visita nocturna al campamento enemigo, donde Gedeón oye el sueño del pan de cebada (vv. 9-15), el ataque con trompetas, cántaros y teas (vv. 16-22) y la persecución hasta los vados del Jordán, donde caen Oreb y Zeb (vv. 23-25). Es una batalla sin espadas israelitas: el grito, la luz, el pánico y Dios hacen el resto.

Demasiada gente

1 Por lo tanto Jerobaal, o sea Gedeón, levantándose antes
del día, vino con toda su gente a la fuente llamada de
Harad [1], estando el campamento de los madianitas en el
valle al norte de un cerro muy alto [2]. 2 Dijo entonces el Se-
ñor a Gedeón: Mucha gente tienes contigo: no será Ma-
dián entregado en manos de ella, porque no se gloríe con-
tra mí Israel, y diga: Mi valor me ha libertado [3]. 3 Habla al
pueblo, y haz pregonar de manera que lo oigan todos: El
que sea medroso o cobarde, que se vuelva [4]. Y se volvie-
ron del monte de Galaad y se retiraron veintidós mil hom-
bres de la tropa, quedándose solamente diez mil.

4 Y el Señor dijo a Gedeón: Aún hay mucha gente; guíalos
al agua que allí los experimentaré; y el que yo te dijere que
vaya contigo, vaya; y a quien yo prohibiere ir vuélvase.
5 Pues como las tropas bajasen al agua, dijo el Señor a Ge-
deón: Los que bebieren el agua llevada a su boca con la
mano [5], como la cogen los perros con la lengua, los sepa-
rarás a un lado; mas los que hubieren puesto las rodillas
en tierra para beber con más comodidad, quedarán en
otra parte. 6 Fueron, pues, los que bebieron el agua, lle-
vándola a su boca con la mano, trescientos hombres [6]:
todo el resto de la tropa había doblado sus rodillas para be-
ber más cómodamente. 7 En seguida dijo el Señor a Ge-
deón: Con estos trescientos hombres que han tomado con
la mano el agua para llevarla a su lengua, los libertaré, y
haré caer a Madián en vuestro poder. Retírese a su estan-
cia toda la demás tropa. 8 Y tomando víveres a proporción
del número de la gente, y las trompetas [7], mandó volver
todo el resto de la tropa a sus tiendas, y él con sólo los tres-
cientos hombres se dispuso para el combate. El campa-
mento de Madián estaba abajo en el valle.

El sueño del pan de cebada

9 Aquella misma noche le dijo el Señor: Levántate y des-
ciende al campamento de los enemigos; porque los he en-
tregado en tus manos; 10 pero si temes ir solo, baje contigo
Fara [8], tu criado. 11 Y cuando oyeres lo que hablan los ma-

dianitas, quedarás más animoso, y asaltarás con más confianza su campamento. Partió, pues, Gedeón, con su criado Fara, hacia aquel paraje del campamento donde estaban los centinelas del ejército enemigo. 12 Es de advertir que los madianitas y amalecitas, y todos los pueblos orientales yacían tendidos en el valle, como una muchedumbre de langostas; y sus camellos eran sin número, como las arenas de la orilla del mar [9].

13 Así que se acercó Gedeón, oyó que uno contaba a su camarada cierto sueño, y refería en esta forma lo que había visto: Acabo de tener un sueño, en que veía venir rodando un pan de cebada cocido en el rescoldo [10], y bajar hacia el campamento de Madián, y que chocando contra un pabellón le trastornó con el golpe, y le echó por tierra. 14 Respondió aquel a quien se lo contaba: Lo que esto significa es la espada de Gedeón [11], hijo de Joás, israelita; porque Dios ha entregado en sus manos a Madián y a todo su campamento. 15 Gedeón, oído el sueño y su interpretación, adoró al Señor [12]; y vuelto al campo de Israel, dijo a los suyos: ¡Ea, vamos! al instante; porque el Señor ha entregado en nuestras manos el campamento de Madián.

Cántaros, teas y trompetas

16 Dividió luego los trescientos hombres en tres cuerpos, y puso en manos de cada uno una trompeta y una vasija de barro vacía, y dentro de ésta una tea encendida [13], 17 y les

dijo: Lo que me viereis hacer, hacedlo vosotros: yo entraré
por un lado de los reales; imitad lo que yo hiciere.
18 Cuando sonare la trompeta que tengo en mi mano, so-
nad también vosotros las vuestras alrededor del campa-
mento, y gritad todos a una: ¡Al Señor y a Gedeón,
victoria! [14]

19 Entrando, pues, Gedeón por un lado del campo, seguido
de sus trescientos hombres, al comenzar la vela de la
medianoche [15], y despertados los centinelas, comenzaron
Gedeón y los suyos a tocar las trompetas, y a quebrar unas
vasijas con otras; 20 y haciendo resonar el ruido alrededor
del campamento, por tres puntos diferentes, rotas las vasi-
jas, tomaron las luces en la mano izquierda [16], y prosi-
guiendo en tocar las trompetas que tenían en la derecha
gritaron todos: ¡La espada del Señor y de Gedeón!
21 manteniéndose cada uno quieto en su puesto alrededor
de los reales enemigos. Con esto todas las tropas de Ma-
dián se alborotaron, y dando gritos y aullidos echaron a
huir. 22 Y sin embargo los trescientos hombres seguían to-
cando sin cesar las trompetas. Y el Señor hizo que los
enemigos tirasen de sus espadas unos contra otros [17] sin
conocerse; de suerte que se degollaban entre sí,

Los vados del Jordán

23 huyendo los que escaparon hasta Betsetta, y hasta los
confines de Abelmeula [18] en Tebbat. Al mismo tiempo los

israelitas de las tribus de Neftalí, y de Aser, y todos los de la de Manasés, al saber la victoria, gritando todos a una, fueron persiguiendo a los madianitas. 24 Y Gedeón despachó mensajeros a toda la montaña de Efraín, para que dijesen a sus moradores: Bajad al encuentro de los madianitas, y ocupad el vado de las aguas [19] hasta Betbera y lo largo del Jordán. Así pues, todo Efraín tocó alarma, y se adelantó a tomar los vados de las aguas y la orilla del Jordán hasta Betbera. 25 Y habiendo hecho prisioneros dos príncipes de los madianitas, Oreb y Zeb, mataron a Oreb en la peña de Oreb [20], y a Zeb en el lagar de Zeb. Y persiguieron a los madianitas; y llevaron las cabezas de Oreb y de Zeb a Gedeón, al otro lado del río Jordán.

¿Sabías que?

En 1899, tres viajantes de comercio fundaron en Janesville (Wisconsin, Estados Unidos) una asociación evangélica de hombres a la que llamaron The Gideons, «los gedeones»: querían ser, como Gedeón, hombres dispuestos a hacer la voluntad de Dios en cualquier momento. Desde 1908 dejan Biblias gratuitas en las habitaciones de los hoteles, y hoy también en hospitales, cuarteles y cárceles de muchos países. Su emblema es un cántaro de dos asas con una antorcha, en recuerdo de esta noche (7,16-20).

La campaña contra Madián

Etapa	Qué pasa	Cita
La llamada	Gedeón toca la trompeta; acuden Abiezer, Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí	6,34-35
Los medrosos	Junto a la fuente de Harad se vuelven veintidós mil; quedan diez mil	7,1-3
El agua	Trescientos beben llevándose el agua a la boca con la mano; los demás vuelven a casa	7,4-8
El sueño	De noche, Gedeón oye el sueño del pan de cebada y adora	7,9-15
El ataque	Cántaros rotos, teas y trompetas; los madianitas se matan entre sí y huyen	7,16-22
Los vados	Efraín toma los vados del Jordán y mata a Oreb y a Zeb	7,23-25
La queja	Efraín protesta; Gedeón lo calma: «un racimo de Efraín»	8,1-3
El pan negado	Soccot y Fanuel no dan pan a los trescientos, cansados	8,4-9
Los reyes	Gedeón sorprende el campamento en el desierto y apresa a Zebee y Salmana	8,10-12
El castigo	Escarmiento de los ancianos de Soccot; matanza en Fanuel	8,13-17
La venganza	Gedeón mata a los reyes por sus hermanos muertos en el Tabor	8,18-21

La victoria de Dios ocupa la noche del capítulo 7; la persecución del capítulo 8 es ya, sobre todo, la guerra de Gedeón. El libro habla de ciento veinte mil enemigos muertos y quince mil supervivientes (8,10). Israel recordó siempre «el día de Madián» (Is 9,3; 10,26; Sal 83,10-12).

PARA PROFUNDIZAR

Trescientos hombres: Dios salva con pocos

«Mucha gente tienes contigo» (7,2). Es la frase más extraña que puede oír un general antes de la batalla. Gedeón tiene treinta y dos mil hombres frente a un enemigo «como una muchedumbre de langostas» (7,12), y Dios le dice que le sobran. La razón está en el mismo versículo: «porque no se gloríe contra mí Israel, y diga: Mi valor me ha libertado»; en hebreo, «mi mano me ha salvado». Todo el capítulo es una demostración de que la salvación viene de Dios. La primera criba aplica la ley de Dt 20,8: que vuelvan a casa los miedosos. Junto a la fuente de Harod, cuyo nombre suena como «temblar», se van los que tiemblan, veintidós mil (7,3).

Quedan diez mil, y todavía son demasiados. La segunda criba es la del agua (7,4-7). El texto es difícil: el hebreo habla primero de los que lamen «como el perro» y después de los que lamen «llevándose la mano a la boca»; la Vulgata y Torres Amat entienden que los trescientos se llevaron el agua a la boca con la mano, mientras los demás se arrodillaron. ¿Por qué ellos? Josefo pensó que eran los más miedosos; Rashi, que los otros estaban acostumbrados a arrodillarse ante los ídolos; otros, que eran los más alertas. San Agustín vio en el gesto «de perro» la elección de lo despreciable (1 Cor 1,28), y en el número, que en griego se escribe con la letra T, una figura de la cruz (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VII,37). Todas son conjeturas. El narrador no da la razón, porque lo que importa es que elige Dios, y que el número, ridículo, no deja lugar a dudas.

Dios tampoco exige a Gedeón un valor que no tiene. Lo deja bajar de noche con su criado y oír el sueño de un enemigo: un pan de cebada, el pan de los pobres, rueda hasta el campamento y derriba una tienda (7,13-14). San Agustín vio en ese pan las cosas despreciables del mundo con que el Salvador había de confundir a los soberbios (*Cuestiones* VII,39). Gedeón adora y vuelve seguro. Después viene una batalla sin espadas: trescientos hombres con una trompeta en la derecha y una antorcha escondida en un cántaro en la izquierda. Rompen los cántaros, gritan «¡La espada del Señor y de Gedeón!», y el pánico hace el resto (7,22; compárese 1 Sam 14,20).

«El día de Madián» quedó en la memoria de Israel como modelo de la liberación que solo Dios puede dar. Isaías anuncia que el Señor romperá el yugo del opresor «como en el día de Madián» (Is 9,3), el texto que la Iglesia lee en la misa de la noche de Navidad, porque esa liberación la trae un niño; y recuerda «la matanza de Madián en la peña de Oreb» (Is 10,26). Un salmo pide a Dios que trate a los enemigos «como a Madián» y a sus príncipes «como a Oreb y a Zeb» (Sal 83,10-12). Jonatán dirá con el espíritu de esta historia que al Señor no le cuesta salvar «con muchos o con pocos» (1 Sam 14,6), y Zacarías: «no con ejército ni con fuerza, sino con mi espíritu» (Zac 4,6).

Los cristianos reconocieron aquí su propia experiencia. San Pablo escribe que Dios eligió «lo débil del mundo para confundir a lo fuerte... para que nadie se gloríe delante de Dios» (1 Cor 1,27-29), y oyó al Señor decirle: «mi fuerza se realiza en la debilidad» (2 Cor 12,9). San Ambrosio vio en los cántaros nuestros cuerpos de barro, que no temen cuando arden con el fuego del

Espíritu (*Sobre el Espíritu Santo* I,14,167), y san Agustín unió la escena a otra frase de Pablo, «llevamos este tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4,7), pensando en los mártires, cuya luz brilló cuando se rompió su cuerpo (*Cuestiones* VII,49). El Catecismo resume ese estilo de Dios: «escoge lo que era tenido por impotente y débil» (n. 489).

El relato no enseña que los medios no importen ni convierte la guerra en un juego: confiesa que la victoria pertenece a Dios. Y ya deja ver una sombra. En el grito, el nombre de un hombre aparece junto al de Dios, y pocos versículos después los israelitas dirán a Gedeón: «nos has librado» (8,22), justo lo que Dios quiso evitar. La tentación de atribuirnos lo que Dios hace no termina con la victoria; empieza con ella.

PAUSA

1. Dios redujo el ejército para que Israel no dijera «mi valor me ha libertado». ¿De qué éxitos te cuesta darle a Dios el mérito?
2. Dios conocía el miedo de Gedeón y le dio un compañero y una señal. ¿Quién ha sido tu «Fara» en una hora de miedo?
3. La luz brilló cuando se rompieron los cántaros. ¿Qué «vasija rota» de tu vida ha dejado ver la luz de Dios?

Para orar. *Señor, que no confíe en mi número ni en mi fuerza, sino en ti, que salvas con muchos o con pocos.*

8

La corona rechazada y el efod

Gedeón calma a Efraín con una respuesta humilde, cruza el Jordán, persigue a los reyes de Madián y vuelve para castigar con dureza a Soccot y Fanuel, que le negaron el pan; después mata a Zebee y Salmana para vengar a sus hermanos. El capítulo tiene tres partes: la persecución (vv. 1-21), la corona rechazada y el efod (vv. 22-28) y el final de Gedeón (vv. 29-35). Al vencedor se le va oscureciendo el rostro: rechaza ser rey, pero vive como un rey, y su efod extravía a Israel. Y el Señor, tan presente en el capítulo 7, aquí casi no aparece.

Efraín, Soccot y Fanuel

1 Entonces le dijeron los efraimitas: ¿Qué es esto que has
hecho con nosotros de no llamarnos cuando saliste a com-
batir a Madián? Y se querellaron agriamente, faltando
poco para llegar a atropellarle. 2 Les respondió Gedeón:
Pues, ¿qué hazaña podía yo hacer que igualara a la que vo-
sotros habéis hecho? ¿Por ventura no vale más un racimo
de Efraín [1] que todas las vendimias de Abiezer? 3 El Señor
puso en vuestras manos los príncipes de Madián, Oreb y
Zeb: ¿qué cosa pude yo hacer igual a la que vosotros habéis
hecho? Con esta respuesta calmó la cólera en que ardían
contra él [2].

[4] Cuando Gedeón, después de la derrota de Madián, llegó
al Jordán, lo vadeó con los trescientos hombres que tenía
consigo; los cuales por el cansancio no podían perseguir a
los fugitivos [3]. [5] Por lo que dijo a los vecinos de Soccot [4]:
Dadme, os ruego, pan para la tropa que viene conmigo,
pues está muy desfallecida, a fin de que podamos perse-
guir a Zebee y a Salmana, reyes de Madián.
[6] Respondieron los príncipes de Soccot: Pues qué, ¿tienes
en tu poder maniatados a Zebee y a Salmana [5], para pedir-
nos que demos pan a este su ejército? [7] Les replicó él:
Cuando el Señor habrá entregado en mis manos a Zebee y
a Salmana, yo destrozaré vuestros cuerpos con las espinas
y abrojos del desierto [6]. [8] Moviendo de allí vino a
Fanuel [7], y propuso lo mismo a los habitantes de aquel lu-
gar, que también le respondieron como los de Soccot. [9] Y
les dijo asimismo: Cuando vuelva felizmente vencedor,
destruiré esa torre.

Los reyes de Madián

[10] Entretanto Zebee y Salmana estaban descansando con
todo su ejército [8]; porque de todas las tropas de los pue-
blos orientales habían quedado quince mil hombres, ha-
biendo sido muertos ciento veinte mil soldados, que ma-
nejaban la espada. [11] Gedeón, pues, tomando el camino ha-
cia los árabes scenitas [9], o que habitaban en tiendas de
campaña, a la parte oriental de Nobe y Jegbaa, derrotó el

campamento de los enemigos; los cuales estaban descuidados, imaginando que ya no tenían que temer nada.
12 Zebee y Salmana echaron a huir; mas persiguiéndolos
Gedeón, los prendió después de haber desbaratado todo su ejército.

13 Y volviendo de la batalla al otro día antes de salir el sol [10], 14 cogió a un mozo de los habitantes de Soccot, y le preguntó por los nombres de los principales y ancianos o senadores de Soccot, y señaló setenta y siete sujetos [11].
15 Con esto, entró en Soccot, y les dijo: Aquí tenéis a Zebee y a Salmana, sobre los cuales me zaheristeis diciendo: ¿Acaso tienes ya en tu poder maniatados a Zebee y a Salmana para que nos pidas que demos de comer a tus soldados desfallecidos de hambre y cansancio? 16 Cogió, pues, a los ancianos de la ciudad y destrozó y desmenuzó sus cuerpos [12] con espinas y abrojos del desierto. 17 Arrasó también la torre de Fanuel, pasando a cuchillo a los moradores de la ciudad [13].

18 Dijo después a Zebee y Salmana: ¿Qué traza tenían aquellos hombres que matasteis en el Tabor? Le respondieron: Eran parecidos a ti, y uno de ellos así como hijo de rey.
19 Les replicó Gedeón: Hermanos míos eran, hijos de mi madre [14]. Vive Dios que si les hubieseis conservado la vida, yo tampoco os la quitaría a vosotros. 20 Dijo entonces a Jeter su primogénito: Anda, ve y mátalos. Mas Jeter no

sacó la daga [15] porque tenía miedo, siendo como era muchacho. [21] Y Zebee y Salmana dijeron: Ven tú y danos el golpe: pues a proporción de la edad es la fuerza del hombre. Acercóse Gedeón y mató a Zebee y a Salmana: y tomó después todos los adornos y lunitas de oro [16], con que suelen engalanarse los cuellos de los camellos de los reyes.

La corona y el efod

[22] Después de esto, todos los israelitas dijeron a Gedeón: Sé tú nuestro príncipe, y después de ti, tu hijo y tu nieto [17], ya que nos has librado del poder de Madián. [23] A los cuales él respondió: No seré yo príncipe vuestro, ni tampoco lo será mi hijo; sino que el Señor será quien domine y reine sobre vosotros [18]. [24] Y les añadió: Una sola cosa os pido: dadme los zarcillos o pendientes [19] que habéis hallado en el botín. Porque los ismaelitas acostumbraban traer zarcillos de oro. [25] Le respondieron: Los daremos con grandísimo gusto. Y extendiendo en tierra una capa, echaron en ella los zarcillos cogidos en el botín. [26] Y estos zarcillos que pidió Gedeón, pesaron mil setecientos siclos de oro, sin contar los dijes y joyeles y vestidos de púrpura que solían usar los reyes de Madián, y además de los collares o sartales de oro de los camellos. [27] De todo esto hizo Gedeón un efod [20] que puso en su patria la ciudad de Efra. Pero todo Israel idolatró por causa de este efod, después de la muerte de dicho caudillo; y el tal efod vino a ser la ruina de Ge-

deón y de toda su casa. 28 Quedaron, pues, los madianitas
humillados delante de los hijos de Israel, y no pudieron
después levantar cabeza; sino que todo el país estuvo en
paz durante los cuarenta años [21] que gobernó Gedeón.

La muerte de Gedeón

29 Partió después Jerobaal o Gedeón, hijo de Joás, y habitó
en su casa; 30 y tuvo setenta hijos propios; porque tenía
muchas mujeres. 31 Y una de sus mujeres secundarias, que
estaba en Siquem, le parió un hijo que se llamó
Abimelec [22]. 32 Al fin murió Gedeón, hijo de Joás, en pros-
pera vejez [23], y fue colocado en el sepulcro de Joás, su pa-
dre, en Efra, ciudad de la familia de Ezri.

33 Mas después que murió Gedeón, apostataron otra vez los
hijos de Israel, y se prostituyeron a los ídolos, y pactaron
alianza con Baal [24], para que fuese su Dios; 34 no acordán-
dose del Señor Dios suyo que los libertó de las manos de to-
dos sus enemigos, que tenían alrededor; 35 ni usaron de
piedad con la casa de Jerobaal, esto es de Gedeón, por to-
dos los beneficios que había hecho a Israel.

¿Sabías que?

En 2021, los arqueólogos Yosef Garfinkel y Saar Ganor dieron a conocer un fragmento de jarra hallado en Khirbet al-Ra'i, cerca de Laquis, con una inscripción en tinta que sus editores fechan hacia el 1100 a. C. El epigrafista Christopher Rollston leyó en ella el nombre Yerubbáal, Jerobaal. Solo se conserva parte del texto, y no hay modo de saber si aquel Jerobaal tuvo algo que ver con Gedeón, que vivió lejos de allí. Pero, si la lectura es correcta, el nombre que lleva Gedeón en este libro se usaba de verdad en la época de los jueces.

Las dos caras de Gedeón

Fe y valor	Sombras
Se queja ante Dios, pero acepta la misión: «Yo seré contigo» (6,13-16)	Trilla escondido y pide una señal para creer al mensajero (6,11.17)
Derriba el altar de Baal de su propio padre (6,27-28)	Lo hace de noche, por miedo a su familia y a sus vecinos (6,27)
El espíritu del Señor lo reviste y convoca a las tribus (6,34-35)	Aun así, pone a prueba a Dios dos veces con el vellocino (6,36-40)
Adora al oír el sueño del madianita y ataca con trescientos (7,15-22)	Necesitó que Dios le diera ánimo una vez más (7,10-11)
Calma a Efraín con una respuesta humilde (8,1-3)	Escarmienta a los ancianos de Soccot y pasa a cuchillo a los de Fanuel (8,16-17)
Rechaza la corona: «el Señor será quien... reine sobre vosotros» (8,23)	Pide el oro y hace un efod que extravía a Israel (8,24-27)
Cuarenta años de paz (8,28)	Muchas mujeres, setenta hijos y uno llamado Abimelec, «mi padre es rey» (8,30-31)

La Carta a los Hebreos cuenta a Gedeón entre los que vencieron por la fe (Heb 11,32). San Agustín observa que la Escritura alaba la fe de sus héroes sin dejar de señalar sus pecados (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VII,49). Sus sombras preparan la tragedia de su casa (Jue 9).

PAUSA

1. Gedeón calmó a Efraín con una palabra humilde, pero castigó sin piedad a Soccot. ¿Cómo respondes tú a quien te hiere o te niega ayuda?
2. Rechazó la corona y, sin embargo, se quedó con el oro. ¿Por qué puerta trasera se te cuela a ti la ambición?
3. Israel se olvidó del Señor y de su bienhechor apenas murió Gedeón. ¿A quién le debes una gratitud que has olvidado?

Para orar. *Señor, reina tú en mí, y no permitas que tus dones se conviertan en mis ídolos.*

9

Abimelec, rey de Siquem

Muerto Gedeón, uno de sus hijos quiere lo que su padre rechazó: ser rey. El capítulo tiene cuatro movimientos: Abimelec compra el poder en Siquem con plata de un templo pagano y lo asegura matando a sus hermanos (vv. 1-6); Joatam, el único superviviente, grita desde el monte Garizim la fábula de los árboles (vv. 7-21); Dios siembra la discordia y Siquem se rebela (vv. 22-45); la torre de Siquem arde, y Abimelec muere bajo la piedra de molino de una mujer (vv. 46-57). Es la primera historia del libro sin opresor extranjero: el mal nace dentro de Israel, y el castigo llega por el camino del propio pecado.

Abimelec compra el poder

1 Por este tiempo Abimelec, hijo de Jerobaal, se fue a Siquem a los hermanos de su madre [1], y trató con ellos y con
toda la parentela de la casa del padre de su madre, diciendo: 2 Proponed a todos los ciudadanos de Siquem [2]: ¿Qué
es lo que os parece mejor: que os dominen setenta hombres hijos todos de Jerobaal, o que uno solo sea el señor? Y
considerad al mismo tiempo que yo soy carne y sangre
vuestra. 3 Propusieron, pues, los hermanos de su madre
todas estas razones a todos los ciudadanos de Siquem, e inclinaron su corazón a favor de Abimelec, diciendo: Él es

nuestro hermano. [4] Y le dieron setenta siclos de plata del templo de Baalberit [3]. Con los cuales tomó a su sueldo gente necesitada y vagamunda, que lo siguió.

[5] Y pasando a la casa de su padre, en Efra, degolló a todos sus setenta hermanos, hijos de Jerobaal, sobre una misma piedra [4]: escapando solamente Joatam, el hijo más pequeño de Jerobaal, que se quedó escondido. [6] Y se congregaron todos los vecinos de Siquem, y los de la ciudad de Mello; y fueron y alzaron por rey a Abimelec, junto a la encina que estaba en Siquem [5].

La fábula de Joatam

[7] Lo cual entendido por Joatam, subió al monte de Garizim [6], y puesto sobre la cumbre, clamó a voz en grito, y dijo: Ciudadanos de Siquem, oídme; así os oiga Dios;

[8] se juntaron los árboles para ungir un rey sobre ellos [7], y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. [9] El cual respondió: ¿Cómo puedo yo desamparar mi pingüe licor de que se sirven los dioses y los hombres, por ir a ser superior entre los árboles? [10] Dijeron, pues, los árboles a la higuera: Ven y reina sobre nosotros. [11] La cual les respondió: ¿Debo yo abandonar la dulzura y suavidad de mi fruto, por ir a ser superior entre los otros árboles? [12] Se dirigieron después los árboles a la vid, diciendo: Ven y reina sobre nosotros. [13] La cual les respondió: Pues qué, ¿puedo yo abandonar

mi vino, que alegra a Dios en los sacrificios, y a los hombres en los convites [8], a trueque de ser reina de los árboles? [14] Finalmente los árboles todos dijeron a la zarza [9]: Ven y reina sobre nosotros. [15] La cual respondió: Si es que con verdad y buena fe me constituís por reina vuestra, venid y reposad a mi sombra [10]: y si no, salga fuego de la zarza y abrase los cedros del Líbano [11].

[16] Ahora, pues, considerad si habéis hecho una acción justa e inocente [12], en constituir por rey vuestro a Abimelec; si os habéis portado bien con Jerobaal y su casa, correspondiendo a los beneficios de aquel que combatió por vosotros, [17] y expuso su vida a los peligros por libertaros del poder de los madianitas, [18] vosotros que ahora os habéis alzado contra la casa de mi padre, y degollado a sus hijos, setenta personas sobre una misma piedra, y constituido por rey sobre los habitantes de Siquem a Abimelec, hijo de una esclava suya, porque es vuestro hermano; [19] si os habéis, pues, portado con justicia y sin pecado con Jerobaal y su casa, regocijaos hoy con Abimelec, y regocíjese Abimelec con vosotros. [20] Mas si habéis obrado perversamente, salga fuego de Abimelec, y devore a los vecinos de Siquem y la ciudad de Mello; salga igualmente fuego de los vecinos de Siquem y de la ciudad de Mello; que devore a Abimelec. [21] Dicho esto, huyó, y se fue a Bera, donde habitó por temor de su hermano Abimelec.

La rebelión de Siquem

22 Reinó, pues, Abimelec sobre Israel tres años [13]. 23 Pero
envió el Señor un espíritu pésimo [14] entre Abimelec y los
habitantes de Siquem: los cuales comenzaron a detestarle,
24 echando la culpa de la muerte atroz de los setenta hijos
de Jerobaal y de la efusión de su sangre a dicho Abimelec
su hermano y demás principales de Siquem que le habían
ayudado. 25 Y así armaron asechanzas contra él en lo alto
de los montes, y mientras aguardaban que viniera, o pasa-
ra, cometían atracos, saqueando a los pasajeros, de lo cual
fue avisado Abimelec.

26 Entretanto llegó Gaal, hijo de Obed, con sus hermanos y
entró en Siquem; con cuya venida cobrando ánimo los ve-
cinos de Siquem, 27 salieron por los campos, talaron las vi-
ñas de Abimelec y de los suyos, y pisaron las uvas; y for-
mando danzas de cantores entraron en el templo de su
dios [15]; y mientras comían y bebían maldecían a Abime-
lec; 28 gritando Gaal, hijo de Obed: ¿Quién es Abimelec y
qué ciudad es Siquem para que nos sujetemos a él? ¿Por
ventura no es éste el hijo de Jerobaal? ¿El que ha destina-
do a un Zebul, criado suyo para mandar a los descendien-
tes de Emor, padre de Siquem? Pues, ¿por qué nosotros
hemos de estarle sujetos? 29 ¡Ojalá me diese alguno el man-
do de este pueblo, para quitar de en medio a Abimelec! En-

tretanto se avisó a Abimelec, para que juntase un ejército numeroso y viniese.

30 Porque Zebul, gobernador de la ciudad, oídas las palabras de Gaal, hijo de Obed, montó en gran cólera, 31 y envió secretamente mensajeros a Abimelec diciendo: Mira que Gaal, hijo de Obed, ha venido a Siquem, con todos los de su parentela, y anda levantando la ciudad contra ti. 32 Sal, pues, de noche con la tropa que tienes contigo, y estate escondido en los campos; 33 y muy de mañana, cuando esté para salir el sol, déjate caer sobre la ciudad; y cuando Gaal salga contra ti con su gente, haz contra él lo que pudieres.

34 Abimelec, pues, marchó de noche con todo su ejército, y puso emboscadas en cuatro partes junto a Siquem. 35 Saliendo Gaal, hijo de Obed, se puso a la entrada de la puerta de la ciudad. Entonces salió Abimelec de la emboscada con todo su ejército. 36 En viendo Gaal aquella gente, dijo a Zebul: ¿No ves qué gentío desciende de los montes? Zebul le respondió: Las sombras de los montes [16] se te presentan como cabezas de hombres, y en esto está tu engaño. 37 Replicó Gaal: Mira cómo se descuelga la gente del cerro intermedio [17]: y un escuadrón tira por el camino que va hacia la encina. 38 Le dijo Zebul: ¿Dónde está ahora aquel tu orgullo con que decías: ¿Quién es Abimelec para que hayamos de estarle sujetos? ¿No es ésa la gente que despre-

ciabas? Sal y pelea contra él. [39] Salió, pues, Gaal delante de
todo el pueblo de Siquem y vino a las manos con Abime-
lec, [40] el cual lo hizo huir; y persiguiéndolo lo obligó a me-
terse en la ciudad, y perecieron muchísimos de los suyos
hasta la puerta de Siquem. [41] Abimelec se detuvo en Ruma;
pero Zebul, juntando los de su partido, echó de la ciudad a
Gaal y a sus compañeros, no permitiendo que permanecie-
ran dentro.

[42] Sin embargo, al día siguiente el pueblo de Siquem del
partido de Gaal salió a campaña; de lo cual avisado Abime-
lec, [43] movió su ejército, y lo dividió en tres escuadrones,
armando emboscadas en el campo. Y viendo que el pueblo
salía de la ciudad, se levantó y se echó sobre ellos [44] con su
escuadrón, cercando y batiendo la ciudad. Entretanto los
otros dos escuadrones iban persiguiendo a los contrarios
desparramados por el campo. [45] Estuvo, pues, Abimelec
batiendo todo aquel día la ciudad, hasta que la tomó; y pa-
sando a cuchillo a todos sus habitantes, la arrasó y aun la
sembró de sal [18].

La torre de Siquem y la muerte de Abimelec

[46] Como hubiesen oído esto los que moraban en la torre de
Siquem, se retiraron al templo de su dios Berit [19], en don-
de habían hecho alianza con Abimelec, y de lo cual le ve-
nía al lugar aquel nombre de Berit: lugar que estaba muy
fortificado. [47] Abimelec por su parte oyendo que los refu-

giados en la torre de Siquem estaban allí todos hacinados,
48 subió al monte de Selmón con toda su gente, y tomando
una segur cortó la rama de un árbol, y echándosela al
hombro, dijo a sus compañeros: Haced presto lo que me
veis hacer [20]. 49 Ellos luego cortando a porfía ramas de ár-
boles seguían a su caudillo; y cercando con ellas la fortale-
za, le pusieron fuego; por manera que con el humo y las
llamas perecieron mil personas entre hombres y
mujeres [21] de los que se habían acogido en la torre de Si-
quem.

50 Partido de aquí Abimelec, fue a la ciudad de Tebes; la
que bloqueó y sitió con su ejército. 51 Había en medio de la
ciudad una torre muy alta, donde se había refugiado toda
la gente así hombres como mujeres, y todos los principales
de la ciudad: y habiendo cerrado y asegurado bien la puer-
ta, se colocaron sobre el techo de la torre para defenderse.
52 Y llegando Abimelec al pie de la torre, la combatía vale-
rosamente, y acercándose a la puerta procuraba incen-
diarla; 53 cuando he aquí que una mujer, arrojando desde
arriba un pedazo de una piedra de molino [22] dio con ella
en la cabeza de Abimelec, y le rompió el cerebro.
54 Entonces Abimelec, llamando a toda prisa a su escudero,
le dijo: Saca tu espada, y mátame; porque no se diga que
fui muerto por una mujer [23]. El escudero, ejecutando el
mandato, lo acabó de matar.

55 Y muerto que fue, todos los israelitas que le seguían se
volvieron a sus casas. 56 Así dio Dios a Abimelec el pago 24
del mal que había hecho contra su padre, matando a sus
setenta hermanos. 57 Y así también pagaron los siquemitas
la pena de cuanto habían hecho, y les alcanzó la maldición
de Joatam, hijo de Jerobaal.

¿Sabías que?

Siquem es hoy Tell Balata, en las afueras de Nablus, entre los montes Garizim y Ebal. La excavó el alemán Ernst Sellin desde 1913, y una expedición estadounidense dirigida por G. Ernest Wright desde 1956. En la acrópolis apareció un gran «templo fortaleza» con muros de unos cinco metros de grosor, construido en la Edad del Bronce Medio. Wright lo relacionó con la «torre de Siquem» y el templo de El-berit (vv. 46-49), y el arqueólogo Lawrence Stager defendió en 2003 que seguía en uso en la época de los jueces. Otros lo discuten: la identificación es posible, no segura.

La fábula de Joatam

Árbol	Qué responde	Sentido
El olivo	No dejará su aceite, «de que se sirven los dioses y los hombres» (9,8-9)	El aceite de las ofrendas, de la lámpara del santuario y de la unción de sacerdotes y reyes (Lv 2,1; Éx 27,20)
La higuera	No dejará «la dulzura y suavidad» de su fruto (9,10-11)	El fruto de la tierra buena; la paz de cada uno «bajo su higuera» (Miq 4,4)
La vid	No dejará su vino, «que alegra a Dios en los sacrificios, y a los hombres en los convites» (9,12-13)	Las libaciones del culto y la alegría de la fiesta (Nm 15,7; Sal 104,15)
La zarza	«Venid y reposad a mi sombra: y si no, salga fuego» (9,14-15)	Un espino sin fruto ni sombra que arde enseguida: el tirano que promete refugio y trae destrucción
La aplicación	Si habéis obrado «con verdad», alegraos con Abimelec; si no, que el fuego os devore unos a otros (9,16-20)	La medida es la alianza sellada en Siquem: «servid al Señor con integridad y verdad» (Jos 24,14)
El cumplimiento	Discordia, rebelión, la torre de Siquem incendiada, Abimelec muerto en Tebes (9,23-57)	«Les alcanzó la maldición de Joatam» (9,57)

Otras fábulas y alegorías de plantas: el cardo y el cedro (2 Re 14,9), el águila y la vid (Ez 17). El olivo, la higuera y la vid son también imágenes de Israel (Jr 11,16; Os 9,10; Is 5,1-7), y el Nuevo Testamento las retoma (Rom 11,17-24; Jn 15,1-8). La zarza de Joatam (en hebreo atad, en la Vulgata rhamnus) no es la zarza ardiente del Sinaí (sené, Éx 3,2).

PARA PROFUNDIZAR

¿Un rey para Israel? Gedeón, Abimelec y la fábula de Joatam

Gedeón había rechazado la corona con una frase que resume la fe de Israel: «el Señor será quien domine y reine sobre vosotros» (8,23; ver nota a 8,23). Su hijo Abimelec, cuyo nombre significa «mi padre es rey», quiere lo que su padre rechazó, y lo consigue por el camino de todos los tiranos: apela a la sangre de su madre, compra mercenarios con la plata de un templo pagano y elimina a sus setenta hermanos «sobre una misma piedra» (9,4-5). Los señores de Siquem lo hacen rey junto a la encina donde Josué había renovado la alianza (Jos 24,26). Nadie consulta al Señor, y el narrador no dice que Dios lo haya suscitado; en el hebreo del capítulo ni siquiera aparece su nombre (ver nota a 9,23).

Frente a él solo queda Joatam, el hijo menor, con una fábula. Los árboles buscan rey; el olivo, la higuera y la vid se niegan, porque cada uno tiene un fruto que sirve a Dios y a los hombres, y no quieren dejarlo para ir a «mecerse» sobre los demás. Solo acepta la zarza, que no da fruto ni sombra, y que promete refugio mientras amenaza con fuego (9,8-15; ver el cuadro). La fábula es, sobre todo, una lección sobre el poder: los que valen están ocupados en dar fruto, y el que no sirve para nada es el más dispuesto a mandar. Torres Amat recogía la lectura de quienes veían en los tres árboles a Otoniel, Débora y Gedeón, que aceptaron el mando por obediencia, «sabiendo que el que tiene cargo público debe consagrarse al bien del pueblo».

Joatam no condena la monarquía en sí: pregunta si Siquem ha obrado «con verdad e integridad», las palabras de la alianza de Josué (9,16; Jos 24,14), y deja que respondan los hechos. El resto del capítulo es la fábula cumplida. Dios envía un espíritu de discordia; la ciudad, envalentonada en su fiesta de la vendimia, maldice al rey; Abimelec la arrasa, quema a mil personas en la torre de Siquem, el fuego que salió de la zarza, y muere al intentar quemar otra torre, herido por la piedra de molino que le arroja una mujer (9,45-53). El que mató a sus hermanos sobre una piedra cae por una piedra, y el narrador, que rara vez comenta, lo dice sin rodeos: «Así dio Dios a Abimelec el pago» (9,56).

El libro de los Jueces mira la monarquía con dos ojos. Aquí la critica con dureza; al final, el estribillo «no había rey en Israel», con su consecuencia, «cada cual hacía lo que le parecía mejor» (17,6; 21,25; ver nota a 17,6), parece pedir un rey que ponga orden. Los libros de Samuel recogen la misma tensión: cuando el pueblo pide un rey «como todas las naciones», Dios dice a Samuel que es a él a quien rechazan (1 Sam 8,5-7), y sin embargo le concede un rey y elige a David. Muchos estudiosos oyen en estos libros voces de distintas épocas, unas favorables y otras críticas con la realeza; la Ley ya había fijado las condiciones de un rey según Dios (ver Dt 17). La cuestión de fondo no es la forma de gobierno, sino de dónde viene el poder y para qué se usa. El Catecismo lo dice en términos de hoy: la autoridad «no saca de sí misma su legitimidad moral», y solo se ejerce legítimamente si busca el bien común con medios moralmente lícitos (nn. 1902-1903). Abimelec es el ejemplo contrario: un poder conseguido con dinero y sangre, y usado para sí.

El Evangelio da la vuelta a la fábula. Jesús es la vid verdadera, cuyos sarmientos dan fruto (Jn 15,1-5); se retira al monte cuando la multitud quiere hacerlo rey por la fuerza (Jn 6,15), declara ante Pilato que su reino no es de este mundo (Jn 18,36) y enseña que entre los suyos el que manda debe servir, porque el Hijo del hombre vino a dar su vida (Mc 10,42-45). Y al final acepta una corona de espinas: el único rey que carga las espinas sobre sí, en lugar de convertirlas en fuego contra los demás. La liturgia lee la fábula de Joatam (Jue 9,6-15) un miércoles del tiempo ordinario y le responde con el Salmo 21, que canta al rey que se alegra en la fuerza del Señor, y no en la suya.

PAUSA

1. Abimelec consiguió el poder con dinero y sangre. ¿Dónde ves la tentación de conseguir lo que quieres a cualquier precio, también en tu propia vida?
2. El olivo, la higuera y la vid no quisieron dejar su fruto para mandar. ¿Cuál es el «fruto» que Dios te ha dado para servir a los demás?
3. Joatam no tenía ejército, solo una palabra verdadera. ¿Te atreves a decir la verdad cuando cuesta?

Para orar. *Señor, rey humilde y servidor, líbrame de la ambición que destruye y hazme dar fruto donde me has plantado.*

10

Tola, Jair y el clamor de Israel

Después de la tormenta de Abimelec, dos jueces gobiernan en paz durante cuarenta y cinco años, y de ellos apenas se dice nada (vv. 1-5). Luego el ciclo vuelve a empezar, más grave que nunca: Israel sirve a los dioses de todos sus vecinos y cae en manos de dos opresores a la vez, los filisteos y los amonitas (vv. 6-9). Por primera vez el clamor del pueblo incluye una confesión, y por primera vez el Señor le responde con una negativa, hasta que se conmueve ante su miseria (vv. 10-16). El capítulo termina con dos ejércitos frente a frente y sin nadie que mande a Israel (vv. 17-18).

Tola y Jair

1 Después de Abimelec fue caudillo de Israel Tola [1], hijo de
Fúa, y tío de Abimelec [2], de la tribu de Isacar, que habitó
en Samir de la montaña de Efraín, 2 y gobernó a Israel
veintitrés años [3], y murió, y fue sepultado en Samir. 3 A
éste sucedió Jair, galaadita [4], que fue juez de Israel veinti-
dós años; 4 y tenía treinta hijos que cabalgaban en treinta
pollinos [5], y eran señores de treinta poblaciones en el país
de Galaad; las cuales de su nombre se llamaron Havot-
Jair, esto es, Villas de Jair, hasta el día presente. 5 Murió
Jair, y fue sepultado en un lugar llamado Camón.

Israel clama y el Señor responde

6 Pero los hijos de Israel, añadiendo nuevos pecados a los
antiguos, cometieron la maldad delante del Señor, ado-
rando a los ídolos, a Baal y a Astarot [6], y a los dioses de Si-
ria y de Sidón, y de Moab, y de los hijos de Amón, y de los
filisteos; y abandonaron al Señor, y dejaron de adorarlo.
7 Airado el Señor contra ellos, los entregó en manos de los
filisteos y de los hijos de Amón [7]. 8 Con lo cual fueron afli-
gidos y oprimidos cruelmente, por espacio de dieciocho
años, todos los habitantes de la otra parte del Jordán en el
país de los amorreos que pertenece a Galaad. 9 Tanto que
los hijos de Amón, atravesando el Jordán, devastaban las
tribus de Judá, y de Benjamín, y de Efraín; y así se vio Is-
rael en una extrema aflicción.

10 Clamaron, pues, los israelitas al Señor, diciendo: Pecado
hemos contra ti [8]; porque dejamos al Señor Dios nuestro,
y hemos servido a los ídolos. 11 Mas el Señor les dijo: Pues
qué, ¿no fuisteis oprimidos por los egipcios y los
amorreos [9], y por los hijos de Amón y los filisteos, 12 y
también por los sidonios, amalecitas y cananeos, y cla-
masteis a mí, y os libré de sus manos? 13 Y con todo eso,
ahora me habéis abandonado, y dado culto a dioses extra-
ños: por tanto no os libraré ya más en adelante. 14 Id, y cla-
mad a los dioses que os habéis escogido [10]: que os libren
ellos en el tiempo de la tribulación.

15 Dijeron entonces al Señor los hijos de Israel: Hemos pecado: haz tú de nosotros lo que te agradare [11]: líbranos solamente ahora de nuestros opresores. 16 Dicho esto, arrojaron fuera de sus confines todos los ídolos de los dioses ajenos, y sirvieron al Señor Dios; el cual se compadeció de sus miserias [12].

Amón en Galaad

17 Entretanto los hijos de Amón con gran algazara fijaron los reales en Galaad; y juntándose contra ellos los hijos de Israel acamparon en Masfa [13]. 18 Entonces los príncipes de Galaad convinieron entre sí, diciendo unos a otros: El primero de nosotros que comenzare a pelear contra los hijos de Amón, será caudillo del pueblo de Galaad [14].

¿Sabías que?

Tola significa en hebreo «gusano», y designa también el quermes, un insecto parecido a la cochinilla del que se obtenía un tinte rojo: «aunque vuestros pecados sean rojos como la grana (tola)», dice Isaías (Is 1,18), y el «carmesí» de las cortinas del santuario es, literalmente, «gusano de escarlata» (Éx 26,1). Y Fúa podría ser el nombre de la rubia, una planta de cuya raíz se sacaba otro tinte rojo (en árabe se llama fuwwa). Si es así, el juez y su padre llevan nombres de colorantes. El Salmo 22, que Jesús rezó en la cruz, dice: «Yo soy un gusano (tolaat), y no un hombre» (Sal 22,7).

PAUSA

1. Israel dijo «hemos pecado», pero el Señor esperaba algo más. ¿Qué diferencia hay entre pedir perdón y cambiar de vida?
2. «Clamad a los dioses que os habéis escogido». ¿A qué «dioses» acudes primero cuando estás en apuros?
3. Dios no pudo soportar la miseria de su pueblo. ¿Qué te dice esto de la manera en que Dios mira tu sufrimiento?

Para orar. *Señor, que no te busque solo cuando sufro, y que mi conversión se note en lo que dejo por ti.*

11

Jefté y su voto

El hijo de una meretriz, expulsado por sus hermanos, vuelve como salvador de los que lo echaron. El capítulo tiene cuatro partes: los ancianos de Galaad negocian con Jefté (vv. 1-11); Jefté intenta la paz con un largo alegato ante el rey de Amón (vv. 12-28); el espíritu del Señor viene sobre él, hace un voto y vence (vv. 29-33); su hija única sale a recibirlo (vv. 34-40). La victoria más clara del libro termina en su página más triste. El narrador apenas comenta: deja que el lector mida la distancia entre lo que Dios dio gratis y lo que Jefté quiso pagar.

Jefté, el desterrado

1 Había en aquel tiempo un hombre de Galaad llamado Jefté, varón muy esforzado y guerrero [1], que tuvo por padre
a Galaad y por madre a una meretriz [2]. 2 Este Galaad tuvo
también de su esposa legítima hijos; los cuales así que fueron grandes echaron a Jefté de casa, diciendo: No puedes
ser tú heredero en casa de nuestro padre [3], porque has nacido de otra madre. 3 Jefté, pues, huyendo y guardándose
de ellos, se fue a vivir en la tierra de Tob, donde se le allegaron hombres menesterosos y aventureros [4], que le seguían como a un príncipe.

4 Por aquellos días los hijos de Amón hacían guerra contra
Israel; 5 y como lo estrechasen fuertemente, resolvieron
los ancianos o senadores de Galaad ir a traer de la tierra de
Tob a Jefté en su auxilio. 6 Y le dijeron: Ven y serás nuestro
príncipe [5], y pelearás contra los hijos de Amón. 7 Les res-
pondió Jefté: ¿Pues no sois vosotros los que me
aborrecisteis [6], y echasteis de la casa de mi padre? Ahora
venís a mí compelidos de la necesidad. 8 A esto dijeron los
príncipes de Galaad a Jefté: Por eso mismo venimos ahora
a buscarte, para que vengas con nosotros y pelees contra
los hijos de Amón, y seas el caudillo de todos los habitan-
tes del país de Galaad. 9 Les replicó Jefté: Si verdadera-
mente habéis venido a buscarme para pelear por vosotros
contra los hijos de Amón, ¿cuando el Señor los haya entre-
gado en mis manos, he de ser yo vuestro príncipe? 10 Le
respondieron: El Señor que oye estas cosas, sea él mismo
mediador y testigo [7] de que cumpliremos nuestras prome-
sas. 11 Con esto Jefté se puso en camino con los principales
o senadores de Galaad, y todo el pueblo lo eligió por prín-
cipe suyo, y Jefté confirmó todos sus tratados delante del
Señor en Masfa [8].

El alegato ante el rey de Amón

12 Envió luego Jefté embajadores al rey de los hijos de
Amón, que le dijesen en su nombre: ¿Qué tienes tú
conmigo [9], que has venido contra mí para talar mi país?

13 Les respondió el rey de los amonitas: Es porque Israel al
venir de Egipto se apoderó de mi país desde los términos
de Arnón, hasta Jaboc [10] y el Jordán: ahora pues, restitú-
yemele pacíficamente.

14 Volvió Jefté a enviar los mismos embajadores, mandán-
doles que dijesen al rey de Amón: 15 Esto dice Jefté: Nunca
Israel se apoderó del país de Moab [11], ni del país de los hi-
jos de Amón; 16 sino que cuando salió de Egipto, anduvo
por el desierto, costeando el mar Rojo hasta que llegó a Ca-
des; 17 desde donde despachó embajadores al rey de Idu-
mea, diciendo: Permíteme atravesar por tu tierra; el cual
no quiso condescender con sus ruegos. Envió asimismo
embajadores al rey de Moab, que también se desdeñó de
dar el paso. Se quedó, pues, Israel en Cades; 18 y fue ro-
deando por un lado la Idumea y la tierra de Moab y vinien-
do a la parte oriental de la tierra de Moab, acampó de esta
otra parte de Arnón, ni quiso entrar en los términos de
Moab, pues Arnón es el confín de la tierra de Moab.

19 Envió después Israel embajadores a Sehón, rey de los
amorreos que habitaba en Hesebón, y le dijeron: Permíte-
me pasar por tu tierra hasta el río. 20 Pero despreciando
también éste la petición de Israel, no lo dejó pasar por su
distrito, sino que juntando infinita gente, salió contra él
en Jasa, y se le opuso fuertemente. 21 Mas el Señor lo entre-
gó con todo su ejército en manos de Israel; el cual lo derro-

tó, y se apoderó de todo el país de los amorreos moradores de aquella tierra, 22 y de toda su comarca desde Arnón hasta Jaboc, y desde el desierto hasta el Jordán.

23 De esta manera el Señor Dios de Israel deshizo a los amorreos, combatiendo contra ellos su pueblo de Israel: ¿y tú ahora quieres ser dueño de su tierra? 24 Pues qué, ¿no crees tú que se te deben a ti de derecho los países que posee tu dios o ídolo Camos [12]? Es, pues, muy justo que ceda en posesión nuestra lo que Dios nuestro Señor se ha adquirido con la victoria; 25 a no ser que tú seas de mejor condición que Balac, hijo de Sefor, rey de Moab: o puedas hacer constar que movió semejante querella contra Israel, y le hizo guerra; 26 mientras poseyó éste a Hesebón y sus aldeas, o Aroer y sus lugarcillos, y a todas las ciudades vecinas al Jordán, por espacio de trescientos años [13]. ¿Cómo en tanto tiempo nada habéis intentado sobre la restitución? 27 Y así yo no falto contra ti, sino que tú eres el que me haces agravio, declarándome una guerra injusta. El Señor árbitro de lo tratado en este día, sea juez [14] entre Israel y los hijos de Amón. 28 Mas el rey de los amonitas no quiso dar oídos a las razones de Jefté propuestas por medio de sus embajadores.

El voto y la victoria

29 Así pues, el espíritu del Señor se derramó sobre Jefté [15], quien recorriendo el país de Galaad y de Manasés, y pasan-

do por Masfa de Galaad, y avanzando de allí hacia los amonitas, 30 hizo un voto al Señor diciendo: Si entregares en
mis manos a los hijos de Amón, 31 el primero, sea el que
fuere, que saliere de los umbrales de mi casa [16] y se encontrare conmigo cuando yo vuelva victorioso de los amonitas, lo ofreceré al Señor en holocausto. 32 Marchó después
Jefté contra los hijos de Amón para presentarles la batalla,
y el Señor se los entregó en sus manos. 33 Y destruyó veinte
ciudades, desde Aroer hasta entrar en Menit y hasta Abel,
circuida de viñas, causando grandísimo estrago; con lo
que los hijos de Amón fueron humillados por los hijos de
Israel.

La hija de Jefté

34 Pero al volver Jefté a su casa en Masfa, su hija única [17],
pues no tenía otros hijos, salió a recibirle con panderos y
danzas [18]. 35 A cuya vista rasgó sus vestidos, y dijo: ¡Ay de
mí, hija mía!, tú me has engañado, y tú misma has sido
engañada [19]: porque yo he hecho un voto al Señor, y no
podré dejar de cumplirle [20]. 36 Al cual respondió ella: Padre mío, si has dado al Señor tu palabra, haz de mí lo que
prometiste [21], ya que te ha concedido la gracia de vengarte de tus enemigos y vencerlos.

37 Dijo después a su padre: Otórgame esto solo, que te suplico; y es, que me dejes ir dos meses por los montes a llorar mi virginidad [22] con mis compañeras. 38 Le respondió

Jefté: Vete enhorabuena. Y la dejó ir por dos meses. Habiéndose, pues, ido con sus compañeras y amigas, lloraba en los montes su virginidad.

39 Acabados los dos meses volvióse a su padre, que cumplió en su hija lo que había votado; la cual era y se quedó virgen [23]. De allí vino la costumbre en Israel, que después se ha conservado siempre, 40 de juntarse las hijas de Israel una vez al año, a llorar a la hija de Jefté [24], galaadita, por espacio de cuatro días.

¿Sabías que?

La hija de Jefté inspiró a músicos de todas las épocas. Giacomo Carissimi compuso hacia 1648 su oratorio latino *Jephte*, que termina con el lamento «Plorate, filii Israel», «llorad, hijos de Israel». Y el último oratorio de Händel, *Jephtha*, estrenado en Londres en 1752, la salva: en el último momento un ángel anuncia que Dios no quiere sacrificios humanos y que la muchacha vivirá consagrada a él. Mientras lo componía, Händel perdía la vista: en la partitura autógrafa, mientras escribía el coro «How dark, O Lord, are thy decrees» («¡Qué oscuros son, Señor, tus decretos!»), anotó que el 13 de febrero de 1751 no pudo seguir por la debilidad de su ojo izquierdo.

El alegato de Jefté y la historia del desierto

Cita	Jefté dice	Relato en el Pentateuco
11,15	Israel no tomó la tierra de Moab ni la de Amón	Dios se lo había prohibido (Dt 2,9.19)
11,16	Por el desierto, hacia el mar Rojo, hasta Cades	Nm 14,25; 20,1
11,17	Pidió paso al rey de Edom, que se negó	Nm 20,14-21
11,17	Y al rey de Moab, que tampoco lo dejó pasar	No se narra; Dt 2,29 parece decir lo contrario
11,18	Rodeó Edom y Moab y acampó al otro lado del Arnón	Nm 21,4.10-13; Dt 2,8
11,19-20	Sehón, rey de Hesebón, le negó el paso y salió a pelear en Jasa	Nm 21,21-23; Dt 2,26-32
11,21-22	Israel conquistó del Arnón al Jaboc, y del desierto al Jordán	Nm 21,24-25; Dt 2,33-36
11,24	«Los países que posee tu dios o ídolo Camos»	«¡Ay de ti, Moab! Pereciste, pueblo de Camos» (Nm 21,29)
11,25	Balac, rey de Moab, no peleó contra Israel	Llamó a Balaam para que lo maldijera (Nm 22 – 24)
11,26	Trescientos años en Hesebón, Aroer y las ciudades del Jordán	Cifra redonda; compárese 1 Re 6,1

Jefté sigue de cerca la historia de Números 20 – 21 y Deuteronomio 2. Según la nota de Torres Amat de 1824, su argumento tiene tres razones: el derecho de conquista, el don de Dios y la posesión de trescientos años. Josué 24,9 dice, en cambio, que Balac «peleó contra Israel», quizá pensando en su intento de maldecirlo.

Votos en la Biblia

Quién	Qué promete	Cita
Jacob	Si Dios lo guarda, el Señor será su Dios, y le dará el diezmo	Gn 28,20-22
Israel en Horma	Consagrar al anatema las ciudades del rey de Arad	Nm 21,2-3
Jefté	En holocausto, el primero que salga a su encuentro	Jue 11,30-31
Saúl	Maldice a quien coma; el pueblo rescata a Jonatán	1 Sam 14,24-45
Ana	Si tiene un hijo, se lo dará al Señor para toda su vida	1 Sam 1,11
Pablo	Se rapa por un voto; se une al de otros en el templo	Hch 18,18; 21,23-26
La Ley	Rescate de personas; votos de mujeres; no tardar	Lv 27,1-8; Nm 30; Dt 23,21-23
Los sabios	«Mejor es no prometer que prometer y no cumplir»	Ecl 5,3-4
Jesús	«Sea vuestro hablar: sí, sí; no, no»	Mt 5,33-37
La Iglesia	Promesa libre «acerca de un bien posible y mejor»; puede dispensar	Catecismo 2102-2103

Un voto temerario podía deshacerse: la Ley preveía el rescate, y el pueblo salvó a Jonatán. Los rabinos dijeron que Jefté debió hacer anular el suyo (Levítico Rabá 37,4). Ver también Prov 20,25.

PARA PROFUNDIZAR

El voto de Jefté

Jefté no es un villano: es un desterrado que vuelve a salvar a quienes lo echaron, un negociador que intenta la paz antes de la guerra (11,12-28). Y el espíritu del Señor viene sobre él antes del voto (11,29). Dios le ha dado ya lo necesario para vencer; el voto no responde a ninguna petición divina. Es Jefté quien quiere asegurar la victoria con un trato: si me das, te daré. San Agustín, que veía el problema, no se atrevía a afirmar que todo lo que vino después fuera obra del Espíritu (*Cuestiones sobre el Heptateuco* VII,49).

El voto promete en holocausto al primero que salga de su casa a su encuentro (11,31; ver nota a 11,31). Sale su hija única, con panderos. Jefté rasga sus vestidos y la culpa de su desgracia; ella acepta, pide dos meses para llorar con sus compañeras por los montes, y vuelve. «Cumplió en su hija lo que había votado» (11,39). ¿Qué significa?

La lectura más natural, la que siguieron casi todos los lectores antiguos, entiende un sacrificio real. Flavio Josefo dice que Jefté ofreció a su hija en holocausto, una ofrenda «ni conforme a la ley ni grata a Dios» (*Antigüedades judías* V,7,10). El Pseudo-Filón imagina a Dios indignado: si le hubiera salido al encuentro un perro, ¿le habría ofrecido un perro?; y da a la muchacha un nombre, Seila (*Antigüedades bíblicas* 39 – 40). Los rabinos discutieron si bastaba rescatarla con dinero o si el voto ni siquiera obligaba, y contaron que Jefté y el sumo sacerdote Finees, por orgullo, no quisieron ir el uno al otro, y entre los dos se perdió la muchacha

(Génesis Rabá 60,3; Levítico Rabá 37,4). Entre los Padres, san Ambrosio juzga el voto hecho sin pensar y concluye que es mejor no prometer que prometer lo que Dios no quiere recibir (*Sobre los deberes* III,12,78-79); san Agustín, que Jefté hizo lo que la Ley prohibía y nadie le mandaba, y que Dios permitió que saliera su hija para castigar la temeridad del voto y para que nadie lo imitara. Santo Tomás recoge la sentencia que atribuye a san Jerónimo: «necio al hacer el voto, impío al cumplirlo» (*Suma teológica* II-II, q. 88, a. 2, ad 2).

La otra lectura nació en la exégesis judía medieval. José Kimhi y su hijo David leyeron la conjunción del v. 31 como «o»: «será del Señor, o lo ofreceré en holocausto»; si era una persona, quedaría consagrada a Dios. Por eso, dicen, ella no llora su vida, sino su doncellez, y el texto concluye que «no conoció varón». Händel la llevó a la música (ver el recuadro). Torres Amat se inclina hacia ella en su traducción, «era y se quedó virgen», y la menciona en su nota, aunque reconoce que la sentencia común de los Padres juzga el voto «muy temerario e injusto». En su contra pesa que «holocausto» es una ofrenda quemada entera, y que no consta que en el Israel de entonces existiera la consagración de vírgenes. La mayoría de los exegetas actuales prefieren la primera lectura.

En cualquier caso, la Ley daba a Jefté una salida. Prohíbe los sacrificios humanos como abominación (Lv 18,21; Dt 12,31; Jr 7,31); el sacrificio de Isaac termina con Dios deteniendo la mano del padre (Gn 22,12); y una persona ofrecida podía rescatarse con dinero (Lv 27,1-8; lo que Lv 27,29 dice del anatema no autoriza sacrificios humanos: ver Lv 27). Cuando el juramento temerario de

Saúl condenó a Jonatán, el pueblo lo rescató (1 Sam 14,45). Santo Tomás concluye: si lo prometido resulta ser algo malo, el voto no debe cumplirse. El narrador no comenta, pero las hijas de Israel conservan cada año la memoria de la víctima, no la gloria del voto (11,40), y la Carta a los Hebreos alaba la fe de Jefté (Heb 11,32), no su promesa.

Para el cristiano, un voto es «la promesa deliberada y libre hecha a Dios acerca de un bien posible y mejor» (Catecismo, n. 2102); el de Jefté no fue deliberado ni prometía un bien, y la Iglesia puede dispensar de un voto por razones proporcionadas (n. 2103). Y la liturgia, que lee este relato un jueves del tiempo ordinario, le responde con el Salmo 40: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas… no pides holocaustos». La Carta a los Hebreos pone ese salmo en labios de Cristo: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» (Heb 10,5-9). El único Hijo que Dios no se reservó es el suyo, y no lo exigió de nadie: lo entregó él mismo (Rom 8,32).

PAUSA

1. Jefté quiso asegurar con una promesa lo que Dios ya le había dado. ¿Tratas a veces de «negociar» con Dios?
2. ¿Hay alguna promesa o palabra imprudente que te ata y que deberías revisar con ayuda de alguien sabio?
3. La hija de Jefté no tiene nombre, pero las mujeres de Israel la recordaron. ¿A qué víctimas olvidadas te pide Dios no olvidar?

Para orar. *Señor, que no quieres holocaustos sino un corazón dispuesto, enséñame a decirte: «Aquí estoy para hacer tu voluntad».*

12

Los vados del Jordán

La victoria sobre Amón desemboca en una guerra entre hermanos. Los de Efraín, celosos como lo habían sido con Gedeón (8,1-3), amenazan a Jefté; esta vez no hay palabras suaves, sino batalla, y en los vados del Jordán una palabra mal pronunciada, «schibbolet», decide quién vive y quién muere (vv. 1-7). Jefté gobierna solo seis años. Después, tres jueces menores, Abesán, Ahialón y Abdón, cierran con sus muchos hijos y sus pollinos una época de calma aparente (vv. 8-15). El capítulo deja ver cómo se agrieta la unidad de las tribus, que estallará al final del libro (caps. 20 – 21).

Jefté y Efraín

1 Y sucedió que se amotinaron los de Efraín [1]; los cuales
pasando hacia el norte [2], fueron a decir a Jefté: ¿Cómo
yendo tú a pelear contra los amonitas, no quisiste convo-
carnos para que fuéramos contigo? Por este desaire vamos
a quemar tu casa. 2 Les respondió él: Mi pueblo y yo tenía-
mos una gran contienda con los hijos de Amón: os llamé
para que me dieseis socorro, y no quisisteis hacerlo [3].
3 Viendo eso me expuse al peligro, y salí con poquísima
gente [4] contra los hijos de Amón, y el Señor los entregó en

mis manos; ¿por dónde, pues, he merecido yo que os levantéis contra mí para hacerme la guerra?

4 Por lo cual Jefté reunió a sí a todos los varones de Galaad,
y peleó o se defendió contra Efraín. Y derrotaron los galaaditas a los de Efraín, que decían: Galaad es un fugitivo
de Efraín [5], que no puede escapar, pues habita en medio
de Efraín y de Manasés. 5 Ocuparon también los galaaditas
los vados del Jordán [6], por donde habían de pasar a la
vuelta los de Efraín. Y cuando llegaba allí alguno de los fugitivos de Efraín y les decía: Os ruego que me dejéis pasar,
le preguntaban los galaaditas: ¿No eres tú efrateo? Y respondiendo él: No lo soy, 6 le replicaban: Pues di: schibbolet, que significa espiga [7]. Mas él pronunciaba sibbolet;
porque no podía expresar el nombre de la espiga con las
mismas letras. Y al punto asiendo de él, lo degollaban en el
mismo paso del Jordán. De suerte que perecieron en la
guerra de aquel tiempo cuarenta y dos mil hombres de
Efraín [8]. 7 Murió Jefté, galaadita, después de haber juzgado o gobernado a Israel seis años, y fue sepultado en su
ciudad de Galaad [9].

Abesán, Ahialón y Abdón

8 Después de esto fue juez de Israel Abesán, natural de
Betlehem [10]; 9 el cual tuvo treinta hijos, y otras tantas hijas, las que casó enviándolas fuera de su casa o familia [11], y
trajo a ella igual número de mujeres que tomó para sus hi-

jos. Éste juzgó a Israel siete años; [10] y murió y fue sepultado en Betlehem.

[11] Le sucedió Ahialón, zabulonita [12], que gobernó a Israel diez años; [12] y murió y fue sepultado en Zabulón.

[13] Después de éste fue juez de Israel Abdón, hijo de Illel de Faratón [13], [14] que tuvo cuarenta hijos, y de estos treinta nietos que montaban sobre setenta pollinos [14], y juzgó a Israel ocho años. [15] Y murió, y fue sepultado en Faratón en la tierra de Efraín, en el monte Amalec [15].

¿Sabías que?

Por este versículo, shibboleth es hoy una palabra del inglés y de otras lenguas: una contraseña, o un rasgo del habla o de las costumbres que delata a qué grupo pertenece alguien. La historia se ha repetido con crueldad. En octubre de 1937, durante la matanza ordenada por el dictador Rafael Trujillo en la frontera dominicana con Haití, según numerosos testimonios los soldados hacían decir «perejil» a sus víctimas: a quien no pronunciaba la erre a la manera española lo tomaban por haitiano. Fueron asesinadas miles de personas.

PAUSA

1. Gedeón calmó a Efraín con una palabra suave; Jefté respondió con la espada. ¿Cómo respondes tú cuando alguien te reclama injustamente?
2. Una pronunciación distinta bastó para condenar a un hermano. ¿Qué diferencias usas tú para separar a «los nuestros» de «los otros»?

Para orar. *Señor, hazme instrumento de tu paz, y enséñame a desarmar la ira con palabras suaves.*

13

El anuncio del nacimiento de Sansón

Empieza el último y más largo ciclo de jueces, y por primera vez Israel no clama: es el Señor quien se adelanta, sin que nadie se lo pida. El capítulo es un relato de anunciación en tres tiempos: el ángel se aparece a la mujer estéril de Manué (vv. 1-7), vuelve a petición del marido (vv. 8-14) y se revela en la llama del sacrificio (vv. 15-23); al final nace Sansón (vv. 24-25). La protagonista es una mujer sin nombre que entiende antes y mejor que su marido. La Iglesia lee esta página en Adviento, junto al anuncio a Zacarías.

El ángel y la mujer estéril

1 Mas los hijos de Israel cometieron nuevamente la maldad
ante los ojos del Señor [1]; el cual los entregó en manos de
los filisteos por cuarenta años. 2 En esta sazón había un
hombre natural de Saraa y de la tribu de Dan [2], llamado
Manué, cuya mujer era estéril [3]. 3 A la cual se apareció el
ángel del Señor, y le dijo: Tú eres estéril y sin hijos; pero
concebirás, y parirás un hijo [4]. 4 Mira, pues, que no bebas
vino, ni sidra [5], ni comas cosa alguna inmunda; 5 porque
has de concebir y parir un hijo, a cuya cabeza no tocará
navaja; pues ha de ser nazareo, o consagrado a Dios [6], des-

de su infancia, y desde el vientre de su madre; y él ha de comenzar a libertar a Israel [7] del poder de los filisteos.

[6] Ella fue a contárselo a su marido, diciendo: Un varón de Dios ha venido a mí [8], el cual tenía rostro de ángel, sumamente respetable [9], a quien preguntando yo quién era, de dónde venía, y cómo se llamaba, no ha querido decírmelo; [7] solamente me ha respondido: Sábete que concebirás y parirás un hijo: mira que no bebas vino, ni sidra, ni comas cosa alguna inmunda: por cuanto el niño ha de ser nazareo o consagrado a Dios desde su infancia, desde el vientre de su madre hasta el día de su muerte [10].

La segunda visita

[8] Oró, pues, Manué al Señor, y dijo: Te ruego, Señor, que aquel varón de Dios que enviaste, vuelva otra vez y nos enseñe qué debemos hacer con el niño [11] que nacerá. [9] Y otorgó el Señor la súplica de Manué, y se apareció por segunda vez el ángel del Señor a su esposa, estando sentada en el campo. Pero no estaba con ella su marido Manué. Y al ver ella el ángel, [10] corrió apresurada a avisar a su marido, y le dijo: Mira que se me ha aparecido aquel personaje que había visto antes.

[11] Se levantó Manué, y siguió a su mujer [12]; y llegándose a dicho personaje, le dijo: ¿Eres tú el que hablaste a mi mujer? Respondió él: Yo soy. [12] Le dijo Manué: Cuando se veri-

fique tu promesa, ¿qué quieres que haga el niño? [13] ¿o de
qué deberá abstenerse? [13] Respondió el ángel del Señor a
Manué: Absténgase de todo cuanto dije a tu mujer; [14] esto
es, no coma nada de lo que nace de la vid: no beba vino, ni
sidra, ni coma cosa inmunda: en suma, que cumpla y
guarde lo que le tengo mandado.

El sacrificio y el nombre admirable

[15] Dijo entonces Manué al ángel del Señor: Te ruego con-
desciendas con mis súplicas, y que te aderecemos un
cabrito [14]. [16] Le respondió el ángel: Por más que me instes,
no probaré tu comida; pero si quieres hacer un holocaus-
to, ofréceselo al Señor. Y es que no sabía Manué que fuese
un ángel del Señor. [17] Y así le dijo: ¿Cuál es tu nombre,
para que, cumplida que sea tu promesa, te demos las gra-
cias? [18] Al cual respondió él: ¿Por qué me preguntas mi
nombre, siendo como es admirable o misterioso [15]?
[19] Tomó, pues, Manué un cabrito y las libaciones corres-
pondientes, y lo puso sobre una piedra, ofreciéndoselo al
Señor, que obra maravillas [16]. Entretanto él y su mujer es-
taban a la mira;

[20] y al subir la llama del altar hacia el cielo, se subió tam-
bién con ella el ángel del Señor [17]. Lo cual visto por Manué
y su mujer, se postraron en tierra sobre su rostro; [21] y no
vieron más al ángel del Señor: con lo que al instante cono-
ció Manué ser aquel un ángel del Señor, [22] y dijo a su mu-

jer: Moriremos luego, pues que hemos visto a Dios [18]. 23 Le respondió la mujer: Si el Señor quisiera matarnos [19], no habría recibido de nuestras manos el holocausto y las libaciones, ni mostrádonos todas estas cosas, ni predíchonos lo venidero.

24 Parió, pues, ella un hijo, y le puso por nombre Sansón [20], y el niño creció, y el Señor le bendijo. 25 Y el espíritu del Señor empezó a manifestarse en él [21], cuando estaba en los campamentos de Dan entre Saraa y Estaol [22].

¿Sabías que?

Flavio Josefo, el historiador judío del siglo I, volvió a contar la historia de Sansón para lectores griegos y romanos, y llenó los silencios de la Biblia. Según él, Manué amaba a su mujer hasta la locura y era celoso sin medida, y el ángel se le apareció a ella con el aspecto de «un joven hermoso y alto», lo que encendió los celos del marido cuando ella se lo contó (*Antigüedades judías* V, 8,2-3). Josefo termina el relato con un elogio: Sansón merece admiración por su valor, su fuerza y su grandeza de ánimo ante la muerte, y su caída por una mujer debe atribuirse a la naturaleza humana (V,8,12).

Anuncios de un nacimiento

Madre	Palabra o señal	Cita
Sara	Anciana y estéril: «¿hay para Dios cosa difícil?»	Gn 18,9-15; 21,1-2
Rebeca	Estéril; Isaac ora por ella y concibe gemelos	Gn 25,21
Raquel	El Señor se acuerda de ella: «Quitó Dios mi oprobio»	Gn 30,22-24
La mujer de Manué	«Concebirás, y parirás un hijo»; será nazareo desde el vientre de su madre	Jue 13,3-5
Ana	Ora y hace un voto: ninguna navaja pasará por la cabeza del niño	1 Sam 1,9-20
La sunamita	Eliseo le promete: «dentro de un año abrazarás un hijo»	2 Re 4,14-17
Isabel	Estéril y anciana; Juan «no beberá vino ni sidra»	Lc 1,13-15.24-25
María	Virgen: «concebirás en tu seno… para Dios no hay nada imposible»	Lc 1,31-37

El 19 de diciembre, la misa lee juntos Jue 13,2-7.24-25a y Lc 1,5-25: lo que el ángel dice de Juan (Lc 1,15) repite casi las palabras dichas a la madre de Sansón (13,4). Las otras madres son estériles o no tienen hijos; María es virgen. El esquema se cumple superándose: no se trata de sanar una esterilidad, sino de una concepción por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35).

PARA PROFUNDIZAR

«Concebirás y darás a luz un hijo»: el anuncio a la madre de Sansón

La Biblia vuelve una y otra vez a la misma escena: una mujer que no puede tener hijos, una intervención de Dios y un niño que nace con una misión. Sara concibe a Isaac cuando ya había pasado la edad (Gn 18,9-15; 21,1-2); Isaac ora por Rebeca, que era estéril (Gn 25,21); el Señor se acuerda de Raquel (Gn 30,22); Ana derrama su alma ante el Señor en Silo (1 Sam 1); Eliseo promete un hijo a la sunamita (2 Re 4,14-17), y en el templo el ángel anuncia a Zacarías el nacimiento de Juan (Lc 1,5-25). Es una «escena tipo» que el lector antiguo reconocía enseguida (ver el cuadro). Su mensaje es siempre el mismo: la vida es un don, y Dios empieza su obra allí donde terminan las posibilidades humanas. El Catecismo lo dice al hablar de las santas mujeres que prepararon la misión de María: «Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil para mostrar la fidelidad a su promesa» (n. 489).

En Jueces 13 la escena tiene rasgos propios. Sansón es el único juez del libro cuyo nacimiento se anuncia, y Dios toma la iniciativa sin que nadie haya clamado (13,1). La protagonista no tiene nombre, pero el narrador la pone en el centro con delicadeza. El ángel se le aparece dos veces a ella; Manué, que ha orado para que el visitante vuelva, tiene que correr detrás de su mujer para encontrarlo (13,11). Él pregunta, ofrece comida, quiere saber el nombre y, al final, teme morir; ella entiende: si Dios hubiera querido matarnos, no habría aceptado el sacrificio ni nos habría

anunciado el futuro (13,23). Es la fe sencilla que Isabel alabará en María: «dichosa tú, que has creído» (Lc 1,45).

El niño será nazareo «desde el vientre de su madre», y la consagración empieza en ella: no beberá vino ni sidra ni comerá nada impuro (13,4-5.14; ver nota a 13,5 y el ensayo de Nm 6). Siglos después, el ángel dirá de Juan Bautista que «no beberá vino ni sidra» y que estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre (Lc 1,15); en la Vulgata, las palabras sobre el vino y la sidra son las mismas que en este capítulo. Mateo dirá que Jesús «sería llamado Nazareno» (Mt 2,23); se discute si alude a los nazareos, y en todo caso Jesús no lo fue (ver Nm 6).

El ángel no revela su nombre: es «admirable» (pelí, 13,18), de la misma raíz que el primer título del Niño de Isaías, «Admirable, Consejero, Dios fuerte» (Is 9,5). Después «obra maravillas» y sube en la llama del altar (13,19-20), y Manué exclama: «hemos visto a Dios» (13,22). El texto no identifica al ángel con Dios, pero lo hace hablar y obrar en su nombre (ver nota a 2,1). Desde san Justino, que en el siglo II leyó así las apariciones a Abrahán, a Jacob, a Moisés y a Josué (*Diálogo con Trifón* 56-61), muchos Padres vieron en el ángel que habla como Dios una manifestación anticipada del Verbo, el Hijo que un día se haría carne. Es una lectura de fe, que la exégesis actual propone con cautela, pero que expresa una intuición verdadera: el Dios que se acerca a la mujer de Manué es el mismo que vendrá a habitar entre nosotros.

La misión del niño, en cambio, es limitada: «él ha de comenzar a libertar a Israel» (13,5). Sansón no terminará la obra; morirá ciego en Gaza, y los filisteos seguirán dominando hasta los días de

David. El anuncio deja una espera abierta. Por eso la Iglesia lee esta página el 19 de diciembre, en la última semana de Adviento, junto con el anuncio a Zacarías (Jue 13,2-7.24-25a y Lc 1,5-25): los nacimientos prodigiosos del Antiguo Testamento preparan otro que los supera.

Porque María no es estéril, sino virgen. En su caso, Dios no sana una esterilidad: el Hijo es concebido por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35). El esquema se rompe al cumplirse. Gabriel le dice, como el ángel a la mujer de Manué, «concebirás y darás a luz un hijo» (Lc 1,31), pero su Hijo no comenzará a salvar, sino que «salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Y a la vieja pregunta hecha a Sara, «¿hay para Dios cosa difícil?» (Gn 18,14), el ángel responde a María: «para Dios no hay nada imposible» (Lc 1,37).

PAUSA

1. La mujer de Manué entendió antes que su marido lo que Dios estaba haciendo. ¿Quién, cerca de ti, ve con más claridad las cosas de Dios, y cómo podrías escucharle mejor?
2. Manué pidió: «enséñanos qué debemos hacer con el niño». ¿Por qué persona o por qué tarea que se te ha confiado te gustaría hacer hoy esa misma oración?
3. El ángel no dijo su nombre, pero se vio lo que hacía. ¿Dónde has visto obrar a Dios sin llegar a entenderlo del todo?

Para orar. *Señor, que haces maravillas, enséñanos a cuidar la vida que nos confías y a reconocer tu paso por ella.*

14

La boda de Sansón y el enigma

Sansón entra en escena como un joven que sigue a sus ojos: ve a una filistea en Tamnata y la quiere por esposa contra el parecer de sus padres. El capítulo avanza en tres escenas: la elección de la mujer (vv. 1-4), el león y la miel en el camino (vv. 5-9) y la semana de bodas, con el enigma, la traición y la matanza de Ascalón (vv. 10-20). El narrador da la clave en el v. 4: el Señor se sirve de las pasiones de Sansón para buscar ocasión contra los filisteos. Pero las pasiones siguen siendo de Sansón, y desde aquí la violencia ya no se detendrá.

Una mujer de Tamnata

1 Con el tiempo Sansón bajó a Tamnata [1];
y viendo allí una mujer de las hijas de los filisteos,
2 se volvió y habló a su padre y a su madre, diciendo:
He visto en Tamnata una mujer entre las hijas de los filisteos,
la que os ruego que me la toméis por esposa.
3 Le dijeron su padre y su madre:
Pues qué, ¿no hay mujeres entre las hijas de tus hermanos,
y en todo nuestro pueblo,
que quieres tomar esposa de la nación filistea, gente incircuncisa [2]?
Dijo Sansón a su padre:
Pide ésta para esposa mía:
pues me ha caído en gracia [3].
4 Mas sus padres no sabían ser cosa dispuesta por el Señor [4],
y que Sansón buscaba ocasión de dar contra los

filisteos; por cuanto en aquel tiempo los filisteos dominaban sobre Israel.

El león y la miel

5 Bajó, pues, Sansón con su padre y madre a Tamnata; y al
llegar a las viñas de la ciudad, se dejó ver un león
cachorro [5], feroz y rugiendo, el cual arremetió contra él.
6 Mas el espíritu del Señor entró en Sansón [6], y despedazó
éste al león haciéndole trizas, como si hubiese sido un
cabrito [7]; y eso que no tenía arma alguna en la mano; mas
no quiso manifestar nada de esto al padre [8], ni a la madre.
7 Bajó, pues, con ellos a Tamnata, y habló con la mujer que
le había caído en gracia.

8 Pasado algún tiempo volviendo para casarse con ella, se
apartó del camino para ver el cuerpo muerto del león [9], y
he aquí que encontró en su boca un enjambre de abejas [10],
y un panal de miel; 9 el que habiendo cogido con las manos, se lo iba comiendo por el camino; y volviendo a unirse con su padre y su madre les dio parte de él, y comieron
ellos también; mas no quiso descubrirles que había tomado la miel de la boca del león [11].

El enigma de la boda

10 En fin, fue su padre a la casa de la mujer, y dispuso un
convite [12] para su hijo Sansón: que tal era la costumbre de
los jóvenes novios. 11 Habiéndole visitado los vecinos del

lugar, le dieron treinta compañeros [13] para que le obsequiasen. [12] A los cuales dijo Sansón: Voy a proponeros un enigma [14], que si me lo descifráis dentro de estos siete días del convite, os daré treinta vestidos y otras tantas túnicas; [13] pero si no pudiereis acertar, me daréis vosotros a mí los treinta vestidos y las treinta túnicas. Le respondieron ellos: Propón el enigma, para que nos enteremos. [14] Les dijo, pues: Del devorador salió manjar; y del fuerte salió dulzura [15]. En tres días no pudieron desatar el enigma.

[15] Mas cuando instaba ya el día séptimo [16], dijeron a la mujer de Sansón: Acaricia a tu esposo [17] y persuádele que te descubra la significación del enigma; que si no lo haces, te quemaremos a ti y la casa de tu padre. ¿Por ventura nos habéis convidado a las bodas para despojarnos? [16] Ella, pues, no cesaba de llorar delante de Sansón, y se le quejaba diciendo: Tú me has aborrecido, no me amas; y por eso no quieres declararme el enigma que propusiste a los jóvenes de mi pueblo. A lo que respondió: No quise decírselo a mi padre, ni a mi madre, ¿y quieres que te lo diga a ti? [17] Ella, no obstante, proseguía llorando delante de su esposo los siete días del convite; y al fin el séptimo día, importunándole más y más, le declaró Sansón el enigma; y ella inmediatamente lo descubrió a sus paisanos. [18] Éstos, pues, el mismo día séptimo, antes de ponerse el sol, le dijeron: ¿Qué cosa más dulce que la miel; ni quién más fuerte que

el león? Les respondió Sansón: Si no hubieseis arado con mi novilla [18], no descifraríais mi enigma.

[19] Se apoderó de él después el espíritu del Señor, y fuese a Ascalón, donde mató treinta hombres [19]; y quitándoles los vestidos, se los dio a los que descifraron el enigma. Y enojado sobremanera, se volvió a la casa de su padre. [20] Entretanto su mujer, creyéndose abandonada [20], tomó por marido a uno de los amigos y compañeros de Sansón en las bodas.

¿Sabías que?

Desde finales del siglo XIX, las latas del Golden Syrup de Lyle, un jarabe de azúcar muy popular en Gran Bretaña, muestran un león muerto rodeado de abejas y una frase del v. 14: Out of the strong came forth sweetness, «del fuerte salió dulzura». La eligió el fundador de la empresa, Abram Lyle, un escocés muy piadoso, anciano de una iglesia presbiteriana de Greenock. En 2006, el Libro Guinness de los récords declaró que era la marca y el envase más antiguos del mundo. En 2024 la empresa estrenó un logotipo nuevo para sus botellas, pero las latas conservan el león de Sansón.

Sansón y la ley del nazareo

La ley (Números 6)	Sansón
Un voto voluntario y por un tiempo, hecho por un hombre o una mujer (Nm 6,2.13)	Consagrado por Dios antes de nacer, «desde el vientre de su madre hasta el día de su muerte» (13,5.7)
No beber vino ni nada que pueda embriagar, ni comer fruto alguno de la viña (Nm 6,3-4)	Su madre se abstiene durante el embarazo (13,4.14); él celebra siete días de «convite» o banquete de bebida (14,10.12)
No entrar donde haya un muerto, aunque sea su padre o su madre (Nm 6,6-7)	Come la miel del cuerpo muerto del león (14,8-9) y mata con una quijada fresca de asno (15,15)
No pasar navaja por su cabeza: lleva sobre ella «la señal de hombre consagrado a Dios» (Nm 6,5.7)	Revela su secreto a Dalila, que hace raparle las siete trenzas (16,17-19)
Si se contamina, se rapa y empieza de nuevo su consagración (Nm 6,9-12)	En la cárcel, «ya habían comenzado a crecerle los cabellos» (16,22)
Al terminar, ofrece sacrificios y quema su cabellera en el fuego (Nm 6,13-20)	Muere con los filisteos en el templo de Dagón (16,30)

El relato solo pone en primer plano la cabellera, signo visible de la consagración; las otras dos prohibiciones quedan en entredicho sin que el narrador lo subraye (no dice, por ejemplo, si Sansón bebió vino). Sobre los nazareos y su voto, ver el ensayo de Nm 6.

PAUSA

1. Sansón eligió esposa porque «le había caído en gracia». ¿Qué decisiones tomas solo por lo que ves y te atrae, sin preguntar a Dios ni a quienes te quieren?
2. Dios se sirvió incluso de las pasiones de Sansón. ¿Reconoces en tu historia momentos en que Dios sacó algo bueno de tus errores, sin que eso los volviera buenos?
3. Del león muerto salió miel. ¿Qué dulzura ha nacido en tu vida de algo que parecía solo pérdida?

Para orar. *Señor, que de la muerte sacaste la vida, enséñame a mirar con tus ojos y no solo con los míos.*

15

Las zorras y la quijada

La venganza se encadena: el suegro ha dado a otro la mujer de Sansón, Sansón quema las mieses filisteas, los filisteos queman a la mujer y a su padre, Sansón hace una matanza, y los filisteos invaden Judá. El capítulo tiene tres tiempos: el incendio de los campos (vv. 1-8), la entrega de Sansón por los hombres de Judá y la victoria con la quijada (vv. 9-17), y la sed, la oración y la fuente de Lequí (vv. 18-20). Al final, por primera vez, Sansón invoca al Señor y reconoce que la victoria viene de él. Israel, entretanto, prefiere la servidumbre al riesgo de la libertad.

Las zorras y el fuego

1 Pasado algún tiempo, acercándose ya la siega del trigo [1],
fue Sansón con deseo de visitar a su mujer, y le llevó un cabrito de leche. Pero al querer entrar en su aposento, como
acostumbraba, el padre de ella se lo impidió, diciendo: 2 Yo
creí que la habías aborrecido, y por eso la di a un amigo
tuyo; pero tiene una hermana más joven y más hermosa:
tómala por mujer en lugar de la otra. 3 Le respondió Sansón: De hoy en adelante no tendrán motivo de quejarse de
mí [2] los filisteos, si les pago todo el daño que me han hecho. 4 Se marchó, pues, y cogió trescientas zorras [3] y las
ató apareadas cola con cola, ligando teas en medio; 5 las

cuales encendidas, soltó las zorras a fin de que corriesen por todas partes. Se metieron luego por entre las mieses de los filisteos; e incendiadas éstas, se quemaron, así las mieses ya hacinadas como las que estaban por segar; extendiéndose tanto la llama, que abrasó hasta las viñas y los olivares.

6 Y dijeron los filisteos: ¿Quién ha hecho esto? Se les respondió: Sansón, yerno del tamnateo, es el que lo ha hecho, porque su suegro le quitó su mujer y se la dio a otro. Oído esto, vinieron los filisteos y quemaron a la mujer y a su padre [4]. 7 Les dijo Sansón: Aunque habéis ejecutado esto, no obstante he de tomar yo otra venganza de vosotros, después de la cual me daré por satisfecho [5]. 8 Hizo, pues, gran destrozo en ellos; de manera que atónitos se quedaban sentados puesta una pierna sobre otra [6] sin saber qué hacer. Después de lo cual, retirándose Sansón, habitó en la cueva de la peña de Etam [7].

Atado por los suyos

9 Entretanto los filisteos entrando por la tierra de Judá, acamparon en un lugar, que después se llamó Lequí, esto es, Quijada, donde fue derrotado su ejército. 10 Y los de la tribu de Judá les preguntaron: ¿Por qué motivo venís contra nosotros? Respondieron ellos: Venimos para llevarnos atado a Sansón, y retornarle el mal que nos ha hecho. 11 Bajaron, pues, tres mil hombres de Judá [8] a la cueva de

la peña de Etam: y dijeron a Sansón: ¿No sabes que estamos sujetos a los filisteos? ¿Cómo has osado cometer tal desafuero para nuestra ruina? A los cuales respondió: Como ellos hicieron conmigo, así he hecho yo con ellos [9].
[12] Pues sábete, le dicen, que venimos a prenderte y entregarte atado en manos de los filisteos. Les dijo Sansón: Juradme y prometedme que no me mataréis. [13] No te mataremos, respondieron: solamente te entregaremos atado. Lo ataron, pues, con dos cuerdas nuevas [10], y le sacaron de la peña de Etam.

[14] Llegado que hubo al lugar de la Quijada, saliéndole a recibir los filisteos con grande algazara [11], se apoderó de él el espíritu del Señor; y como se consume el lino al sentir el fuego, así en un momento rompió y deshizo Sansón las ligaduras con que estaba atado. [15] Y hallando a mano en el suelo una quijada o mandíbula de asno [12], la agarró, y mató con ella mil hombres [13]. [16] Con este motivo dijo: Con una quijada de asno los enemigos destrocé [14]: con la mandíbula de un asno a mil hombres maté. [17] Y acabando de cantar estas palabras, arrojó de su mano la quijada y llamó aquel sitio Ramat-Lequí, que quiere decir: Elevación de la quijada.

La fuente del que invocó a Dios

[18] Y acosado en extremo de la sed, clamó al Señor [15], y dijo: Tú eres quien ha salvado y concedido por medio de tu sier-

vo tan gran victoria; pero he aquí que me muero de sed, y
así vendré a caer en manos de los incircuncisos. 19 El Señor
entonces abrió una fuente por entre una muela de la quija-
da del asno [16], y brotaron aguas de ella, de las que habien-
do bebido, regocijó su espíritu, y recobró las fuerzas. Por
eso es llamado aquel lugar hasta hoy, Fuente del que invo-
có a Dios en Lequí [17]. 20 Y Sansón, elegido juez, gobernó a
Israel veinte años [18] en tiempo de las guerras de los filis-
teos.

¿Sabías que?

En Huqoq, en Galilea, un equipo dirigido por la arqueóloga estadounidense Jodi Magness excava una sinagoga del siglo V después de Cristo. En su pavimento aparecieron dos mosaicos de Sansón: en 2012, el de las zorras que incendian los campos con las antorchas atadas a las colas (15,4-5); en 2013, otro en que Sansón lleva sobre los hombros la puerta de Gaza (16,3). Son de las pocas escenas de Sansón conocidas en las sinagogas antiguas; otra apareció muy cerca, en Wadi Hamam.

PAUSA

1. «Como ellos hicieron conmigo, así he hecho yo con ellos». ¿En qué relación te sientes atrapado en una cadena de reproches o de pequeñas venganzas, y qué podrías hacer para romperla?
2. Los hombres de Judá prefirieron entregar a Sansón antes que arriesgarse. ¿Hay alguna servidumbre a la que te has acostumbrado tanto que ya no deseas salir de ella?
3. Después de su gran victoria, Sansón casi muere de sed, y por fin clama a Dios. ¿Qué sed te recuerda hoy que lo necesitas?

Para orar. *Señor, fuente del que te invoca, rompe en mí las cadenas de la venganza y sacia mi sed.*

16

Sansón y Dalila

El último capítulo de Sansón cuenta su caída y su muerte. Empieza en Gaza, con una prostituta y una hazaña (vv. 1-3); sigue en el valle de Sorec, donde Dalila, a sueldo de los príncipes filisteos, le arranca en cuatro intentos el secreto de su fuerza (vv. 4-20), y termina otra vez en Gaza, en la cárcel y en el templo de Dagón, donde el prisionero ciego invoca al Señor y muere con sus enemigos (vv. 21-31). La clave está en el v. 20: la fuerza no estaba en el cabello, sino en el Señor, que «se había retirado de él».

Las puertas de Gaza

1 Fue después Sansón a Gaza [1] donde vio una mujer
pública [2], y entró en su casa. 2 Lo que sabiendo los filis-
teos, y propalándose entre ellos que Sansón había entrado
en la ciudad, cercaron la casa, y pusieron centinelas a la
puerta de la ciudad, y estuvieron en acecho toda la noche,
con el fin de matarle por la mañana al tiempo de salir.
3 Sansón durmió hasta la medianoche; y entonces levan-
tándose fue y arrancó las dos hojas de la puerta de la
ciudad [3] con sus pilares y cerrojos o barras, y echándose-
las a cuestas, se las llevó a la cima del monte que mira ha-
cia Hebrón [4].

Dalila

4 Después de esto se enamoró de una mujer que habitaba
en el valle Sorec [5], llamada Dalila [6]. 5 Vinieron luego a
ella los príncipes de los filisteos, y le dijeron: Engáñale con
caricias, y averigua de él de dónde le viene tan gran fuer-
za, y cómo le podremos sojuzgar para castigarle después
de atado: que si lo consiguieres, te daremos cada uno mil
cien siclos de plata [7]. 6 En vista de esto, Dalila habló así a
Sansón: Dime, por tu vida: ¿En qué consiste tu grandísi-
ma fuerza, y cuál es la cosa con que atado no podrías esca-
parte? 7 Le respondió Sansón: Si me atasen con siete cuer-
das de nervios recientes y todavía húmedos, quedaré sin
fuerzas como los demás hombres. 8 La llevaron, pues, los
príncipes de los filisteos siete cordeles, como había dicho,
con los cuales ella lo ató; 9 quedándose aquéllos en acecho,
escondidos en la casa, aguardando en una pieza retirada el
fin de este suceso. Luego Dalila le gritó: ¡Sansón, los filis-
teos se echan sobre ti! Mas él rompió las ataduras [8], como
cualquiera rompería un hilo torcido de borra de estopa,
así que le hiciera sentir el fuego. Con esto no se supo en
qué consistía su fuerza.

10 Entonces le dijo Dalila: Tú te has burlado de mí, y me
has mentido: por lo menos ahora descúbreme con qué de-
bieras ser atado. 11 Le respondió: Si me ataren con cuerdas
nuevas, que nunca hayan servido, quedaré débil y seme-

jante a los demás hombres. [12] Lo ató por consiguiente Dalila con ellas; y preparadas en el aposento las asechanzas, gritó: ¡Sansón, los filisteos se echan sobre ti! Mas él rompió las ligaduras como hilachas de tela. [13] Le dijo Dalila otra vez: ¿Hasta cuándo me has de engañar y mentir? Declárame ya con qué has de ser atado. Le respondió Sansón: Si entretejes mis siete trenzas de cabellos con los lizos de la tela [9], y revueltas a un clavo, hincas éste en tierra, quedaré sin fuerzas. [14] Lo cual después que ejecutó Dalila, le gritó: ¡Sansón, los filisteos se echan sobre ti! Mas él despertando del sueño, arrancó el clavo junto con las trenzas de cabellos y los lizos de la tela.

[15] Le dijo entonces Dalila: ¿Cómo puedes decir que me amas, cuando tu corazón no está unido conmigo [10]? Por tres veces me has mentido, no queriendo decirme en qué consiste tu grandísima fuerza. [16] Como, pues, le importunase, y estuviese continuamente alrededor de él por muchos días sin dejarle respirar un punto, desmayó el ánimo de Sansón, y cayó en un mortal abatimiento [11]. [17] Entonces descubriéndole la verdad, la dijo: Nunca jamás ha pasado navaja por mi cabeza; porque soy nazareo, esto es, consagrado a Dios [12] desde el vientre de mi madre; si fuese rapada mi cabeza, se retiraría de mí la fortaleza mía, y perderé las fuerzas, y seré como los demás hombres.

18 Viendo Dalila que le había manifestado todo su corazón,
envió a decir a los príncipes de los filisteos: Venid aún por
esta vez, porque ya me ha descubierto su corazón. Los cua-
les fueron llevando consigo el dinero que prometieron.
19 Y ella habiéndole hecho dormir sobre sus rodillas [13], y
reclinar la cabeza en su regazo, llamó a un barbero que le
cortó a Sansón las siete trenzas de su cabello. Y después
comenzó Dalila a empujarle y echarle de sí; pues al punto
le desamparó la fuerza. 20 Y le dijo en seguida: ¡Sansón, los
filisteos se echan sobre ti! El cual despertando del sueño,
dijo en su interior: Saldré como hice antes, y me desemba-
razaré de ellos; no conociendo o advirtiendo que el Señor
se había retirado de él [14].

La muerte de Sansón

21 Así pues, habiéndolo prendido los filisteos le sacaron
luego los ojos [15], y amarrado con cadenas lo condujeron a
Gaza, donde encerrado en una cárcel, le hicieron que
moliese [16], moviendo las ruedas de un molino. 22 Ya ha-
bían comenzado a crecerle los cabellos [17],

23 cuando los príncipes de los filisteos se juntaron todos
para ofrecer sacrificios solemnes a su dios Dagón [18], y ce-
lebrar banquetes, diciendo: Nuestro dios nos ha puesto en
las manos a Sansón, nuestro enemigo. 24 Lo que viendo el
pueblo alababa también a su dios y repetía lo mismo:
Nuestro dios nos ha puesto en las manos a nuestro enemi-

go, que ha asolado nuestra tierra y matado muchísimos de sus habitantes. 25 Y dándose mutuamente alegres parabienes, después de bien comidos y bebidos dieron orden de que fuese conducido allí Sansón, para divertirse burlándose de él. El cual sacado de la cárcel, fue para ellos objeto de diversión: y lo hicieron quedar en pie entre dos columnas. 26 Entonces dijo al muchacho que lo guiaba: Déjame tocar las columnas [19] que sostienen todo este edificio, para recostarme sobre ellas, a fin de descansar un poquito. 27 Es de advertir que el edificio estaba lleno de hombres y mujeres; y se hallaban allí todos los príncipes de los filisteos, y cerca de tres mil personas, entre hombres y mujeres, mirando desde las azoteas y techos del edificio las burlas que se hacían a Sansón.

28 Pero él invocando al Señor dijo: ¡Oh Señor Dios! acuérdate de mí [20]: y restitúyeme ahora, ¡oh Dios mío!, mi anterior fuerza para vengarme de mis enemigos, y hacerles pagar de una sola vez el haberme privado de mis dos ojos. 29 Y agarrando las dos columnas en que estribaba el edificio, una con la derecha y otra con la izquierda, 30 dijo: ¡Muera aquí Sansón con los filisteos! [21] Y, sacudidas fuertemente las columnas, cayó el edificio sobre todos los príncipes y la demás gente que allí había. De esta manera Sansón mató muchos más en su muerte que antes había matado en vida [22]. 31 Después acudiendo sus hermanos con toda la

parentela, tomaron su cuerpo, y lo colocaron entre Saraa y Estaol [23], en el sepulcro de su padre Manué. Fue juez de Israel veinte años.

¿Sabías que?

En 1636 Rembrandt pintó El *cegamiento de Sansón*, un lienzo de más de tres metros de ancho que hoy está en el Museo Städel de Fráncfort. Es una de sus escenas más violentas: un soldado hunde un puñal en el ojo de Sansón derribado, mientras Dalila huye hacia la luz con las tijeras y el cabello en la mano, volviendo la cabeza hacia su víctima. Según se cree, Rembrandt lo envió como regalo a la corte de Orange, por medio de Constantijn Huygens, el secretario del príncipe.

Sansón, figura de Cristo según los Padres

Rasgo	Sansón	Cristo
Anuncio	Un ángel lo anuncia a su madre (13,3)	Gabriel lo anuncia a María (Lc 1,31)
Consagración	Nazareo desde el seno de su madre (13,5)	«El Santo que nacerá de ti»; llamado «Nazareno» (Lc 1,35; Mt 2,23)
Esposa	Se casa con una extranjera (14,1-3)	Se une a la Iglesia de las naciones, según Torres Amat (Ef 2,13-14)
El león	Del león muerto sale miel (14,8-9.14)	De su muerte sale el pan de vida (Jn 6,51; Ap 5,5)
Entrega	Atado y entregado por los suyos (15,12-13)	Atado y entregado a Pilato por su nación (Jn 18,12.35)
Gaza	Arranca a medianoche las puertas de la ciudad (16,3)	Resucita y rompe las puertas del infierno, según san Gregorio Magno (Mt 16,18)
Precio	Vendido por plata (16,5.18)	Vendido por treinta monedas (Mt 26,15)
Burla	Escarnecido por sus enemigos (16,25)	Escarnecido por los soldados (Mt 27,27-31)
Columnas	Los brazos extendidos entre dos columnas (16,29)	Los brazos extendidos en la cruz, según el *Sermón* 364 (Jn 19,18)
Muerte	Mata más al morir que en vida (16,30)	Vence en su muerte a los poderes enemigos (Col 2,15; Jn 12,32)

Lectura de san Ambrosio, de san Gregorio Magno, del *Sermón* 364 atribuido a san Agustín y de la nota de Torres Amat a 16,30. Es tipología, no elogio moral: el mismo sermón advierte que unas cosas de Sansón figuran a Cristo y otras a los pecadores de la Iglesia (ver el ensayo). La carta a los Hebreos lo cuenta entre los testigos de la fe (Heb 11,32).

PARA PROFUNDIZAR

Sansón: héroe, pecador y figura

Sansón es el más popular de los jueces y el más desconcertante. Consagrado a Dios desde el seno de su madre, pone en entredicho una tras otra las señales de su consagración: mete la mano en el cadáver de un león (14,8-9), preside un banquete de bebida (14,10), mata con una quijada fresca (15,15) y entrega a Dalila el secreto de su cabellera (16,17). Se casa con una filistea solo porque le gusta (14,3), visita a una prostituta en Gaza (16,1), y casi todo lo hace por venganza personal: «como ellos hicieron conmigo, así he hecho yo con ellos» (15,11; cf. 15,3.7). Y sin embargo el narrador afirma que su historia «era cosa dispuesta por el Señor» (14,4), y la carta a los Hebreos lo cuenta entre los héroes de la fe (Heb 11,32).

¿De dónde venía su fuerza? El texto lo dice cada vez: el espíritu del Señor irrumpía sobre él (13,25; 14,6.19; 15,14; ver nota a 3,10). El cabello era el signo visible de su consagración, no un amuleto. Por eso la frase decisiva no es «le cortaron las trenzas», sino «el Señor se había retirado de él» (16,20). San Ambrosio advierte que no hay que atribuir semejante poder a los cabellos: Sansón fue invencible mientras conservó la gracia del Espíritu (*Sobre el Espíritu Santo* II, prólogo 12-14). Un antiguo sermón transmitido entre los de san Agustín lo dice en una frase: su fortaleza venía «de la gracia, no de la naturaleza» (*Sermón* 364,2).

La caída es completa: ciego, encadenado, moliendo como un esclavo en la cárcel de Gaza, exhibido como diversión en la fiesta de Dagón. Pero el narrador desliza una frase de esperanza: «ya ha-

bían comenzado a crecerle los cabellos» (16,22). Y el ciego ora: «¡Oh Señor Dios!, acuérdate de mí» (16,28). Su oración sigue mezclada con la venganza, y aun así Dios la escucha. Torres Amat supone en su nota que en la prisión Sansón lloró sus pecados; el texto no lo dice, pero deja ver a un hombre que por fin sabe que su fuerza no es suya.

¿Fue su muerte un suicidio? San Agustín, que condena con firmeza el suicidio, dice que Sansón solo queda excusado porque el Espíritu, que obraba maravillas por medio de él, se lo había ordenado en secreto (*La ciudad de Dios* I,21; cf. I,26), y santo Tomás lo sigue (*Suma teológica* II-II, q. 64, a. 5, ad 4); Torres Amat habla de un sacrificio «inspirado seguramente del Cielo». Otros intérpretes subrayan que Sansón no busca la muerte por sí misma, sino la derrota del opresor de su pueblo, y la acepta como el soldado que cae en la batalla. La Iglesia enseña que somos administradores, y no propietarios, de la vida que Dios nos ha confiado, y que no se debe desesperar de la salvación de quienes se han quitado la vida (Catecismo, nn. 2280-2283). El caso de Sansón, tal como lo leen los Padres, es una excepción que no puede convertirse en modelo.

Los Padres vieron en Sansón, sobre todo, una figura de Cristo, y Torres Amat recoge esa lectura en su larga nota a 16,30 (ver el cuadro). Anunciado por un ángel, nazareo, salvador y juez, unido a una extranjera como Cristo a la Iglesia de las naciones, atado y entregado por los suyos, vendido por plata y escarnecido: los paralelos son muchos. San Gregorio Magno vio en las puertas de Gaza, arrancadas a medianoche, a Cristo que resucita antes del alba y rompe las puertas del infierno (*Homilías sobre los Evange-*

lios 21). El *Sermón* 364, cuya autenticidad se discute, hace una advertencia preciosa: unas cosas de Sansón representan a Cristo, cabeza de la Iglesia; otras, a los justos que viven en ella, y otras, a los pecadores. Una figura no es un modelo en todo: la tipología descubre en las obras de Dios las prefiguraciones de Cristo (Catecismo, nn. 128-130), sin canonizar los pecados de sus instrumentos.

Pocas historias bíblicas han inspirado tanto arte. John Milton, ya ciego, escribió el poema dramático *Samson Agonistes* (1671); Händel compuso sobre ese texto el oratorio *Samson* (1743), y Camille Saint-Saëns la ópera *Sansón y Dalila* (1877). Más allá del arte, la Biblia deja una enseñanza sencilla: Dios no elige a los perfectos, pero sus dones no son un juguete. Sansón desperdició casi todos y, al final, ciego y humillado, aprendió a pedir. Por eso pudo ser contado entre los que «de débiles se hicieron fuertes» (Heb 11,34).

PAUSA

1. Sansón no supo que el Señor se había retirado de él hasta que fue tarde. ¿Qué señales te avisan de que te estás alejando de Dios sin darte cuenta?
2. La insistencia de Dalila desgastó a Sansón día tras día. ¿Qué tentación pequeña y constante te está agotando por dentro?
3. En la cárcel, el cabello de Sansón volvió a crecer. ¿Crees que Dios puede reconstruir lo que tú mismo has destruido?

Para orar. *Señor, no retires de mí tu santo espíritu, y acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.*

17

El ídolo de Micás

Con este capítulo empieza el epílogo del libro: dos historias sin juez y sin enemigo extranjero, en las que el mal nace dentro de Israel. La primera transcurre en la montaña de Efraín. Micás devuelve a su madre una plata robada, y ella la consagra «al Señor» para hacer un ídolo (vv. 1-6); después Micás contrata como sacerdote a un levita de Betlehem que busca dónde ganarse la vida (vv. 7-13). Nadie adora aquí a Baal: se pretende honrar al Dios de Israel con lo que su Ley prohíbe. El estribillo del v. 6 da la clave de todo el epílogo.

La plata de la madre y el ídolo

1 Hubo en aquel tiempo [1] un hombre de la montaña de
Efraín, llamado Micás [2]; 2 el cual dijo a su madre: Los mil
cien siclos de plata [3] que habías apartado para ti, y acerca
de los cuales jurabas, estando yo presente [4], que te los ha-
bía hurtado, sábete que yo los tengo, y que están en mi po-
der. Le respondió ella: Colme el Señor a mi hijo de bendi-
ciones. 3 Volvió, pues, Micás a su madre los siclos de plata.
Y ella le dijo: Consagré y ofrecí con voto al Señor esta
plata [5], para que recibiéndola mi hijo de mi mano, haga
una imagen de talla y de fundición [6]; y por lo mismo aho-
ra te la entrego. 4 Luego que Micás restituyó a su madre la

plata, separó ella doscientas monedas de plata [7], y se las dio a un platero que hiciera de ellas una imagen de talla y fundición, que se colocó en la casa de Micás.

[5] El cual asimismo dedicó en ella una capillita a Dios [8], e hizo efod y terafim, esto es, un vestido o aparato sacerdotal e ídolos [9]; y consagró las manos de uno de sus hijos [10], el cual quedó hecho sacerdote suyo. [6] En aquellos días no había rey o magistrado supremo en Israel [11]; sino que cada cual practicaba lo que le parecía mejor.

Un levita a sueldo

[7] Hubo también en este tiempo otro joven, natural de Betlehem de Judá [12], de esta misma estirpe de Judá por parte de madre [13]: el cual era de la tribu de Leví, y tenía allí su habitación. [8] Pero dejando la ciudad de Betlehem, quiso mudarse a otra parte, a donde hallase mejor su conveniencia [14]. Y como siguiendo su camino hubiese llegado a la montaña de Efraín, y desviádose un poco hacia la casa de Micás, [9] le preguntó éste de dónde venía. A lo que respondió: Yo soy un levita de Betlehem de Judá, y voy a establecerme en donde pudiere y viere que me tiene más cuenta. [10] Le dijo Micás: Quédate en mi casa, y me servirás de padre y sacerdote [15], y te daré todos los años diez siclos de plata, dos vestidos y el sustento necesario.

11 Condescendió y se quedó en casa de Micás, quien lo trató
como a uno de sus hijos. 12 Y Micás le consagró las
manos [16]; y tuvo en su casa a este joven en calidad de sa-
cerdote, 13 diciendo: Ahora estoy cierto que Dios me hará
bien [17], pues tengo conmigo un sacerdote del linaje de
Leví.

¿Sabías que?

El Talmud se pregunta por qué Micás no figura entre los que no tienen parte en el mundo futuro, siendo autor de un ídolo que extravió a Israel, y responde: porque su pan estaba al alcance de los caminantes. Una tradición recogida allí (Sanedrín 103b) añade que su santuario estaba a solo tres millas de Silo, y que el humo de sus ofrendas se mezclaba con el del altar del Tabernáculo. Los ángeles quisieron apartarlo, pero Dios les dijo: «Dejadlo, porque su pan se ofrece a los viajeros». La hospitalidad, que tanto faltará en Gabaa (19,15), cuenta mucho a los ojos de Dios.

PAUSA

1. Micás puso el nombre del Señor sobre una imagen hecha a su medida. ¿Qué «imagen» de Dios te fabricas tú para que te dé lo que quieres?
2. El levita buscaba el lugar «que le tuviera más cuenta». ¿Qué peso tiene el interés en tu manera de servir a Dios y a los demás?
3. «Ahora Dios me hará bien, pues tengo un sacerdote». ¿Te apoyas a veces en las cosas sagradas como si fueran un amuleto?

Para orar. *Señor, líbrame de los ídolos que llevan tu nombre, y enséñame a buscarte a ti y no solo tus dones.*

18

La emigración de Dan

La tribu de Dan, que no había podido ocupar su lote, envía cinco exploradores hacia el norte. En casa de Micás consultan al levita, que les da una respuesta favorable, y encuentran en Lais una ciudad tranquila y aislada (vv. 1-10). Seiscientos danitas armados vuelven, roban el ídolo de Micás y se llevan al levita, que se va con ellos encantado (vv. 11-26). Lais es pasada a cuchillo y reconstruida con el nombre de Dan; allí colocan el ídolo y un sacerdocio que durará siglos (vv. 27-31). Es una conquista sin orden de Dios, contra un pueblo cuyo único defecto era estar indefenso.

Los exploradores de Dan

1 En aquellos días no había rey o supremo magistrado en
Israel; y la tribu de Dan andaba buscando más tierra [1]
donde habitar; porque hasta entonces no había podido po-
nerse en posesión de toda la que le había tocado por suerte
como a las demás tribus. 2 Con esta mira los hijos de Dan
despacharon desde Saraa y Estaol [2] cinco varones muy es-
forzados de su linaje y familia, para que reconociesen y re-
gistrasen bien el país de su suerte; y dijéronles: Id y reco-
noced la tierra. Los cuales puestos en camino, en llegando
a la montaña de Efraín, entraron en casa de Micás, y des-

cansaron allí. [3] Y conociendo por el habla o acento [3] al joven levita, en la casa en que estaban hospedados, le preguntaron: ¿Quién te ha traído acá? ¿Qué es lo que aquí haces? ¿Cómo es que has venido a esta tierra? [4] El cual les respondió: Esto y esto hizo conmigo Micás; y me tiene asalariado para que sea su sacerdote [4]. [5] Le rogaron entonces que consultara al Señor para que pudieran saber si su viaje sería feliz, y llegaría a efectuarse su empresa. [6] Les respondió: Id en paz; que Dios mira con buenos ojos vuestro designio [5], y el camino que lleváis.

[7] Partiendo de allí los cinco exploradores, llegaron a la ciudad de Lais; y vieron que aquel pueblo habitaba en ella sin sombra de recelo, como acostumbraban a vivir los sidonios [6], tranquilo y sosegado, sin que nadie le molestara, rico en extremo, y distante de Sidón, y apartado de todos los demás hombres. [8] Con lo que habiendo vuelto a sus hermanos de Saraa y Estaol, y preguntados sobre el resultado de su comisión respondieron: [9] Vamos y marchemos contra ellos: porque hemos visto que es un país muy opulento y fértil: no os descuidéis ni perdáis tiempo [7]: vamos a ocuparlo; que no nos costará trabajo alguno. [10] Entraremos en un pueblo que vive en una total confianza, en un país espaciosísimo y el Señor nos entregará un territorio donde ninguna cosa falta de cuantas produce la tierra.

El robo del santuario de Micás

11 Partieron, pues, de la tribu de Dan, esto es, de Saraa y Estaol, seiscientos hombres armados y a punto de pelear; 12 y caminando hicieron alto en Cariatiarim de la tribu de Judá: el lugar desde aquel tiempo fue llamado Campamentos de Dan [8], y está a las espaldas de Cariatiarim. 13 Desde allí pasaron a la montaña de Efraín: y llegados a la casa de Micás,

14 aquellos cinco hombres enviados antes a examinar el territorio de Lais, dijeron a los demás compañeros suyos: Ya sabéis que en esta casa hay efod y terafim y un simulacro de talla y de fundición [9]: ved sobre esto lo que queréis hacer. 15 Y apartándose un poco, entraron en la habitación del joven levita, que vivía en la casa de Micás, y le saludaron con palabras amistosas. 16 Entretanto los seiscientos hombres, armados como estaban, se pusieron ante la puerta. 17 Pero los que habían entrado en la vivienda del joven se empeñaron en llevarse la estatua de talla, el efod y los terafim, y la imagen hecha de fundición, mientras el sacerdote estaba en la puerta con algunos que le entretenían [10], y los seiscientos varones esforzados aguardaban no lejos de allí. 18 En fin, los que habían entrado se llevaron la estatua de talla, el efod, los ídolos y la imagen de fundición, a los cuales les dijo el sacerdote: ¿Qué es lo que hacéis? 19 Le respondieron: ¡Calla! y pon el dedo en tu

boca [11]; y ven con nosotros, que te tendremos por padre y sacerdote. ¿Qué es mejor para ti, ser sacerdote en casa de un particular, o en toda una tribu o familia de Israel? [20] Oído lo cual, cedió a estas razones [12], y tomando el efod, y los ídolos, y la estatua de talla, fuese con ellos.

[21] Iban ya caminando, llevando delante de sí los niños [13], y los ganados, y todo el bagaje más precioso, [22] y se hallaban ya lejos de la casa de Micás, cuando los hombres que moraban en casa de éste, alborotándose fueron tras ellos, [23] y comenzaron a dar gritos a sus espaldas. Mas algunos de ellos volviéndose a mirar lo que era, dijeron a Micás: ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me gritas? [24] ¿Es bueno, respondió él, que me habéis robado los dioses que yo hice para mí [14], y al sacerdote y todo cuanto tengo, y decís: ¿Qué es lo que tienes? [25] Le replicaron los hijos de Dan: Guárdate de hablarnos más palabras sobre esto; no sea que se echen sobre ti los hombres llenos de indignación [15], y vengas a perecer con toda tu casa. [26] Dicho esto, prosiguieron su camino; y Micás viendo que podían más que él, se volvió a su casa.

Lais se convierte en Dan

[27] Mas los seiscientos hombres se llevaron al sacerdote, y todo lo que arriba dijimos; y llegando a Lais, hallaron aquel pueblo tranquilo y descuidado: y lo pasaron a cuchillo, e incendiaron la ciudad [16], [28] sin que nadie acudiese a

socorrerla, por estar lejos de Sidón, y no tener trato ni comercio con ninguna gente. Estaba situada esta ciudad en la comarca de Rohob [17], y reedificándola, habitaron en ella; [29] llamándola ciudad de Dan [18], del nombre de su padre, que fue hijo de Israel, en lugar de que antes se llamaba Lais. [30] Y en ella colocaron la imagen, y establecieron a Jonatam, hijo de Gersam, hijo de Moisés [19] y a sus descendientes por sacerdotes en toda la tribu de Dan hasta el día de su cautiverio. [31] Y permaneció entre ellos el ídolo de Micás todo el tiempo que estuvo en Silo la casa o Tabernáculo de Dios [20]. No había en aquel tiempo rey o jefe supremo en Israel.

¿Sabías que?

En Tel Dan, junto a uno de los manantiales del Jordán, el arqueólogo israelí Avraham Biran excavó durante más de treinta años a partir de 1966. Encontró una puerta de adobe con arco de la ciudad cananea de Lais (hacia el siglo XVIII a. C.), una gran plataforma de piedra para el culto de la época del reino de Israel, que él relacionó con el santuario de Jeroboán, y, en 1993 y 1994, tres fragmentos de una estela aramea del siglo IX a. C. en la que un rey de Damasco se jacta de haber vencido a un rey «de la casa de David». Se considera la mención más antigua y segura de David fuera de la Biblia; hoy está en el Museo de Israel, en Jerusalén.

La emigración de Dan

Etapa	Qué pasa	Cita
El lote	Entre Judá, Efraín y la costa, frente a Jope	Jos 19,40-46
Arrinconados	El amorreo no los deja bajar a la llanura	1,34-35
Sansón	Nace en Saraa; el espíritu lo mueve en Campamentos de Dan	13,2.25; 16,31
Exploradores	Cinco hombres; el levita de Micás les da buen oráculo	18,2-6
Lais	Un pueblo tranquilo, rico y lejano, sin aliados	18,7-10
La marcha	Seiscientos armados acampan junto a Cariatiarim	18,11-12
El robo	Se llevan los ídolos de Micás y a su sacerdote	18,13-26
La conquista	Lais, pasada a cuchillo e incendiada, se llama Dan	18,27-29
El santuario	Jonatán, descendiente de Moisés, y sus hijos, sacerdotes hasta el cautiverio	18,30-31
El becerro	Jeroboán pone en Dan un becerro de oro; Amós lo condenará	1 Re 12,28-30; Am 8,14
El silencio	Dan falta en el Apocalipsis; san Ireneo lo relacionó con el Anticristo (Jr 8,16; *Contra las herejías* V,30,2)	Ap 7,5-8

Josué resume esta emigración en un versículo, donde Lais se llama Lésem (Jos 19,47). La conquista que el capítulo 1 dejó sin terminar acaba con una ciudad pacífica destruida y un santuario que será ocasión de pecado para Israel (1 Re 12,30).

PARA PROFUNDIZAR

«*Cada cual hacía lo que le parecía*»: *el santuario de Micás y de Dan*

Los capítulos 17 y 18 abren el epílogo con una historia sin juez, sin enemigo extranjero y sin intervención visible de Dios: una idolatría vivida con el nombre del Señor en los labios. La madre de Micás consagra su plata «al Señor» para hacer «una imagen de talla y de fundición» (17,3), es decir, exactamente lo que maldice la Ley: «Maldito sea el hombre que hace imagen o ídolo de talla, o de fundición» (Dt 27,15; Éx 20,4). Micás, cuyo nombre significa «¿Quién como el Señor?», monta en su casa un santuario con efod y terafim (17,5; ver nota a 8,27), hace sacerdote a uno de sus hijos y después contrata a un levita. No adora a Baal: pretende honrar al Dios de Israel, pero a su medida y en su casa. Torres Amat lo resume en una nota: Micás «juntaba ciertas prácticas de idolatría con el culto del Dios verdadero».

El retrato del levita es amargo. Sale de Betlehem a buscar «donde hallase mejor su conveniencia» (17,8), acepta un sueldo de diez siclos, ropa y comida, y deja que un laico lo consagre. Cuando los danitas le ofrecen ser sacerdote de una tribu en lugar de una familia, «se alegró su corazón», dice el hebreo (18,20), y carga él mismo con los ídolos de su bienhechor. La religión se ha vuelto un intercambio. Micás cree comprar la bendición: «Ahora estoy cierto que Dios me hará bien» (17,13). El levita vende sus servicios al mejor postor. Los danitas se llevan los objetos sagrados como amuletos para el éxito de su expedición, y a Micás, que reclama, lo despiden con amenazas (18,25).

La conquista de Lais remata la historia. Los danitas, que no habían podido ocupar su lote (1,34; Jos 19,40-48), buscan una tierra más fácil. La encuentran en el extremo norte: una ciudad «tranquila y descuidada», lejos de cualquier aliado (18,7.27-28). El relato no menciona ninguna orden de Dios ni ningún pecado de sus habitantes; solo su indefensión. Los seiscientos la pasan a cuchillo, la incendian y la reconstruyen con el nombre de Dan. Allí colocan la imagen robada y, como sacerdote, a Jonatán, descendiente de Moisés (ver nota a 18,30): la familia del que bajó del Sinaí con la prohibición de las imágenes sirve ahora a un ídolo. Siglos después, Jeroboán pondrá en Dan uno de sus becerros de oro (1 Re 12,28-30), y el narrador sabe que aquel culto duró «hasta el día de su cautiverio». La arqueología no puede confirmar la historia de Micás, pero las excavaciones de Tel Dan muestran que el lugar fue durante siglos un gran santuario del reino del norte (ver el recuadro): lo que este libro cuenta como un origen escandaloso fue, para aquellos reyes, un santuario nacional.

El narrador juzga todo esto con un estribillo: «En aquellos días no había rey o magistrado supremo en Israel; sino que cada cual practicaba lo que le parecía mejor» (17,6; 18,1; ver nota a 17,6). Las palabras recuerdan a Dt 12,8, donde Moisés anuncia el fin del «cada cual lo que bien le parece» cuando Israel tenga el lugar que el Señor escogerá. La lectura más común ve en él una llamada a la monarquía, y en concreto a un rey como David, nacido en Betlehem, que pondrá orden en el culto. Algunos estudiosos ven además una polémica contra la casa de Saúl, cuya tribu y cuya ciudad, Gabaa, quedan muy mal en los capítulos siguientes; pero esto se discute. Por lo demás, los libros de los Reyes mostrarán

que también los reyes hacen «lo malo a los ojos del Señor». La raíz del mal no es la falta de un rey, sino la pretensión de que cada uno sea su propia medida, también en el culto.

Jesús dirá a la samaritana que el Padre busca adoradores «en espíritu y en verdad» (Jn 4,23-24): no un Dios encerrado en una imagen o en un lugar, sino el Dios vivo que se da a conocer. El Catecismo recuerda que la idolatría «no se refiere sólo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios» (n. 2113), y que «la vida humana se unifica en la adoración del Dios Único» (n. 2114). La tentación de Micás sigue viva: fabricarse un Dios a la medida de las propias conveniencias, con lenguaje religioso y sin conversión. El epílogo de los Jueces no ofrece contra ella un sermón, sino un espejo.

PAUSA

1. Los danitas buscaron una tierra fácil en lugar de la que Dios les había dado. ¿Qué «Lais» cómoda te tienta a dejar tu verdadera tarea?
2. El levita «se alegró» de cambiar un amo pequeño por una tribu entera. ¿Has buscado alguna vez a Dios por lo que te aporta?
3. Micás gritó: «Me habéis robado los dioses que yo hice». Si te quitaran tus seguridades, ¿qué te quedaría?

Para orar. *Señor, que no te busque donde más me convenga, sino donde tú me llamas.*

19

El crimen de Gabaa

Un levita de la montaña de Efraín va a Betlehem a buscar a su mujer, que lo había dejado. Tras varios días de banquetes en casa del suegro, parte tarde, no quiere detenerse en Jebús, ciudad de extranjeros, y llega de noche a Gabaa de Benjamín, donde solo un anciano forastero los acoge. Los hombres de la ciudad rodean la casa, como en Sodoma; el levita les entrega a su mujer, que es violada toda la noche y cae en el umbral. Él la corta en doce pedazos y los envía a las tribus. La mujer no habla en todo el relato.

En casa del suegro

[1] Hubo un cierto levita [1] que habitaba al lado de la montaña de Efraín, el cual se había casado con una mujer [2] de Betlehem de Judá. [2] Esta mujer lo dejó [3], y se volvió a Betlehem a la casa de su padre, con quien estuvo cuatro meses. [3] Su marido, queriendo reconciliarse con ella, fue a buscarla y acariciarla [4], para traérsela otra vez consigo; y se llevó por compañía un criado con dos asnos. La mujer le recibió bien, y lo condujo a casa de su padre. Luego que su suegro tuvo noticia y llegó a divisarle, fue a su encuentro lleno de gozo, [4] y lo abrazó. El yerno permaneció en casa

del suegro tres días, comiendo y bebiendo con él familiarmente.

5 Mas al cuarto día, levantándose antes de amanecer, quiso
partir; pero lo detuvo el suegro y le dijo: Toma primero un
bocado de pan para adquirir fuerzas, y después partirás.
6 Con eso se sentaron juntos, y comieron y bebieron. Dijo
entonces el suegro a su yerno: Te ruego que te quedes hoy
todavía aquí, y pasemos el día juntos alegremente. 7 Pero
él levantándose se puso en acción de querer marcharse.
Con todo, el suegro a fuerza de instancias lo detuvo, y lo
hizo quedar consigo. 8 Venida la mañana disponía el levita
su viaje; mas el suegro le dijo otra vez: Te ruego que tomes
un bocado para que cobres fuerzas, y en entrando más el
día podrás emprender tu viaje. Comieron, pues, juntos, 9 y
levantándose el joven para marcharse con su mujer y el
criado, el suegro le habló nuevamente diciendo: Mira que
el sol está ya muy inclinado al ocaso [5], y que se acerca la
noche; quédate también hoy conmigo, y pasa el día alegremente, que mañana partirás para volver a tu casa.

El camino hasta Gabaa

10 No quiso el yerno condescender a sus ruegos, sino que al
punto se puso en camino, y llegó hasta enfrente de Jebús,
que por otro nombre se llama Jerusalén [6], llevando consigo los dos asnos cargados y a su mujer. 11 Ya estaba cerca de
Jebús, y se acababa el día: por lo que le dijo su criado: Ven

por tu vida, torzamos el camino hacia la ciudad de los jebuseos, y paremos en ella. 12 Le respondió el amo: No entraré yo en población de gente extraña [7], que no es de los hijos de Israel, sino que iré hasta Gabaa, 13 y llegando allá posaremos en ella, o a lo menos en la ciudad de Rama. 14 Pasaron, pues, de largo la ciudad de Jebús, continuando su viaje, y el sol se les puso cerca de Gabaa, la cual está en la tribu de Benjamín [8]; 15 y se acogieron a ella para quedarse allí. Luego que entraron se dirigieron a la plaza de la ciudad, donde se sentaron; y no hubo uno siquiera que quisiera hospedarlos [9] en su casa.

La noche de Gabaa

16 Cuando he aquí que al anochecer apareció un hombre anciano que volvía del campo y de su labranza, el cual era también de la montaña de Efraín, y habitaba como forastero en Gabaa [10]; pues los hombres de aquel territorio eran hijos de Jemini o benjamitas. 17 Y levantando el anciano sus ojos vio a aquel hombre sentado en la plaza de la ciudad con su pequeño bagaje, y le preguntó: ¿De dónde vienes, y a dónde te diriges? 18 El cual le respondió: Venimos de Betlehem de Judá, y vamos a nuestra casa, que está al lado de la montaña de Efraín, de donde habíamos ido a Betlehem. Y ahora pasamos a la casa de Dios [11], y nadie nos quiere dar hospedaje. 19 Aunque tenemos paja y heno para las bestias, pan y vino para el gasto mío, y de mi mu-

jer, tu sierva, y del criado que viene con nosotros, nada nos falta sino posada. [20] El anciano le respondió: La paz sea contigo; yo te daré todo lo necesario: te ruego únicamente que no te detengas más en la plaza. [21] Con esto le llevó a su casa, y dio de comer a las caballerías, y después que se lavaron los pies, los convidó a su mesa.

[22] Estando cenando, y mientras con los manjares y bebida regocijan sus cuerpos fatigados del viaje, vinieron unos vecinos de aquella ciudad, hijos de Belial (esto es, sin freno, ni temor de Dios) [12] y cercando la casa del anciano, comenzaron a dar golpes en la puerta, gritando al dueño de la casa, y diciéndole: Sácanos fuera ese hombre que entró en tu casa, que queremos abusar de él [13]. [23] Y salió a ellos el anciano, y les dijo: No queráis, hermanos, no queráis cometer semejante maldad: ya que se ha hospedado este hombre en mi casa, desistid de semejante locura [14]. [24] Y, como fuera de sí, añadió [15]: Yo tengo una hija doncella; y este hombre tiene su mujer: os las sacaré fuera para que abuséis de ellas, y saciéis vuestra pasión: solamente os ruego que no cometáis con un hombre ese crimen nefando y contra la naturaleza. [25] No querían ceder a sus razones: lo que visto por el levita, les sacó a su mujer [16] y la abandonó a sus ultrajes; y habiendo abusado de ella toda la noche [17], la dejaron libre al venir la mañana.

[26] Entonces la mujer vino al rayar el día a la puerta de la
casa, donde estaba su señor, y allí se cayó muerta [18]. [27] Así
que fue ya de día se levantó su marido y abrió la puerta
con ánimo de buscar a su mujer [19], y proseguir su viaje: y
he aquí que su mujer yacía postrada delante de la puerta
con las manos extendidas sobre el umbral. [28] Creyéndola él
dormida, le decía: Levántate y vámonos [20]. Mas como no
respondiese, y viendo después que estaba muerta, la tomó
y la puso sobre su asno, y regresó a su casa.

«No se ha visto cosa semejante»

[29] Apenas hubo entrado, cogió una cuchilla [21], y dividien-
do el cadáver de su mujer con sus huesos en doce partes y
trozos, los envió a todas las tribus de Israel. [30] A tal espec-
táculo todos a una clamaban: No se ha visto cosa semejan-
te en Israel [22] desde el día en que salieron de Egipto nues-
tros padres hasta ahora: decid vuestro parecer, y decretad
de común acuerdo lo que se ha de hacer en este caso.

¿Sabías que?

El Talmud se pregunta por qué se fue la mujer del levita (Guitín 6b). Un rabino dice que su marido se enfureció con ella por una mosca que encontró en la comida, otro que por un cabello; y Rav Jisdá saca la lección: un hombre nunca debe imponer un miedo excesivo en su casa, porque el miedo que el marido de la concubina de Gabaa impuso a su mujer terminó causando la muerte de muchas decenas de miles en Israel. Hace unos quince siglos, la tradición judía ya leía la huida de esta mujer como fruto de la dureza de su marido.

Gabaa y Sodoma

Sodoma (Génesis 19)	Gabaa (Jueces 19)
Dos ángeles llegan «al caer de la tarde» (19,1)	El levita llega a la puesta del sol (19,14-15)
Lot los ve a la puerta de la ciudad; ellos piensan quedarse en la plaza (19,1-2)	El anciano los ve en la plaza: «no te detengas más en la plaza» (19,17.20)
Lot vive allí como extranjero (19,9)	El anciano es de Efraín y vive allí como forastero (19,16)
Lot les ofrece lavar sus pies y les da de cenar (19,2-3)	Se lavan los pies y cenan (19,21)
Los vecinos rodean la casa: «Sácalos acá fuera, para que los conozcamos» (19,4-5)	Los hijos de Belial rodean la casa: «Sácanos fuera ese hombre» (19,22)
«No queráis, os ruego, hermanos míos, no queráis cometer esta maldad» (19,7)	«No queráis, hermanos, no queráis cometer semejante maldad» (19,23)
Lot ofrece a sus dos hijas doncellas (19,8)	El anciano ofrece a su hija doncella y a la mujer del huésped (19,24)
Los huéspedes meten a Lot en la casa y cierran la puerta (19,10)	El huésped saca a su mujer y la abandona a los agresores (19,25)
Los ángeles ciegan a los agresores; nadie sufre daño (19,11)	Nadie interviene; ella cae en el umbral al amanecer (19,25-27)
Dios destruye Sodoma (19,24-25)	Israel destruye las ciudades de Benjamín (20,48)

Las frases de los dos relatos son casi iguales también en Torres Amat, que comenta en nota: «Debe decirse lo mismo de esta oferta, que de la que hizo Loth». En Sodoma hay ángeles; en Gabaa, una ciudad de Israel, nadie. Oseas recordará «los días de Gabaa» (Os 9,9; 10,9), y Ezequiel dirá que el pecado de Sodoma fue también la soberbia y la dureza con el pobre (Ez 16,49).

PARA PROFUNDIZAR

«No se ha visto cosa semejante»: el crimen de Gabaa

Pocas páginas de la Biblia son tan difíciles de leer como esta: por eso hay que leerla despacio. Su protagonista no tiene nombre y nunca habla. Casi todos los verbos la tienen como objeto: la toman, la buscan, la sacan a la calle, abusan de ella, la cargan sobre el asno y la cortan en pedazos. Pocas veces es ella quien actúa: cuando lo deja y vuelve a casa de su padre (19,2), cuando lo recibe allí (19,3) y, al final, cuando al amanecer llega hasta la puerta de la casa donde estaba «su señor» y cae con las manos sobre el umbral (19,26-27). El narrador no le da voz, pero no la olvida: ese gesto es la imagen más fuerte del capítulo.

El retrato del levita se va oscureciendo. Empieza bien: va a Betlehem a «hablarle al corazón», dice el hebreo (19,3), con las palabras de Dios a su esposa infiel (Os 2,16). Pero en Gabaa es él quien agarra a su mujer y la echa fuera (19,25). Duerme. Por la mañana abre la puerta «para seguir su camino», la encuentra tendida y solo le dice: «Levántate y vámonos» (19,27-28). Después toma el cuchillo, el mismo nombre que el de Abrahán en el monte Moria (19,29; Gn 22,6.10), pero aquí ningún ángel detiene la mano. Y ante la asamblea de Israel cuenta una versión en la que él es la víctima: «quisieron matarme», y calla que fue él quien la entregó (20,4-6). El narrador no comenta; deja que el lector compare los dos capítulos.

La escena está construida sobre la de Sodoma (Gn 19; ver el cuadro «Gabaa y Sodoma»): los viajeros llegan al atardecer, un forastero los acoge, los hombres de la ciudad rodean la casa, el anfi-

trión ofrece a las mujeres de su casa con casi las mismas palabras que Lot. El mensaje es terrible: Israel se ha vuelto Sodoma. El levita no quiso entrar en Jebús, «población de gente extraña» (19,12), y encontró algo peor en una ciudad de Benjamín. Pero en Sodoma los ángeles intervienen; en Gabaa no interviene nadie, ni hombre ni Dios, y ese silencio forma parte del mensaje. Siglos después, Oseas recordará «los días de Gabaa» como el ejemplo de la corrupción de Israel (Os 9,9; 10,9).

La Vulgata y Torres Amat suavizan algunos detalles: Torres Amat añade que el anciano habló «como fuera de sí» (19,24), que la mujer «cayó muerta» (19,26) y que el levita abrió la puerta «con ánimo de buscar a su mujer» (19,27). Pero el propio Torres Amat, en sus notas de 1824, juzga con dureza al marido: del hebreo y de los Setenta se infiere que la sacó por la fuerza, «lo que es más reprensible aún», y debió resistir cuanto pudiera, aun a riesgo de quedar como «mártir de la castidad». La tradición judía tampoco lo excusó (ver el recuadro). En nuestro tiempo, la biblista Phyllis Trible incluyó este capítulo entre los «textos de terror» de la Biblia (1984), y propuso leerlos en memoria de sus víctimas, para que su historia no se pierda.

La Iglesia no lee esta página en la liturgia, pero tampoco la arranca de la Biblia (sobre las páginas oscuras de la Escritura, ver Gn 34). La Pontificia Comisión Bíblica explica que, al poner ante los hombres las consecuencias de las perversiones del corazón, «la Palabra de Dios tiene función profética; y así invita a reconocer el mal para evitarlo y combatirlo» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 126). El Catecismo dice de la violación que atenta «contra la justicia y la caridad» y que «es siempre un

acto intrínsecamente malo» (n. 2356). San Juan Pablo II escribió que la mujer «no puede convertirse en "objeto" de "dominio" y de "posesión" masculina» (*Mulieris dignitatem*, 10): exactamente lo que ocurre esta noche, en la que una mujer es entregada para salvar a un hombre.

Quien ha sufrido violencia puede encontrar aquí algo inesperado: la Biblia no calla la historia de la víctima ni la convierte en espectáculo. La cuenta con sobriedad y pone en boca de todo Israel el juicio que merece: «No se ha visto cosa semejante» (19,30). El cristiano lee estas páginas a la luz de Cristo, la víctima inocente, entregado de noche, despojado, burlado y muerto, a quien Dios resucitó. Él no justifica la violencia sufrida por esta mujer: se pone de su lado. Y el capítulo termina con tres imperativos que se dirigen también al lector: consideradlo, deliberad, hablad. Ante el mal, callar no es una opción.

PAUSA

1. La mujer del levita no tiene nombre ni voz en el relato. ¿A quién no escuchamos hoy, en tu familia o en tu comunidad, porque no tiene voz?
2. En Gabaa nadie abrió su casa a los viajeros. ¿Qué forasteros esperan hoy en tu «plaza» a que alguien los reciba?
3. «Decid vuestro parecer». ¿Callas ante la violencia que conoces, o la nombras y buscas ayuda para detenerla?

Para orar. *Señor Jesús, víctima inocente, recoge a las víctimas de toda violencia y no permitas que su grito se pierda.*

20

La guerra contra Benjamín

Ante los pedazos del cuerpo, todo Israel se reúne en Masfa «como un solo hombre», escucha al levita y jura castigar a Gabaa (vv. 1-11). Benjamín se niega a entregar a los culpables y se prepara para la guerra (vv. 12-17). Israel consulta a Dios y es derrotado dos veces; solo después de llorar, ayunar y ofrecer sacrificios recibe la promesa de la victoria (vv. 18-28). Al tercer día, con una emboscada como la de Hai, destruye a Benjamín: de toda la tribu quedan seiscientos hombres (vv. 29-48). La justicia que empezó contra un crimen termina en la destrucción de una tribu hermana.

La asamblea de Masfa

1 En consecuencia salieron todos los hijos de Israel, mancomunados como si fuesen un solo hombre [1], desde Dan
hasta Bersabee, y aun desde la tierra de Galaad, y se reunieron en la presencia del Señor en Masfa [2]. 2 Todos los
caudillos de los pueblos, y las tribus todas de Israel concurrieron a la reunión del pueblo de Dios [3], en número de
cuatrocientos mil guerreros de a pie. 3 (No se ocultó a los
hijos de Benjamín que los hijos de Israel habían subido a
Masfa). Preguntado, pues, el levita, marido de la mujer
muerta, en qué forma se había cometido tan atroz atenta-

do, [4] respondió: Llegué a Gabaa de Benjamín con mi mujer, y allí me aposenté: [5] cuando he aquí que unos hombres de aquella ciudad cercaron de noche la casa donde posaba, y quisieron matarme [4]; y abusaron de mi mujer con tan furiosa e increíble lujuria, que por último vino a morir. [6] Tomándola luego yo, dividí en trozos el cadáver, y los envié a todos los términos de vuestro territorio; porque nunca jamás se cometió en Israel una maldad tan grande, ni exceso tan abominable [5]. [7] Presentes estáis todos aquí, ¡oh hijos de Israel!; resolved, pues, qué debéis hacer.

[8] A lo que todo el pueblo que allí estaba, le respondió a una voz, como si hablase por boca de un solo hombre: No volveremos a nuestras tiendas, ni nadie se retirará a su casa, [9] hasta que de común acuerdo hagamos esto en contra de Gabaa: [10] Escójanse de todas las tribus de Israel diez hombres por cada ciento, y ciento por cada mil, y mil por cada diez mil, para que conduzcan víveres al ejército, y podamos nosotros pelear contra Gabaa de Benjamín, y darle el pago que merece su maldad. [11] De este modo se juntó todo Israel, como si fuera un solo hombre, contra esta ciudad; con el mismo designio y la misma resolución.

Benjamín se niega

[12] En seguida enviaron mensajeros a toda la tribu de Benjamín, que les dijesen: ¿Cómo se ha cometido entre vosotros una maldad tan detestable? [13] Entregad los hombres de Ga-

baa que perpetraron tan gran crimen, para que mueran y se quite de en medio de Israel ese escándalo [6]. Mas los benjamitas no quisieron dar oídos a la proposición de sus hermanos los hijos de Israel; [14] sino que de todas las ciudades pertenecientes a su tribu acudieron a Gabaa para socorrerlos, y pelear contra todo el pueblo de Israel.

[15] Y se alistaron veinticinco mil benjamitas [7], toda gente de guerra, sin contar los moradores de Gabaa, [16] que eran setecientos hombres muy esforzados, y que peleaban igualmente con la izquierda que con la derecha [8], y tan diestros en tirar la honda, que podían herir un cabello con una piedra sin errar jamás el tiro [9]. [17] Por la parte de Israel, excluidos los hijos de Benjamín, se hallaron cuatrocientos mil hombres que sabían manejar las armas, y que estaban preparados para la guerra.

Dos derrotas

[18] Los cuales saliendo a campaña, vinieron a la casa de Dios, esto es a Silo [10], donde consultaron al Señor, y dijeron: ¿Quién será en nuestro ejército el caudillo para pelear contra los hijos de Benjamín? Les respondió el Señor: Sea la tribu de Judá vuestro caudillo [11]. [19] Con esto los hijos de Israel sin perder tiempo, marchando de mañana, plantaron sus reales junto a Gabaa; [20] y avanzando en orden de batalla contra Benjamín, empezaron a batir la ciudad. [21] Mas los hijos de Benjamín, haciendo una salida de Ga-

baa, mataron aquel día veintidós mil hombres [12] de los hijos de Israel.

22 Confiados éstos en su valor y muchedumbre, volvieron
luego a presentar batalla en el mismo lugar en que habían
antes peleado. 23 Pero acudieron primero humildes al Se-
ñor, y lloraron delante de él hasta la noche [13], y le consul-
taron, diciendo: ¿Debemos salir otra vez a pelear contra
los hijos de Benjamín, nuestros hermanos, o no? Les res-
pondió el Señor: Marchad contra ellos y dad la batalla.
24 Partiendo, pues, los hijos de Israel el día siguiente a pe-
lear contra los hijos de Benjamín, 25 salieron éstos de las
puertas de Gabaa y acometiéndoles hicieron en los hijos de
Israel una mortandad tan grande, que dejaron tendidos
por tierra dieciocho mil combatientes.

26 Por cuyo desastre todos los hijos de Israel vinieron a la
casa de Dios, y se pusieron a llorar en presencia del Señor,
y ayunaron aquel día hasta la tarde, y le ofrecieron holo-
caustos y víctimas pacíficas, 27 y le consultaron sobre su es-
tado. En este tiempo residía allí el Arca de la Alianza de
Dios; 28 y Finees, hijo de Eleazar, hijo de Aarón [14], presidía
en el santuario. Consultaron, pues, al Señor, y le dijeron:
¿Debemos todavía proseguir la guerra contra los hijos de
Benjamín, nuestros hermanos, o cesar de ella? Les respon-
dió el Señor: Salid, que mañana los entregaré en vuestras
manos.

La emboscada y el exterminio

29 Con esto los hijos de Israel pusieron emboscadas alrededor de la ciudad de Gabaa [15]. 30 Y por tercera vez marcharon con su ejército en batalla contra Benjamín, como la primera y la segunda. 31 Pero los hijos de Benjamín salieron de rebato y osadamente de la plaza, y fueron persiguiendo por largo trecho a los contrarios, que de propósito huían: de manera que los iban hiriendo y acuchillando como el primero y segundo día, y dejaron tendidos en el suelo unos treinta hombres de los que iban huyendo por dos veredas, de las cuales una conducía a Betel y la otra a Gabaa; 32 y creyeron derrotarlos ni más ni menos que antes. Mas los hijos de Israel fingiendo de industria la huida, pusieron la mirada en apartarlos de la ciudad, y como en retirada atraerlos a las dos veredas sobredichas.

33 Entonces saliendo todos los hijos de Israel de sus puestos, se ordenaron en batalla en un sitio llamado Baaltamar [16]. Al mismo tiempo los que estaban emboscados alrededor de la ciudad comenzaron también a dejarse ver poco a poco, 34 avanzando por la parte occidental de la ciudad. Entretanto otros diez mil hombres destacados del grueso del ejército de Israel, volviendo de frente, provocaban a los habitantes de la ciudad a que saliesen al combate. Con esto se empeñó la acción contra los hijos de Benjamín; los cuales no advirtieron que por todos lados los estaba

aguardando la muerte. 35 En efecto, el Señor los castigó a
la vista de los hijos de Israel [17], que mataron de ellos en
aquel día veinticinco mil cien hombres, toda gente guerre-
ra y valiente.

36 Pues los hijos de Benjamín, viéndose que iban de vencida, habían echado a huir: lo que advertido por los hijos de Israel, les abrieron paso para que huyesen y viniesen a caer en la emboscada que tenían preparada de antemano junto a la ciudad. 37 Saliendo entonces de repente los hijos de Israel de donde estaban escondidos, acuchillaron a los benjamitas que tenían delante de ellos; y entraron en la ciudad y la pasaron a cuchillo. 38 Es de advertir que los hijos de Israel se habían convenido antes, en que luego que los de la emboscada se apoderasen de la ciudad, encendiesen un gran fuego, para que con la humareda que subiría a lo alto diesen a entender que eran ya dueños de la plaza. 39 Lo cual observado por los hijos de Israel en el mismo ardor del combate (cuando los hijos de Benjamín, creyendo que huían, los aguijaban con más empeño por haberles muerto ya treinta hombres), 40 y viendo subir de la ciudad una columna de humo; y asimismo mirando Benjamín hacia atrás, y reconociendo la ciudad perdida, y que las llamas subían a lo alto; 41 al punto los que habían fingido huir, vuelta la cara, los rebatían con el mayor esfuerzo. Visto esto los hijos de Benjamín echaron a huir,

42 tomando el camino del desierto, persiguiéndolos aún
hasta allí los enemigos. Demás de esto, los que habían in-
cendiado la ciudad los acometieron por frente. 43 Así suce-
dió que por ambos lados eran acuchillados por los enemi-
gos y morían sin remedio. Los que cayeron muertos y que-
daron tendidos por el suelo al oriente de la ciudad de Ga-
baa en aquel mismo lugar, 44 fueron dieciocho mil hom-
bres, guerreros todos muy valientes. 45 Los otros que ha-
bían quedado de Benjamín al ver esto, huyeron hacia el de-
sierto, tirando a refugiarse en la peña llamada
Remmón [18]. Pero como estaban desordenados y huían dis-
persos, en la misma fuga fueron muertos cinco mil hom-
bres. A los que tiraron adelante los fueron también persi-
guiendo, y mataron aún otros dos mil. 46 Por donde los que
perecieron de Benjamín en diversos sitios vinieron a ser
en todos veinticinco mil combatientes, gente toda muy
guerrera.

47 Con lo que sólo quedaron de toda la gente de Benjamín
seiscientos varones que pudieron escapar y guarecerse en
el desierto, y estuvieron de asiento en la peña de Remmón
cuatro meses. 48 Pero los hijos de Israel, vueltos del comba-
te, pasaron a cuchillo a todo el resto de la ciudad, desde los
hombres hasta las bestias [19]. Y todas las demás ciudades y
lugarcillos de Benjamín fueron consumidos por las vora-
ces llamas.

¿Sabías que?

La honda, que parece un arma de pastores, era temible en la guerra. En los relieves del palacio de Senaquerib en Nínive, que representan el asedio de la ciudad judía de Laquis (701 a. C.) y se conservan en el Museo Británico, aparecen filas de honderos asirios detrás de los arqueros. En Laquis se han encontrado cientos de piedras de honda, talladas a propósito, del tamaño de una pelota de tenis. Un hondero entrenado podía lanzarlas con gran fuerza y precisión: así venció David a Goliat (1 Sam 17,49).

La guerra contra Benjamín

Momento	Qué pasa	Cita
La asamblea	Todo Israel en Masfa, «como un solo hombre»: 400.000 de a pie	20,1-2.17
Benjamín	25.000 hombres y los 700 honderos zurdos de Gabaa (el hebreo dice 26.000)	20,15-16
Primer día	Judá abre la marcha; caen 22.000 de Israel	20,18-21
Segundo día	Lloran y consultan al Señor; caen 18.000	20,23-25
El ayuno	Llanto, ayuno y sacrificios ante el arca; Finees consulta	20,26-28
Tercer día	Emboscada, huida fingida y la columna de humo, como en Hai	20,29-41
Las bajas	18.000 + 5.000 + 2.000 = 25.000; en cifra exacta, 25.100	20,35.44-46
Los que escapan	600 hombres, cuatro meses en la peña de Remmón	20,47
El anatema	Hombres y bestias pasados a cuchillo, ciudades incendiadas	20,48
Jabes de Galaad	10.000 hombres (el hebreo dice 12.000); 400 muchachas	21,10-14
Silo	Las que faltan, raptadas en la fiesta anual	21,19-23

Con las cifras de la Vulgata, las cuentas cuadran: 25.700 benjamitas, 25.100 muertos y 600 supervivientes. Sobre las grandes cifras del Antiguo Testamento, ver Nm 1. La emboscada repite la táctica de Josué contra Hai (Jos 8), y la presencia de Finees, nieto de Aarón, sitúa la historia al comienzo del tiempo de los jueces, como dice Torres Amat en su advertencia.

PAUSA

1. Israel se unió «como un solo hombre» para castigar un crimen, y terminó destruyendo a un hermano. ¿Cuándo se ha vuelto desproporcionada tu justa indignación?
2. Benjamín prefirió defender a los suyos antes que entregar a los culpables. ¿Has encubierto el mal por lealtad a tu grupo?
3. Israel solo venció cuando lloró, ayunó y preguntó de verdad. ¿Cómo preparas ante Dios tus decisiones difíciles?

Para orar. *Señor, que mi deseo de justicia no se convierta en venganza, y que vea mis pecados antes que los ajenos.*

21

Mujeres para Benjamín

Terminada la guerra, Israel llora por la tribu que ha estado a punto de borrar. Pero un juramento le impide dar sus hijas a los seiscientos supervivientes, y la asamblea busca una salida que engendra nuevos crímenes. Primero arrasa Jabes de Galaad, que no había acudido a Masfa, y entrega a Benjamín cuatrocientas muchachas (vv. 1-14). Después, como no bastan, autoriza a los benjamitas a raptar a las jóvenes que bailan en la fiesta anual de Silo (vv. 15-24). El libro termina con el estribillo: no había rey, y cada cual hacía lo que le parecía mejor (v. 25).

El llanto por una tribu

[1] Habían hecho los hijos de Israel un juramento en
Masfa [1], diciendo: Ninguno de nosotros dará sus hijas por
mujeres a los hijos de Benjamín. [2] Después, pesarosos, vi-
nieron todos a la casa de Dios en Silo [2], y permaneciendo
delante de ella hasta el anochecer, levantaron el grito, y
con grandes alaridos, comenzaron a llorar, diciendo:
[3] ¿Por qué, ¡oh Señor Dios de Israel!, ha sucedido esta cala-
midad en tu pueblo [3], que se haya acabado hoy una de
nuestras tribus?

4 Y levantándose al día siguiente al rayar el alba, erigieron
un altar en que ofrecieron holocaustos y víctimas pacífi-
cas, y dijeron: 5 ¿Quién es en todas las tribus de Israel el
que no se unió al ejército del Señor? Porque estando en
Masfa se habían obligado con un solemne juramento a ma-
tar a los que faltasen [4]. 6 Mas ahora arrepentidos los
israelitas [5] de lo hecho contra Benjamín, su hermano, co-
menzaban a decir: Se acabó una tribu de Israel. 7 ¿De dón-
de tomarán mujeres los pocos que han quedado de ella,
habiendo jurado todos nosotros a una no darles nuestras
hijas?

Jabes de Galaad

8 Dijeron pues: ¿Quién hay de las tribus todas de Israel que
no haya comparecido ante el Señor en Masfa? Y se halló
que los moradores de Jabes-Galaad [6] no habían estado en
aquel ejército. 9 Y que ni aun mientras los israelitas esta-
ban en Silo, no apareció allí ninguno de ellos.

10 Con esto destacaron diez mil hombres muy valientes [7],
dándoles esta orden: Id, y pasad a cuchillo a los moradores
de Jabes-Galaad, sin perdonar a sus mujeres y niños. 11 Y
habéis de ejecutarlo de modo que, matando a todos los va-
rones y a las mujeres casadas [8], dejéis con vida a las don-
cellas. 12 Se hallaron en Jabes-Galaad cuatrocientas donce-
llas por casar [9], y las condujeron al campamento de Silo
en tierra de Canaán.

13 Luego despacharon mensajeros a los hijos de Benjamín
que se mantenían en la peña Remmón, con la comisión de
concederles la paz [10]. 14 Vinieron, pues, entonces los hijos
de Benjamín, y se les dieron por mujeres las doncellas de
Jabes-Galaad, mas no hallaron otras que poderles dar a
este modo.

Las muchachas de Silo

15 Todo Israel tuvo gran pesar, y se arrepintió en extremo
de la destrucción de una de las tribus de Israel [11]. 16 Y dije-
ron los ancianos: ¿Qué haremos con los demás que han
quedado sin mujeres? Todas las mujeres de Benjamín han
perecido; 17 y debemos precaver con gran solicitud y el ma-
yor empeño que no se acabe una tribu en Israel [12]. 18 No
obstante, no podemos darles nuestras hijas, ligados como
estamos con el juramento, y con la maldición que nos
echamos, diciendo: Maldito sea el que diere alguna hija
suya en matrimonio a los hijos de Benjamín.

19 Tomaron, pues, este partido, y dijeron: He aquí que vie-
ne la solemnidad del Señor que se celebra todos los años
en Silo [13], en la llanura situada al norte de la ciudad de Be-
tel, y al oriente del camino que desde Betel va a Siquem, y
al mediodía de la ciudad de Lebona. 20 Y dieron orden a los
hijos de Benjamín, diciéndoles: Id, y escondeos en las vi-
ñas. 21 Y cuando viereis venir a las doncellas de Silo, según
costumbre, a formar sus danzas en esta llanura [14], salid de

repente de las viñas, y coged cada cual una para mujer, y marchaos a la tierra de Benjamín. 22 Y cuando vengan sus padres y hermanos, y comenzaren a querellarse contra vosotros y acusaros de esta violencia, nosotros les diremos: Tened lástima de ellos: pues no las han tomado como los vencedores toman las cautivas por derecho de guerra, sino como esposos que después de haberlas pretendido con ruegos no se las disteis [15]; y así la culpa de la violencia es vuestra.

23 Lo hicieron así los hijos de Benjamín como se les había mandado; y cogieron de las doncellas que danzaban cada cual una para esposa suya, y se fueron a su tierra, y reedificaron las ciudades y las poblaron [16]. 24 Asimismo los hijos de Israel regresaron a sus moradas, tribu por tribu y familia por familia [17]. 25 En aquellos días no había rey o magistrado supremo en Israel: sino que cada cual hacía lo que le parecía mejor [18].

¿Sabías que?

La Misná recuerda que no había en Israel días tan alegres como el 15 del mes de Av y el día de la Expiación, cuando las muchachas de Jerusalén salían vestidas de blanco, con ropa prestada para no avergonzar a las que no la tenían, a bailar en las viñas, y decían a los jóvenes: «Alza los ojos y mira a quién eliges» (Taanit 4,8). El Talmud da varias razones de la fiesta; una de ellas es que ese día se permitió de nuevo a la tribu de Benjamín casarse con las demás, porque el juramento de Masfa decía «ninguno de nosotros» y no obligaba a los hijos (Taanit 30b). Hoy, el Tu be-Av se celebra en Israel como un día del amor.

PARA PROFUNDIZAR

La guerra contra Benjamín y el final del libro

La guerra contra Benjamín empieza como un acto de justicia. Ninguna otra guerra del libro reúne a todas las tribus: se juntan «como un solo hombre» (20,1.8.11), escuchan al levita y exigen lo que manda la Ley, que se entregue a los culpables «para que mueran y se quite de en medio de Israel ese escándalo» (20,13; Dt 17,7.12). Benjamín prefiere defender a los suyos, y un proceso se convierte en guerra civil, que se desborda: dos derrotas, cuarenta mil israelitas muertos, después una emboscada como la de Hai (ver Jos 8) y la destrucción de todas las ciudades de Benjamín, «desde los hombres hasta las bestias» (20,48). El castigo que la Ley preveía para una ciudad entregada a la idolatría (ver Dt 13)

cae sobre una tribu entera, con sus mujeres y sus niños. Quedan seiscientos hombres escondidos en la peña de Remmón.

El texto no la presenta como un triunfo. Israel llora en Betel: «¿Por qué, ¡oh Señor Dios de Israel!, ha sucedido esta calamidad en tu pueblo...?» (21,3), y se arrepiente «de lo hecho contra Benjamín, su hermano» (21,6). Pero el arrepentimiento no lo lleva a reparar el mal, sino a cometer otros. Dos juramentos hechos en Masfa, no dar sus hijas a Benjamín y matar a quien no hubiera acudido (21,1.5), atrapan a quienes los hicieron, como el voto atrapó a Jefté (ver nota a 11,31). Para salvar la letra de lo jurado, la asamblea arrasa Jabes de Galaad y reserva cuatrocientas muchachas para los supervivientes, según el modelo de la guerra contra Madián (21,10-12; ver Nm 31); y como no bastan, autoriza a los benjamitas a raptar a las jóvenes que bailan en la fiesta de Silo, con un razonamiento que deja a salvo el juramento de los padres (21,19-23). Santo Tomás enseñará lo contrario: un juramento no obliga cuando cumplirlo supone pecar (*Suma teológica* II-II, q. 89, a. 7).

El narrador juzga sin sermones. Ninguna orden de Dios respalda la matanza de Jabes ni el rapto de Silo: son planes de los ancianos. Las mujeres pasan de mano en mano, como en el capítulo 19, sin que nadie les pregunte nada. Y la estructura del libro dice lo demás. Jueces empezó con una pregunta a Dios, «¿Quién marchará delante de nosotros?», y una respuesta: «La tribu de Judá» (1,1-2); la misma pregunta y la misma respuesta vuelven ahora, pero el enemigo es una tribu hermana (20,18). El libro empezó con Israel llorando en el lugar de los Lloradores (2,4-5) y ter-

mina con Israel llorando en Betel (21,2). Al final, Israel ha hecho a uno de los suyos lo que debía hacer a los cananeos.

La memoria de Israel no olvidó esta herida, pero supo transformarla: la tradición judía relacionó con el día en que Benjamín fue readmitido una fiesta alegre de muchachas que bailan en las viñas (ver el recuadro). Benjamín sobrevivió. De él saldrá Saúl, el primer rey, con su casa en Gabaa (1 Sam 9,1-2; 10,26), que salvará a Jabes de los amonitas (1 Sam 11), y cuyo cuerpo rescatarán los hombres de Jabes (1 Sam 31,11-13): un lazo antiguo entre Benjamín y Jabes que este capítulo parece explicar. Algunos estudiosos piensan que el epílogo quiere desacreditar a la casa de Saúl frente a la de David; es posible, pero se discute. Siglos después, otro Saúl de la tribu de Benjamín, el apóstol Pablo, lo recordará con orgullo: «yo también soy israelita, del linaje de Abrahán, de la tribu de Benjamín» (Rom 11,1; Flp 3,5). La tribu que estuvo a punto de desaparecer dio a la Iglesia el apóstol de los gentiles.

El libro termina con el estribillo completo: «no había rey o magistrado supremo en Israel: sino que cada cual hacía lo que le parecía mejor» (21,25). Después vienen el libro de Rut, que en la misma Belén y en el mismo tiempo de los jueces cuenta una historia de fidelidad y de bondad, y los libros de Samuel, donde Israel pedirá un rey (1 Sam 8). Pero tampoco los reyes salvarán a Israel. El cristiano reconoce al rey que este libro esperaba en Cristo, que no impone su reino con la espada (Mt 26,52; Jn 18,36), que da la vida por sus ovejas (Jn 10,11) y que, la noche en que fue entregado, no hizo lo que le parecía mejor, sino que dijo: «no se

haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Donde él reina, el último versículo de los Jueces deja de ser verdad.

PAUSA

1. Israel lloró por Benjamín, pero nadie lloró por las mujeres de Jabes ni por las muchachas de Silo. ¿Por quién no lloramos nosotros?
2. Los ancianos cumplieron la letra del juramento y atropellaron a las personas. ¿Te escudas a veces en la letra de una norma para no hacer lo justo?
3. El libro termina esperando un rey. ¿Qué cambiaría en tu vida si Cristo reinara en ella, y no «lo que te parece mejor»?

Para orar. *Cristo Rey, que diste la vida por tu pueblo, reina en mi corazón para que no haga lo que me parece, sino lo que tú quieres.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulo 3

1. ¿Qué tribu subió primero contra los cananeos, y a quién invitó a acompañarla? 1
2. ¿Qué dijo Adonibezec cuando le cortaron las extremidades de las manos y de los pies? 2
3. ¿Qué pidió Axa a su padre Caleb? 3
4. ¿Por qué se llamó «lugar de los Lloradores» el sitio donde habló el ángel del Señor? 4
5. ¿Qué hacía el Señor cuando Israel gemía bajo sus opresores? 5
6. ¿Con qué palabras logró Aod quedarse a solas con Eglón? 6

Capítulo 5

1. ¿Dónde se sentaba Débora a juzgar? 1

2. ¿Qué condición puso Barac para ir a la guerra, y qué le anunció Débora? 2

3. ¿Qué tribus expusieron sus vidas en el país de Merome? 3

4. ¿Qué preguntaba la madre de Sísara desde la ventana? 4

Capítulos 6 a 8

1. ¿Qué estaba haciendo Gedeón cuando se le apareció el ángel? 1

2. ¿Qué nombre dio Gedeón al altar que edificó donde se le apareció el ángel? 2

3. ¿Por qué llamaron a Gedeón Jerobaal? 3

4. ¿Qué dos señales pidió Gedeón con el vellocino? 4

5. ¿Cuántos hombres se volvieron a casa por miedo y cuántos quedaron? 5

6. ¿Qué soñó el soldado madianita que oyó Gedeón? 6

7. ¿Qué llevaba cada uno de los trescientos? 7

8. ¿Cómo calmó Gedeón la queja de los efraimitas? 8

9. ¿Qué respondió Gedeón cuando los israelitas le pidieron que fuera su príncipe? 9

10. ¿Qué hizo Gedeón con los zarcillos de oro del botín? 10

Capítulos 9 a 10

1. ¿Con qué dinero pagó Abimelec a los hombres que lo siguieron? 1

2. En la fábula de Joatam, ¿qué árboles rehusaron reinar y cuál aceptó? 2

3. ¿Cómo murió Abimelec? 3

4. ¿Quiénes fueron los dos jueces que gobernaron después de Abimelec? 4

5. ¿Qué respondió primero el Señor cuando Israel clamó oprimido por los amonitas? 5

Capítulos 11 a 12

1. ¿Por qué echaron a Jefté de casa sus hermanos? 1

2. ¿Qué razón dio el rey de Amón para hacer la guerra a Israel? 2

3. ¿Qué ocurrió inmediatamente antes de que Jefté hiciera su voto? 3

4. ¿Qué pidió a su padre la hija de Jefté? 4
5. ¿Cómo reconocían los galaaditas a los efraimitas en los vados del Jordán? 5

Capítulo 14

1. ¿Qué prohibió el ángel a la mujer de Manué durante el embarazo? 1
2. ¿Qué respondió el ángel cuando Manué le preguntó su nombre? 2
3. ¿Cómo desapareció el ángel ante Manué y su mujer? 3
4. ¿Qué encontró Sansón en el cuerpo del león muerto? 4
5. ¿Cuál fue el enigma que Sansón propuso en su boda? 5

Capítulo 16

1. ¿Cómo quemó Sansón las mieses de los filisteos? 1
2. ¿Por qué ataron a Sansón los hombres de Judá? 2
3. ¿Con qué arma mató Sansón a mil hombres? 3
4. ¿Cuánto prometió a Dalila cada uno de los príncipes de los filisteos? 4

5. ¿Qué no sabía Sansón cuando despertó sin sus trenzas? 5

Capítulo 18

1. ¿Cuánta plata devolvió Micás a su madre, y qué hizo ella con una parte? 1
2. ¿Qué sueldo ofreció Micás al levita de Betlehem? 2
3. ¿Cómo encontraron los exploradores de Dan la ciudad de Lais? 3
4. ¿Quiénes fueron sacerdotes del ídolo en Dan, y hasta cuándo? 4

Capítulo 21

1. ¿Por qué no quiso el levita pasar la noche en Jebús? 1
2. ¿Quién hospedó al levita y a su mujer en Gabaa? 2
3. ¿Qué hizo el levita con el cuerpo de su mujer? 3
4. ¿Qué pidieron las tribus a Benjamín antes de la guerra? 4
5. ¿Qué tribu mandó el Señor que encabezara la guerra contra Benjamín? 5

6. ¿Cuántos benjamitas sobrevivieron, y dónde se refugiaron? 6

7. ¿Cómo consiguieron esposa los benjamitas que quedaban sin ella? 7

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas cifras y palabras mal leídas, cotejadas con la edición de 1824; además se ha recuperado el versículo 1,5 y restituido la numeración de los capítulos 1 a 5). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la Vulgata, que en este libro coincide casi siempre con la de las Biblias modernas. La transcripción digital había perdido el versículo 1,5 («Encontraron en Bezec a Adonibezec…») y, al correr los números, hacía empezar los capítulos 2 a 5 un versículo antes de su lugar: el capítulo 2 comenzaba en medio del discurso del ángel, y el 5 sin el encabezado del cántico de Débora. Se ha recuperado el versículo de la edición de 1824 y cada versículo ha vuelto a su número. Como en el hebreo,

5,31 incluye la frase final «Estuvo después todo el país en paz cuarenta años», que la Vulgata cuenta aparte (5,32), y 21,24-25 son dos versículos, que la Vulgata une en uno (21,24). Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.